This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SA 3638.89.10

Harvard College Library.

FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS

ESTABLISHED 1913

SH
3638
89 . 10

Herrera - Dentro de la Republica-1889

nerrera - Dentro de la Republica - 1889

SA
3638
89 . 10

S. LOMELI Y COMP. EDITORES.

DENTRO
DE LA
REPUBLICA;

EPISODIOS,
VIAJES, TRADICIONES, TIPOS Y COSTUMBRES

POR

JOAQUIN HERRERA.

MÉXICO.
TIPOGRAFIA DE S. LOMELI Y COMP.
2ª CALLE DE NECATITLÁN Nº 23½.—5ª SUR Nº 2216.

1889.

SA 36 38.29.10
HARVARD COLLEGE LIBRARY
Mar. 25, 1921
LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND.

Es propiedad del autor.

ALGO DE LA VIDA PRIVADA DEL AUTOR.

Al finalizar el año de 1884, había yo dado la última "mano de obra" á la mayor parte del abigarrado conjunto que forma este libro; y, aguijoneado por la irresistible comezón que siente todo autor de que sus obras sean si nó leídas cuando menos "oídas," salime cierto día con el felónico intento de atrapar á algún amigo sobre el que me proponía descargar el turbión de mis lucubraciones.

Como la cosa más fácil del mundo es hallar una víctima, á poco andar encontré al amigo deseado, y sin darle á sospechar, por supuesto, mis negras intenciones, lo invité del modo más amable que pude á comer conmigo. Dos horas después nos hallábamos en la "Concordia," instalados en elegante gabinete, frente á una mesa cubierta de platos y botellas que no tardamos en desocupar. Llegada la hora de tomar el café, juzgué oportuno el "salto mortal," y, sin dar tiempo á mi víctima ra que se defendiera, saqué el cuaderno que llevaba alto y le dije:

—[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

—[illegible] me desagrada enormemente. Parecería algo informe, algo bizarro: es un cuerpo sin pies ni cabeza, un *rerum novarum*; pero siendo como soy amante de la variedad, no veo en ella un defecto.

—Entonces ¿crees que debo publicar este libro?

—Creo que sí; pero para hacerlo es indispensable, si intentas sacar siquiera los gastos de impresión, que pidas un prólogo á alguno de nuestros escritores que tenga más justa y merecida fama. En la actualidad, no se concibe un libro sin que vaya precedido de prólogo calzado por firma autorizada. Además, tu eres desconocido en el mundo literario y necesitas, imprescindiblemente, de un mentor que haga tu presentación en él.

—Pero, ¿á quién he de pedir ese prólogo?

—A quien han pedido muchos: al maestro Altamirano.

—Hombre, me agrada la idea: sigo tu consejo y pido un prólogo al maestro Altamirano.

En efecto, al día siguiente fuí á verlo. Lo hallé en el

"Liceo Hidalgo" donde á la sazón leía un afiligranado y chispeante artículo sobre la entonces debatida cuestión del "papel." Esperé que terminara la sesión, durmiendo dos horas, arrullado agradablemente por una discusión filosófica que sostuvieron los señores Vigil, Manterola y Parra, y despertando en seguida para saborear la galana palabra y brillantísima oratoria de Zambrana.

Cuando pude acercarme al maestro le indiqué mi pretensión y aun le leí algo de lo que llevaba escrito. Escuchóme con la finura y cortesía que le conocen todos los que han tenido el gusto de tratarlo. Mostróse satisfecho así que terminé la lectura, y me dijo:

—Me gusta esa literatura. El género que vd. cultiva es precisamente el que yo quisiera que cultivaran los que se dedican á escribir en México. Nuestras montañas y nuestros lagos son tan bellos como los de Suiza. Nuestros volcanes y nuestro cielo son tan imponentes y tan espléndidos como los de Italia. Nuestros episodios históricos no ceden en heroicidad y grandeza á los que ha escrito, con habilísima pluma, Pérez Galdós en España.

Nuestras costumbres y nuestros usos son dignos bajo todos aspectos de fijar la atención de los observadores; y, sin embargo, todo esto ha sido visto casi con desdén por la mayor parte de nuestros literatos.

No veo la necesidad de que imitemos servilmente á os extranjeros en materias literarias, cuando tenemos tre nosotros riquísimo caudal de asuntos nacionales

[illegible] a la vez que [illegible] a [illegible].

Por mi parte, [illegible] que publique el libro, y [illegible] pude [illegible] con el prólogo que me pide.

El [illegible] tuvo la bondad de presentarme con algunos de los sabios del Liceo, en esta forma:

—El Sr. H.....: hermano cuyas obras están inéditas.

A otro día de esta conferencia, cuando ya con el valor del atrevimiento, me dirigí á la imprenta y mandé que se comenzará el "tiro."

—Y ¿el prólogo? Dijo el editor con la avidez propia de los editores de pura raza.

—El prólogo vendrá, contesté; y dije esto con tal tono de convicción que logré aplacar las alarmas del editor sobre el "éxito monetario" de la publicación, cosa que me parecía imposible. Y digo que logré calmarlas porque el "tiro" comenezó á hacerse ese mismo dia.

Pero el tiempo dicen que vuela, y esta vez voló en efecto llevándose á cuestas cinco largos años. Durante ellos tuve que dejar varias veces la capital; mas siempre que podía me llegaba por la imprenta para informarme de la suerte que corría mi libro.

—"Se está tirando," pero el prólogo áun no llega, me respondía el editor más agrio que un limón.

Tantas veces oí decir que el libro se estaba "tirando," que quise verlo con mis propios ojos y, no me cupo duda, el libro "se tiraba." En las prensas, sobre las me-

sas, en los estantes y regados por el suelo ó envolviendo letra, tinta ó colores, veíanse muchos pliegos impresos en los que podía leer á distancia: "El Diablo azotado en Tepetlaoxtoc," "La Batalla de Tabalaopa," "La Cruz de Tepic y el Señor de Santiago," "Copia del natural," "El Último sitio de Guadalajara," "José Morán," "María, ó recuerdos del Tigre de Álica," "Filosofía á bordo," "El Rosario," "La Barranca de Jamapa," "El Coronel Angón," "Los Niños comprados," "En busca de muger," "Esperando que baje," "El Alcalde de Lagos," y algunos otros títulos de tantos otros artículos que reconocía como formando parte del infortunado libro.

Al ver rodando por el suelo, desbarajustados y sucios aquellos pobres hijos de mi magin, sentí algo de humillación y tristeza; luego entró la reacción y dije, saliendo á toda prisa de la imprenta:

¡Qué lo sigan tirando!

Me sentía arder por dentro: para calmarme corrí á la "Concordia" y pedí un helado. Ocupábame en la agradable tarea de consumirlo, cuando sentí que me tocaban por la espalda. Volví la cabeza y ví al fiel amigo que hacía cinco años justos y en aquel mismo lugar me había aconsejado la publicación del libro.

Sus primeras palabras fueron estas:

—Y tu libro?

—Lo están tirando!!

—Pero hombre, en cinco años, supongo que habrán tido lo bastante para que dejes muy atrás al Tostado. Si o publicas por entregas deberán ir en la dos mil y una.

—No te burles. He querido decir que está impreso en su mayor parte, pero nos hace falta el prólogo.

—¡Ah!

—Y como tú opinaste.....

—Y sigo opinando lo mismo; pero si no lo hay, ahora opino que lo publiques sin él. Al fin y al cabo, si tu libro no vale nada, como lo creo.....

—Gracias por el favor.....

—Es justicia—Pues como iba diciendo, si no vale nada, ni todo el talento y prestigio de Altamirano lograrán sacarlo avante.

—Bien; antes era negro y ahora es blanco—¿No habrá en este tu nuevo modo de opinar, algo de la fábula aquella de las uvas verdes de la zorra?

—No; te aseguro que no hay nada de uvas ni zorras verdes.

En seguida nos separamos. Al salir me detuve á hablar con un caballero que había visto en el "Liceo Hidalgo" y que iba acompañado de otra persona, con la que me presentó diciendo:

—El Sr. H.....; literato cuyas obras están inéditas."

Confieso que la presentación me supo á acíbar. Esta vez, sin duda por el estado de mi ánimo, las palabras "literato y obras inéditas," zumbaron en mis oídos como una pulla sangrienta; así es que me despedí desesperado, y tomando una resolución suprema volví á la imprenta y dije al editor:

—Quiero que á la mayor brevedad se concluya impresión de mi libro.

IX.

—¿Sin prólogo?

—Sin prólogo.

—Por cuenta y "riesgo de vd."

—Por mi cuenta y "riesgo."

—¿Paga adelantada?

—Paga adelantada.

—Y ¿qué se propone usted hacer con "tanto papel" si no se vende?

—Lo venderé para envolver especias.

—Y, si ni áun para eso lo compran?

—¡¡Me lo comeré!! grité furioso.

Ante aquel grito desesperado de autor ofendido; ante aquel conato de PAPIROFAJISMO (porque no he de inventar yo también palabras) el editor bajó la cabeza y me dijo:

—Dentro de una semana quedará concluida la impresión.

El impresor cumplió, y por eso ha podido salir á luz esta primera serie. En la segunda, me propongo decir la suerte que hubiere corrido: si al fin se vendió ó si por fin me la comí.

COPIA DEL NATURAL.

——:o:——

Don Jacinto Roque Bobadilla era un ciudadano originario del Perú, que al comenzar la guerra entre aquella República y Chile, abandonó sus patrios lares emigrando á San Francisco California en busca de paz y de trabajo.

Agradáronle sobremanera el gran movimiento y la actividad casi febril que notó desde luego en los habitantes del floreciente y rico puerto. Encontraba allí anchísimo campo para desarrollar con fruto las ideas de prosperidad que hacía tiempo bullían en su cerebro: solo una cosa le contrariaba, y era que no podía acomodarse á las costumbres yankees.

Tipo acabado de la llamada raza latina, educado á la antigua usanza española, no podía ver sin profundo disgusto que los ilustrados hijos de Washington y de Guillermo Penn le metieran el pié dentro de su plato

cuando comía, y que cuando se lanzaban como caballos desbocados por las calles de la ciudad, en persecución de algunos centenares de dollars, le aplicaran furiosos empellones, capaces de hacerle ver las estrellas á las doce del día.

En tal situación de ánimo, llegó á sus manos el discurso que el Presidente de los Estados Unidos Mexicanos acababa de leer ante el Congreso de la Unión. Vió allí que el Jefe de la Nación se congratulaba por los inmensos adelantos que durante su administración había alcanzado el país. Millares de kilómetros de vías férreas en explotación y mayor número aún en no lejana perspectiva; caminos carreteros abiertos por senderos hasta entonces intransitables; gran cantidad de alambres telegráficos, que cual inmensa red se extendían por toda la República, haciendo comunicarse entre sí los pueblos más remotos; la paz interior y exterior amparando con sus benéficas alas el desarrollo de nuestra portentosa riqueza. Estas y otras halagüeñas noticias que D. Jacinto Roque no podía poner en duda por proceder de labios tan autorizados; los no menos halagüeños comentarios hechos por el Sr. Balandrano en el "Diario Oficial," y por otros periódicos que pintaban el país en un estado de prosperidad avanzadísimo; y la circunstancia que ya hemos indicado, de no mirar con buenos ojos las para él grotescas costumbres de los yankees, lo determinaron á dirigirse á la República de México, donde esperaba, dado su estado de progreso,

progresar á su vez, llevando sus negocios á buen término.

Al efecto tomó pasaje en el primer buque que debía llegar á Mazatlán, y después de seis días de feliz navegación, desembarcó en este último puerto.

El Sr. Bobadilla poseía extensos conocimientos en el comercio, al que se había dedicado durante largos años, pero amante también de la agricultura, y habiendo oído hablar de la fertilidad de nuestros terrenos, en especial de los de la costa, juzgó oportuno á sus intereses establecerse en uno de los pueblos de aquélla, lo que hizo sin pérdida de tiempo.

D. Jacinto llevaba á aquel pueblo un regular capital para establecerse y lo animaban ideas de adelanto que pensaba implantar allí, beneficiándose y beneficiando á los demás.

Dotado de grande actividad y habiéndose convencido del "time is money" de los yankees, arrendó desde luego un rancho situado en la orilla del pueblo y estableció un comercio para fomentar el rancho.

El aspecto general del pueblo no había producido en Bobadilla la mejor impresión. Casuchas en vía de ruina por todas partes; calles mal empedradas y obstruidas á cada paso por la hierba que crecía allí como en su casa; montones de basura que al menor viento que soplaba, se alzaban en densísimas nubes sofocando á los transeuntes; bandadas de cerdos que se solazaban en los inmundos charcos de las calles; grupos de perros que se disputaban á porfía los huesos

que en el abasto les arrojaban, ó gruñían y ladraban furiosamente á los desconocidos.

En cuanto á los habitantes, vestidos con el tradicional calzón de manta, la ancha camisa de lo mismo con las faldas por fuera para servirse de ellas como un ventilador en los horas de calor excesivo; el "guarache" que les permitía lucir al aire el nada limpio pié, y el sombrero de "petate," que como una inmensa rodela los cubría; veíaseles formando grupos en las esquinas, jugando á la "rayuela" en las banquetas, tendidos boca arriba bajo los árboles ó sentados en las puertas de sus casas, con la megilla descanzando en la palma de la mano y en una inmovilidad extrema, muy semejante á la de los fatalistas musulmanes.

Aquella quietud era precisamente todo lo contrario de lo que el Sr. Bobadilla había visto en los pueblos de los Estados Unidos del Norte, por donde acababa de pasar; pero precisamente esa vida de contínua holganza era una prueba palpable de las riquezas de aquellas comarcas. Sin duda, cuando aquellas gentes no trabajaban, debían tener abundantes recursos, ó como decía Cervantes, recordando los siglos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados: "á nadie le era necesario, para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabajo que alzar la mano para alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto."

La sencillez y hasta la "ordinariez" de sus vestidos que muy poco se diferenciaban del que Adán llevó en

el Paraíso, no abogaban en pró de la supradicha riqueza; pero esto podía ser debido á un poquito de falta de cultura, ó más bien, á las condiciones del clima.

Por lo que toca al estado de "aparente" ruina de las casas, de la suciedad y abandono de las calles, y de la "aparente" miseria de muchos de los vecinos que ya empezaban á asediar á D. Jacinto Roque, pidiéndole unos caridad y los otros trabajo en las labores del campo, prévio un adelanto en dinero y efectos; esto que, en resúmen, no era, no podía ser más que "aparente," tenía fácil explicación.

Era necesario no olvidar que el país acababa de pasar por prolongadas revoluciones y no salía aún del marasmo en que la guerra lo dejara: que México era una nación jóven, que á semejanza de los chiquillos enfermizos y mal nutridos, comenzaba á andar, mas no sin dar algunas caídas y traspiés: que, en fin, sería mucho pedir que se hiciera todo en un día.

Por otra parte, esta situación (ya lo hemos dicho) no podía ser más que "aparente," lo decían así, el mensaje presidencial, los periódicos que sostenía el gobierno y la pública voz y fama, que traspasando con los ecos de su clarín los anchurosos mares, llevaba á remotos pueblos la noticia de que éramos riquísimos, que avanzábamos, progresábamos y prosperábamos.

D. Jacinto Roque pensaba todo esto, y persuadido de que este estado "aparente" de las cosas tenía por fuerza que cambiar, se entregaba á cálculos risueños para el porvenir.

[illegible]

[illegible] y el aire literalmente lleno de mosquitos que con sus lancetazos y zumbidos no dejaban a uno ni á sol ni á sombra, esto venia precisamente á probar lo que afirmaban: tierra que produce y mantiene tantos seres, no puede menos de ser exuberante y fecunda.

Cuando el Sr. Bobadilla llegó al pueblo, lo encon-

tró dividido en dos bandos opuestos. Si esto no hubiera sucedido aquel habría sido un pueblo fenomenal.

Encabezaban estos bandos las dos principales familias que allí había y cuyos jefes eran, respectivamente, D. Romualdo Miravete y D. Pudenciano Pasalagua. Estos dos sujetos eran los capitalistas de la población y de años atrás se hacían crudísima guerra, motivada primero por la competencia en los negocios y mantenida después por los chismes y las más tontas querellas.

Como ellos se odiaban personalmente, los afiliados á un bando odiaban también al otro, de lo que resultaba que jamás se reunían en bailes ó paseos, y cuando por casualidad sucedía esto, no era raro que concluyeran por pegarse duro y macizo.

Está por demás decir que Pasalagua y Miravete ejercían sobre el pueblo un poder omnímodo: eran una especie de señores feudales cuyos delitos quedaban siempre impunes y que se imponían sobre todo y sobre todos.

Cuando algún viajero acertaba á pasar por aquel pueblo y permanecía allí uno ó más días, inmediatamente se le acercaba algún vecino que le preguntaba:

—¿Ya visitó vd. al Sr. D. Pudenciano Pasalagua?

—No conozco á ese señor,—respondía el interrogado.

—¡Cómo!—añadía el primero con profundo asombro,—¡no conoce vd. al Sr. D. Pudenciano!

O bien, el viajero recibía este recado:

—Que dice el Sr. D. Romualdo Miravete que vaya vd. á su casa.

—¿Qué es el Sr. Miravete?

—El [illegible] de la [illegible] grande [illegible] el [illegible] del pueblo.

—Pues digan vd. al Sr. Miravete que á [illegible] en lo otro, en esta casa me tiene á sus órdenes.

—Oiga vd.—le decían [illegible] de un consejo mixto,—sería mejor que vd. fuera el llamado del Sr. Miravete, es un viejo de genio y no conviene disgustarlo.

Es inútil contar que Pasalagua y Miravete empuñaban allí, constantemente, la vara de la justicia, pasando ésta de manos de D. Romualdo á las de D. Pudenciano y de las de D. Pudenciano á las de D. Romualdo, según que uno ú otro de los partidos aumentaba en poder ó hacía mayor número de fraudes ó chicanas en las elecciones.

Cuando Miravete gobernaba, plantaba algunos arbolillos en la plaza, que Pasalagua hacía derribar, por estorbar la vista, cuando le llegaba su turno de gobierno.

D. Jacinto Roque no dejó de observar todo esto; pero ocupado enteramente en sus negocios, juzgó que no tomando participio en agenas querellas y tratando á todos con la finura y educación que él tenía, viviría sin duda tranquilo y no dejaría de ir adelante. Pero el equilibrio no era posible: O el Sr. Bobadilla se afiliaba en alguno de los dos bandos ó dejaba de vivir en el pueblo; no había otra disyuntiva. Porque cuando por negocio ó cortesía D. Jacinto Roque visitaba á D. Romualdo, los partidarios de D. Pudenciano que lo veían

salir de aquella casa murmuraban: "ya Bobadilla se le anda metiendo á Miravete; ¡quién sabe que plan traigan!..... que no se descuide!"

O bien cuando lo veían acompañado de D. Pudenciano decían: "que amigote se ha hecho el peruano del viejo Pasalagna; eso le va á dar muy mal resultado; no sabe que pisa sobre brasas."

Por su parte Miravete y Pasalagua veían con malos ojos al Sr. Bobadilla. Aunque éste por su carácter caballeroso y comedido no había dado márgen á que los dos caciques del pueblo le declarasen abierta guerra, se la hacían sin embargo, encubierta y desleal, celosos de aquella tercera entidad que se les presentaba, y disgustados porque D. Jacinto rechazaba con energía á la vez que con fina política, la superioridad que aquellos dos hombres le querían imponer y las humillaciones porque lo querían hacer pasar algunas veces.

Además de estas dos personalidades, las más prominentes y visibles de la población, había otras dos que eran como las satélites de los primeras; estas eran el cura y el maestro de escuela.

El cura había nacido en el mismo pueblo, de donde salió protejido por otro cura que hubo allí muchos años antes y á quien sirvió en calidad de acólito; salió, decimos, á recibir su educación escolástica en uno de los seminarios que el clero tenía esparcidos por toda la República. D. Doroteo, que así se llamaba el cura, dió desde el principio de sus estudios muy pocas muestras de inteligencia. Medio aprendió, con esfuerzos inaudi-

tos, algo del Nebrija con lo que logró maltratar algunas palabras del latín; masticó algunas otras materias, sin poderlas jamás digerir; le dió una pasada al Lárraga y como lo que importaba al clero era aumentar el número de sus adeptos, quedó autorizado después de algunos años de estudio en que nada le enseñaron puesto que quedó tan supinamente ignorante como antes; quedó autorizado decimos, para vestir la sotana y decir misa. En seguida, valiéndose de algunos influjos. consiguió el curato de su pueblo natal llegando con esto al colmo de sus aspiraciones.

El maestro de escuela era un teniente del ejército dado de baja por su mala conducta y que, careciendo de otra industria ú oficio para vivir, adoptó la profesión de preceptor que empezó á ejercer en aquel pueblo donde por su sempiterna charla y obediencia servil á los caprichos de Miravete, que por entonces era el representante de la autoridad, cayó en gracia de éste obteniendo fácilmente el empleo.

Los conocimientos pedagógicos del teniente Mondragón (tal era su apellido) se reducían á los que pudo adquirir en seis meses que estuvo en la escuela de primeras letras descontando los días (que eran muchos) en que hacía "la pinta."

Después completó su educación en los cuarteles, donde adquirió la bravura que da á unos el uniforme en tiempo de paz y el menoscabo de dignidad y de vergüenza que infunde á otros el duro yugo de la ordenanza.

Lanzaba ternos y azotaba sin piedad á los soldados, y se conmovía profundamente delante de sus jefes hasta el grado de arrodillarse y derramar lágrimas de..... ternura.

Veía por sobre el hombro y con olímpico desdén á los "paisanos" que tenían la desgracia de no llevar los arreos militares; "escupía por el colmillo" y requebraba á todas las mujeres de la manera más estupida posible.

Con su buen juicio natural, Bobadilla había formado un concepto exacto del señor cura y del teniente Mondragón, apenas los hubo tratado,; y desde luego comprendió que el primero habría sido más útil á su país manejando el arado ó el tirapié del zapatero que desempeñando la delicadísima misión de cura de almas, y que el segundo estaba en la escuela enteramente fuera de su lugar. En esta oponión, Bobadilla discrepaba por completo de la de los demás vecinos. Para ellos aquel cura no tenía igual: primero porque era nativo del pueblo, y segundo porque vestía sotana y esta arguye sabiduría. En cuanto al maestro de escuela, aunque tenía el defecto de ser "frastero," hablaba en cambio tanto y con tal desgaire, especialmente cuando estaba iluminadillo por el alcohol; alababa tanto al pueblo y sus gentes, que forzosamente tenía que ser un sabio.

Como Pasalagua y Miravete, el maestro de escuela y el cura no podían ver á D. Jacinto.

El cura tenía varias razones para ello. En primer lugar Bobadilla jamás se había confesado con él: en se-

guída muy pocas veces lo veía en la iglesía, y, sobre todo, nunca se quitó el sombrero ni le besó la mano al saludarlo, cosa que lo ponía rojo de cólera,

El maestro de escuela no tenía razones directas; pero además de que se sentía humillado delante de aquel hombre único en el pueblo que no cría en sus profundos conocimientos, había ya notado lo mal que Bobadilla estaba con Miravete, Pasalagua y el cura, y esto le bastaba para declararse su enemigo.

De este nubarrón de odios y malas pasiones, debía surgir el rayo que anonadaría al infeliz D. Jacinto.

La tempestad caía ya sobre su cabeza, y no era necesario más que una oportunidad para que se desencadenara con todo su fuerza. Esta no tardó en presentarse.

Los negocios de Bobadilla empezaban á ir mal: su comercio andaba poco, por la competencia sin límites que Pasalagua y Miravete le hacían.

En las labores del rancho había sufrido grandes pérdidas por habérsele malogrado la cosecha, debido á la falta total de lluvias y más que todo porque los mozos que con él trabajaban, le habían dejado tirado el trabajo tan luego como le debían alguna suma que les suministraba en calidad de anticipo.

Cuando estrechaba á alguno demandándole ante el alcalde, éste imponía al deudor una detención de algunas horas en la cárcel, de donde salía amenazando "machetear" á D. Jacinto como único pago de su deuda.

A estas desazones vinieron bien pronto á añadirse

otras. Habiendo el señor cura perdido á la baraja, apostando con Miravete, unos cien pesos y no teniendo con que cubrir aquella deuda de "honor," solicitó esta suma de Bobadilla, que no pudo ó no quiso prestársela, lo que disgustó profundamente al Padre, y aunque siguiendo una feliz idea del teniente Mondragón, recolectó esa cantidad ofreciendo á las beatas del pueblo decirles veinticinco misas de desagravio que deberían sacar otras tantas ánimas del purgatorio, á razón de cuatro pesos misa, ó lo que es lo mismo, cuatrocientos centavos por ánima; aunque así pudo pagar su deuda de honor, esto no obstó para que el desairado Padre guardara á Bobadilla un gran resentimiento.

Poco después se llegó el día en que debían ser examinados los alumnos del teniente Mondragón, y D. Jacinto Roque fué nombrado para examinarlos. En cumplimiento de su deber les hizo algunas preguntas sobre rudimentos de aritmética, gramática, geografía, etc., pero vió, con profunda pena, que aquellos niños y jóvenes nada sabían porque nada les habían enseñado.

Para no deslucir enteramente el acto, se dirigió al chico que le pareció más experto y le hizo una pregunta que, á su juicio, no podía dejar de responder, y fué ésta:

—¿Cuál es la capital del Perú?

—La Habana,—respondió el chico con viveza.

—¿En qué geografía ha visto vd, eso?—dijo D. Jacinto.

—El maestro nos lo ha dicho,—replicó el alumno,

—Pues no es así,—observó D. Jacinto Roque;—la capital del Perú es Lima.

—¡Alto ahí!—gritó el teniente Mondragón levantándose y dando un furioso puñetazo sobre la mesa. ¡Alto ahí, Sr. Bobadilla! ¡A mí no se me desmiente así como así! La Habana es, ha sido y será la capital de su tierra de vd. Así lo he leido en una novela de Perez Escrich. ¡Atrévase vd. á desmentir al Sr. Perez Escrich!!

—Vd. y el Sr. Perez Escrich están equivocados,—dijo D. Jacinto retirándose.

Los concurrentes se indignaron de que un extranjero se hubiese atrevido á desmentir al preceptor del pueblo, así como se admiraron de que fuera tanta su ignorancia que no supiera ni áun el nombre de la capital de su país,

El maestro de escuela juró venganza, y esa misma noche fué á visitar á la Sra. Angela Aguado, la católica más ferviente del pueblo y la que siempre hacía cabeza en procesiones, triduos y viacrucis.

—Dª Angelita,—dijo el teniente luego que la vió,—muy malas noticias le traigo: ¡tenemos en el pueblo un masón!

—¡Un masón!!—respondieron en coro y consternadas otras muchas viejas que visitaban á la Sra. Aguado,

—Sí señoras; un masón, un protestante, tanto más peligroso cuanto que es extranjero;—añadió el teniente contentísimo del éxito de sus palabras,

—¡El maldito peruano!—dijo una.

—¡Extranjero había de ser!—añadió otra,

—Y pensar que estos malditos extranjeros vienen á comerse nuestro pan!—exclamaron todas.

—Veamos,—dijo la Aguado colocándose luego á la cabeza de la conspiración,—es necesario que ese hereje de Bobadilla se largue de aquí. ¡Un masón entre nosotros acarrearía mil desgracias al pueblo!

—¡Qué lo excomulgue públicamente el señor cura!

—Pero antes es necesario bañarlo,—dijo el teniente Mondragón.

—¡Felisísima idea!!—gritaron las viejas.

La Sra. Aguado y Mondragón salieron á esparcir la alarma por el pueblo. Bien pronto se reunió un número considerable de fanáticos y fueron á sacar de su casa á D. Jacinto Roque, que sin desconfianza dormía el sueño del justo.

El cura, Pasalagua y Miravete, capitaneaban el motín, olvidando en aquellos momentos sus rencillas domésticas, para luchar contra el enemigo extranjero.

La desnuda humanidad del Sr. Bobadilla fué conducida en triunfo á uno de los charcos más grandes del pueblo y lanzada como pelota en él. A la primera vez, fué á hundirse hasta el fondo, apareciendo á poco á flor de agua, con la cabeza cubierta de lodo. Tentó á salir por algún lado, pero allí lo esperaban los hospitalarios vecinos, que á los gritos de ¡muera el masón! ¡muera el hereje! ¡al diablo el extranjero! lo volvían á bullir sin piedad.

Cansado y ya próximo á sucumbir, se quedó algunos

momentos á flote en medio del charco, y sus verdugos, suponiéndolo ahogado, desaparecieron de allí.

El Sr. Bobadilla aprovechó esta circunstancia, y saliendo del baño que contra su gusto había recibido, huyó sin siquiera volver á su casa, á carrera abierta en dirección al puerto más cercano. Llegó á Mazatlán casi sin aliento, tal había sido la carrera; no paró hasta el muelle, donde tomando una canoa se encaminó al primer buque que halló á mano.

El capitán le dijo que iba á China; pero esto no lo desanimó.

—Si va vd. al infierno—dijo Bobadilla—allá lléveme vd.—y cayó sobre cubierta atacado de intensísima fiebre.

En medio del delirio que empezó en alta mar, murmuró estas palabras entrecortadas:

—México.....Mensaje presidencial..... Ferrocarriles.....Telégrafos.....Minas de oro y plata.....Balandrano.....Pasalagua .....Miravete.

El infeliz murió á poco y fué á servir de alimento á los peces.

LA BATALLA DE TABALAOPA.

(A la memoria de Eugenio S. Cintrón).

I.

La mano tiembla, y el corazón conmovido late al evocar el amarguísimo recuerdo de tu trágico fin ¡oh leal y caro amigo!

En más felices días y en muy lejanas tierras, el destino nos encadenó con los estrechos lazos de la amistad y del sentimiento.

Después, el ciego acaso nos separó, como separa y destroza el huracán las hojas de los árboles.....

Tú caiste, la frente ensangrentada, en medio de la horrible lucha, cuando el porvenir te habría sus do-

radas puertas y la juventud te sonreía; cuando llevabas en el cerebro un hirviente oceano de luminosas ideas y en el corazón el supremo goce de un tierno amor correspondido.....

Yo fuí azotado por el infortunio, y la calumnia hincó en mi sus alevosos dientes con indecible furia.....

Tú al trasponer los negros umbrales del sepulcro, te remontaste hácia esos mundos de luz donde sin duda no existen las ruines pasiones, ni las asquerosas miserias humanas.

Yo lucho aún, á semejanza de la barca que desmantelada por la tempestad, sola, en medio de la inmensa llanura de los mares, sirve nada más de juguete á las traidoras olas.

¡Oh! cómo te envidio!.....

II.

Eugenio Cintrón era aun muy joven; contaba apenas veinte años de edad, cuando salió de su ciudad natal (San Juan de Puerto Rico), dirigiéndose á Nueva York en busca de mejor porvenir y de más ámplios horizontes.

Había recibido completa y exquisita educación, y para sus pocos años poseía instrucción vasta.

Dotado de fecundísima imaginación y asombrosa memoria, poseía como pocos esa facultad de asimilación

de ideas, de idiomas y conocimientos disímbolos, que hace que un hombre se distinga en todas partes donde hay un auditorio ilustrado que lo escuche.

Cuando hablaba en público estaba siempre seguro de arancar aplausos, por la oportunidad de su ideas y la entonación verdaderamente demosteniana de sus discursos.

De figura simpática y de trato fino y afable á la vez que festivo, era por todos estimado y no había reunión que él no animara.

¡Con cuántas bellas dotes lo enriqueció la Naturaleza!

Dos años permaneció en Nueva York, desempeñande el empleo de tenedor de libros en una casa de comercio, donde habiendo conocido á un comerciante de Chihuahua, el Sr. Maceyra, se determinó á pasar con él á esta última ciudad, á la que llegó al comenzar el año de 1867.

Desde que pisó el territorio mexicano, lo amó como á su misma patria. Luchó en la prensa contra ciertos abusos y por la conquista de algunos principios de importancia vital para el Estado en que vivia. Derramó los conocimientos que poseía fundando un colegio que dirigió personalmente, con entera satisfacción de aquella culta sociedad; procuró, en fin, por cuantos medios estuvieron á su alcance, el engrandecimiento de su patria adoptiva.

Cuando terminadas las fatigas del día, nos reunía-
os Eugenio y yo durante las heladas noches del Nor-
al dulce calor de la chimenea, á conversar alegre-

mente, ¡cuán bellos sentimientos y cuántas ideas elevadas descubría en él!

Cierto día que, como de costumbre, nos habiamos reunido á charlar, me dijo enseñándome una carta:

—Estoy triste, compañero; he recibido ésta de Puerto Rico y mi hermano Marcelino me dice en ella que desaprueba absolutamente mi venida á México: que mi madre con mi familia toda está intranquila por mi suerte: que México es un país de revoltosos donde no hay ningunas garantías; en una palabra, que temen por mi vida.—Ve vd.—añadió con sincero disgusto,—cómo influyen hasta en mi familia, las herróneas especies que sobre este desdichado país circulan en el extranjero. Mañana mismo contesto tan groseras calumnias Diré á mi hermano que México no tiene más crímen que anhelar con todas sus fuerzas el ponerse á la altura de las naciones más civilizadas; que en lugar de ogros que me devoren, he tenido la fortuna de encontrar amigos tan leales como vd., y un corazón que late unísono con el mío; y ya que evocamos tan dulce recuerdo, ¡hurra! brindemos por ella, porque muy pronto desaparezca la distancia que de ella me separa; añadió levantando un vaso de cerveza y entonando con robusta voz el brindis de Traviata.

Esta brusca transición, esta mezcla de pensamientos sérios y de ideas alegres, que frecuentemente usaba con exquisita oportunidad en el seno de la confianza; este tono ligero y jovial, hacían su conversación entretenida y chispeante.

¡Quién nos hubiera dicho entonces, que los temores manifestados por su familia eran una verdadera profecía que no muy tarde debería cumplirse!

En otra vez recibió la fatal noticia de que su madre estaba cegando. Su pesar fué intensísimo y al leerme la carta, sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Soy un mal hijo,—prorrumpía con desesperación, —yo debería estár allí para darle el consuelo de que me viera por la última vez; é inspirándose en tan elevados sentimientos, escribía estos tiernísimos versos:

Quisiera cual la tierna golondrina
Poder cruzar por la región vacía;
Envidio la corriente cristalina
Que muere á orillas de la mar bravía.
Envidio al pez, que á su mansión salada
Límite no conoce, y cruza ufano,
Fijando á su capricho su morada
Del Pacífico al Golfo mexicano.
Tengo envidia al condór, rey del espacio
Que al remontarse en atrevido vuelo
Suya es la inmensidad, y á su palacio
Sirve de techo el azulado cielo.
Que á tener uno solo de estos dones
El mar, la tierra, el aire cruzaría,
Y al punto abandonando estas regiones
A tu seno volara, madre mía!

Hacía mucho tiempo que su corazón alimentaba un amor tan grande como él sólo era capaz de comprenderlo y sentirlo.

Como todo el que ama verdaderamente, Eugenio era á veces presa de la duda, del horrible temor de que su pasión no fuese estimada ó dignamente correspondida: otras se sentía henchido de esperanzas y felicidad.

Alejados el uno del otro, por asuntos personales y en la necesidad, creada en fuerza del hábito, de comunicarnos mutuamente nuestros ensueños ó nuestros peseares, sosteníamos animada y no interrumpida correspondencia. Hé aquí como me hacía sus cofidencias íntimas:

"Late el corazón, circula con rápidez la sangre en mis venas. Vierte la luna sus pálidos reflejos, y el aire tibio de la noche al bañar mi frente infunde cierto tinte de melancolía á las ideas que empiezan á bullir en mi cerebro.

"Camino, paso de preocupación, frente inclinada, mirada baja.

"Comprended en esto que asisto á una serenata y que ella no está allí.

"Luego se agita el corazón, se afirma el paso, se alza la frente, la mirada bailla. Llegó..... la he visto.

"De repente un golpe eléctrico me conmueve, mi imaginación vuela á los espacios del ideal y una felicidad inmensa llena mi ser. He pasado junto á ella, su mano y la mía, en una de esas ondulacioues que causa la multitud apiñada, se han tocado, su mirada pura se ha fijado en mí y sus nacarados labios han dibujado una sonrisa. A poco la armonía de la música no hacía eco en mis oidos, "veía sin ver" los bultos que pasaban

á mi lado, estaba casi poseído de un vértigo; me detenía junto á ella, su voz se dirigía á mí.

"Era tarde, iba preocupado con un solo pensamiento, la llevaba á su casa, aquella hora de dicha suprema pasaba para mí con la velocidad del relámpago. Lleno el corazón de emociones retireme á mi estancia pensando en ella, en Dios y en mi madre, seres todos que sentía influir en mis pensamientos del momento, pero velados á mi vista por la distancia, y la distancia es á veces la eternidad!"

En los momentos de esa horrible lucha que el corazón sostiene con las realidades de la vida; cúando sólo y consigo mismo procuraba sondear el profundo abismo de la duda, comunicábame así sus vacilaciones y sus esperanzas:

"La luna ha mostrado su argentado disco, disipadas las nubes que amenazaban sepultarnos en el líquido elemento que de ellas partía; el cielo ha vuelto á su antiguo azul, y las estrellas lo matizan con su fulgor.

"La música ha dado al aire sus melodías, invitando á la concurrencia á la plaza de la Constitución, donde lucían su airoso talle las hermosas chihuahuenses, y yo, melancólico, vagaba porque sabía que de todos aquellos corazones ninguno correspondía á los latidos del mío, que ninguna de aquellas miradas se fijarían en mí sino al acaso é indiferentemente, que las sonrisas que dibujaban aquellos labios no estaban destinadas á alimentar la chispa que guarda el corazón, ni á alentar el ánimo en la lucha contra la muerte. Estaba sólo y só-

lo he continuado por largos días, hasta que un encuentro fortuito, á fuerza de ser buscado por mí, vino á destruir la monotonía de quince, veinte ó más días de tristeza ó de fastidio; y áun después de un encuentro en que ni aun siquiera el eco perdido de una palabra llegaba á mis oidos, se elevaba poderosa la voz de la duda que preguntaba: ¿pensará en mí? El amor es, decididamente, el suplicio de Tántalo ó el de Prometeo; sed que nunca se satisface, duda que se destruye y que renace y que solo terminará el día en que pisando el templo de la felicidad, diga uno cual Gama al tocar la tierra que trataba de descubrir hacía tantos años: "Al fin es mía!" ¿Ese día llegará para mí?"

No debía llegar ¡oh amigo infortunado! Todo ese mundo de ensueños debía extinguirse al soplo de la fatalidad, como se extingue el fuego fátuo después de haber lanzado vívida luz.

Así tal vez lo presentías cuando exclamabas en los momentos en que el dolor te hería con su agudo dardo: "Nuevo Tántalo sediento de dicha, veo á mi lado el manantial purísimo de donde nace y mis labios no pueden tocarlo. ¡Felicidad, eres un sueño! ¡Porvenir, eres una quimera!

El objeto en quien había depositado su cariño y cifrado su porvenir no podía ser más digno. Era una bella joven que pertenecía á una de las más honorables familias de Chihuahua; modesta y virtuosa, adornada de relevantes cualidades, habría formado, sin duda, un cielo de su hogar.

Oigamos como la describe en fáciles é inspirados versos:

Eran rubios sus cabellos,
Era su tez de carmín,
Eran sus dientes de perlas
Y sus labios de rubí.
Su aliento, suave, aromado,
Envidia daba al jazmín,
Eran hermosos sus ojos,
Era su talle gentil.
Al verla entrar en la sala
Aparición la creí,
Tocaba apenas andando
Su pie pequeño el tapiz;
Mas luego pude en mi mano
Su blanca mano oprimir,
Y entrelazar con mi mano
Su cinturita de hurí.
De la danza al raudo giro
Entre vueltas mil y mil
Confundidos dulcemente
Nuestros alientos sentí.
A la luz de las bujías
Su semblante juvenil
Ostentaba sus hechizos,
¡Cuán hermosa estaba así!
Era tierna su mirada,
Amoroso su reir;
Que yo la amaba le dije,

Que ella me amaba la oí.
Y algo sentí aca en el alma
Que no puedo definir;
Desde entonces estoy loco,
Que de dicha enloquecí.
¿Estoy despierto, ó es sueño?
Si es sueño, quiero seguir
En mi sueño eternamente,
¡Es mi sueño tan feliz!!

¡¡Horrible debía ser el despertar!!

Cuando su inmenso amor había sido correspondido y aceptado, el cruel destino le arrebató la vida y con ella sus floridas ilusiones.

Narremos el sangriento drama.

III.

El año de 1871, cansado el pueblo de los abusos del poder, se lanzó á la lucha para derrocar al Gobierno existente que propendía á perpetuarse, convirtiendo en patrimonio de unos pocos el legado que á costa de su sangre nos trasmitieran los Degollados, los Valles y los Ocampos.

Acaudillaba esta revolución el patriota General D. Porfirio Diaz, al que bien pronto siguieron varios jefes del ejército.

Entre éstos ocupaba lugar prominente por sus honrosos antecedentes y por su valor nunca desmentido, el General Donato Guerra.

Conociendo este distinguido militar algunos de los Estados de la frontera, juzgó oportuno dirigirse hacia aquellos rumbos para encender el fuego de la revolución, sosteniendo desde luego algunos combates con éxito vario.

Una de las principales acciones que libró por aquellos terrenos, fué la que tuvo lugar á principios del mes de Agosto del año de 1872, en la Hacienda de Tabalaopa, distante apenas una legua de la ciudad de Chihuahua.

Dejaremos el relato de los principales sucesos de esta campaña al Sr. General Manuel Marquez de León, uno de los actores más prominentes de ella y á cuya amabilidad debemos los apuntes que siguen. Su voz es más autorizada que la nuestra:

"Habiéndome detenido, dice el valiente y ameritado General, unos días en Cerro-Gordo, para preparar mi viajé á la Laguna, llegó el General Donato Guerra algo abatido por su derrota en la Calera, y me suplicó que no le abandonase.....

"Dos días después se nos habían reunido, el General Juan E. Guerra con una sección de tropa, el General José Palacios con otra que se componía de los restos del Batallón "Rifleros de Mazatlán" que mandaba el Coronel Clodomiro Cota, y los del Batallón "Victoria" al mando del Coronel Cleofas Salmón. Toda esta fuer-

za reunida no llegaba á ochocientos hombres y se hallaba en estado deplorable.

"Para restablecer la moral de nuestros soldados, vestirlos y darles algún descanso, aconsejé al General Guerra que marcháramos á ocupar el Parral, donde proveyéndonos de lo que nos faltaba, pudiéramos marchar á Chihuahua.

"En pocos días nuestra fuerza aumentó á cerca de novecientos hombres, bien equipados, municionados y en perfecto estado de moralidad.

"Nos movimos sobre Santa Rosalía y en el camino supimos que la plaza había sido ocupada por el Gobernador D. Luis Terrazas con más de dos mil hombres. Este movimiento estaba previsto por mí y con anticipación había indicado al General Guerra la maniobra que convenía ejecutar.

"Llamé la atención del enemigo frente á Santa Rosalía, con una parte de nuestra fuerza, mientras que el resto se dirigía al pueblo de Conchos, sin que se maliciara nuestro plan.

"Mi objeto era obligar á Terrazas á librar una batalla en campo raso, que parecía fácil ganar supliendo nuestra inferioridad numérica con la ventaja que llevábamos en disciplina.

"Dos días después de haber ocupado Chihuahua se apróximó con sus fuerzas Terrazas y salimos inmediatamente á encontrarlo.

"En el rancho de Avalos tuvimos una junta de guerra y los señores Generales Donato y Juan E. Guerra

opinaban resueltamente por la retirada; pero secundado por D. Luis C. Curiel, conseguí persuadirlos al combate.

"El enemigo permaneció todo el día en la Hacienda de Mápula, y como era de suponer, proyectaba aprovechar la oscuridad de la noche para meterse en Chihuahua, por lo que indiqué la necesidad de reocupar la ciudad oportunamente.

"Cuando amaneció ya las fuerzas de Terrazas ocupaban la Hacienda de Tabalaopa.....

"Dejamos al Coronel Salmón con su fuerza guardando la ciudad, y poco más de setecientos hombres marchamos al encuentro del enemigo."

IV.

Las tropas acaudilladas por los Generales Márquez y Guerra estaban ya á muy corta distancia del enemigo; todo indicaba que muy pronto vendrían a las manos.

De improviso se presentó en el campo del General Guerra, solicitando hablarle, un joven que no llevaba los arreos militares; solo podía conocerse su actitud de combatiente por la espada que ceñía y el rifle que llevaba al hombro.

Cuando hubo llegado cerca del General, le habló así:

—No soy militar ni tampoco enemigo de la revolución; al contrario, he sido uno de los primeros en con-

ceder al pueblo el derecho que le asiste para reivindicar sus derechos hollados; pero afectos de corazón, sentimientos que vd. tendrá la discreción de no exigirme le revele, me obligan á pasar al campo contrario. Deseo combatir al lado del General Terrazas. ¿Se servirá vd. franquearme el paso?

—No tengo inconveniente,—respondió el General,—pero pido una recompensa.

—Ordene vd.

—Que me dé vd. su nombre y me permita estrechar su mano.

El joven sacó una tarjeta y la presentó al General, en la que éste leyó: "Eugenio S. Cintrón" en seguida extendió la mano que, Donato Guerra estrechó. Después acompañado por un ayudante, salvó el campamento y á poco se presentó al General Terrazas.

Dos horas habrían transcurrido después de este incidente, cuando los ejércitos enemigos rompieron sus fuegos.

La lucha se empeñó al principio con igual brío por ambas partes.

Las fuerzas, dos veces mayores, del Gobernador Terrazas envolvieron literalmente á aquel grupo de valientes que parecían invulnerables.

El General Juan E. Guerra á la cabeza de un cuerpo de caballería, logró después de reñida pelea, posesionarse de una eminencia donde el enemigo tenía algunas piezas de artillería: éstas fueron tomadas y sus fuegos apagados.

Los Generales Márquez de León y Donato Guerra, se multiplicaban sosteniendo el combate por todas partes y animando á los suyos con el ejemplo de su valor: todos peleaban sin desmayar ni retroceder; todos cumplían dignamente con su deber.

No debía, sin embargo, prolongarse mucho aquella lucha.

La previsión del General Márquez comenzó á cumplirse.

La disciplina y la pericia militar, suplían la inferioridad numérica.

Bien pronto los bisoños soldados del General Terrazas, careciendo de jefes entendidos ya que no de valor, comenzaron á perder terreno. La retirada comenzó. Pero no era aquella una retirada conforme á las reglas del arte: era una huida tumultuosa en la que cada quien poseido de pánico, procuraba salvarse. En medio de aquel desbandamiento general solo un grupo quedó firme en su puesto, sosteniendo el combate.

Este grupo estaba formado por los "indios tejolocaches," los mejores tiradores del Estado, á cuya cabeza estaba Eugenio S. Cintrón.

No quedando ya más combatientes en el campo, el General Guerra concentró toda su fuerza sobre aquel grupo de valientes.

—¡Rendíos!—les gritaban á la vez que formaban á su alrededor como un círculo de hierro.

—¡Moriremos antes!—respondía Cintrón.

Pero aquello no podía ser más que cuestión de tiem-

po. El círculo se fué estrechando más y más. El reducido espacio en que los indios se habían hecho fuertes parapetándose tras de una cerca de piedra, y el cual habían defendido con bravura inaudita, perdiéndolo y reconquistándolo por tres veces consecutivas, se había cubierto de cadáveres. Al fin, los pocos que sobrevivían procuraron salvarse.

Entonces Eugenio avanzó acercándose más á los enemigos: no le quedaba más que su espada, que aun empuñaba.

—¡La espada!—le gritó uno acercándosele.

—Tomadla,—le dijo partiéndola en dos y arrojándola al suelo á los piés del caballo del contrario.

Entonces éste descargó un sablazo sobre él, dejándolo mortalmente herido.

¡El rudo sable de un soldado, había abierto aquel cráneo donde bullía un mundo de ideas!.....

También Arquímedes, algunos siglos antes, había sido muerto por un soldado ébrio en el sitio de Siracusa. ¡Amargas ironías del destino!

Algunas horas antes de que aquel joven exhalara allí el último suspiro, al despedirse de su amada le había dicho: "Voy á combatir al lado de tu padre, al que ya respeto como al mío. Volveré triunfante con él ó moriré luchando."

Había cumplido su palabra.

Los vencedores entraron en Chihuahua conduciendo el cadáver de Eugenio S. Cintrón.

El General Guerra, profundamente conmovido, le mandó hacer los funerales de Ordenanza, y toda la ciudad vistió luto como si hubiese muerto uno de sus más grandes patricios.

Después, muy frecuentemente, al caer la tarde, cuando las sombras de la noche iban invadiendo el triste recinto del cementerio, aparecía una joven cubierto el rostro de tupido vélo, y arrodillándose cerca del sepulcro de Eugenio, derramaba abundantes lágrimas y depositaba allí, con mano temblorosa, un fresco ramillete de madreselvas y siemprevivas.

EL ULTIMO

SITIO DE GUADALAJARA.

(Al Sr. Lic. D. Luis C. Curiel).

I.

GUADALAJARA, la populosa capital del Estado de Jalisco, el más poderoso de la confederación mexicana puesto que cuenta con un millón de habitantes; perla escondida en los confines de Occidente; emporio de ilustración y cuna de muchos hombres eminentes; es considerada por todos, exceptuando los hijos de la invicta Puebla que le disputan la supremacía sobre su róica ciudad, como la segunda capital de la Repúca.

Al descubrirla á lo lejos majestuosamente reclinada un extenso valle, la maravillada vista se recrea

[illegible] recuerdo [illegible] su [illegible] España.

[illegible] y vi[illegible] las arboladuras [illegible] y numerosas torres que en épocas no lejanas sirvieron á los partidos contendientes de [illegible] guaiolas balcanes.

La risueña capital posee numerosos edificios que por su elegante construcción pueden competir con los de las ciudades más cultas. Entre estos se cuenta su Penitenciaría que ocupa una vasta extensión y se halla situada en los suburbios de la ciudad; el magnífico hospital de Belém, mandado construir por el virtuosísimo Obispo Alcalde; el gran teatro Degollago, donde dejó marcadas sus luminosas huellas el fecundo génio del artista que lo construyó, el inmortal Jacobo Galvez, y el Hospicio, obra verdaderamente monumental.

Posee además profusión de baños de agua purísima, pintorescos paseos y gran número de jardines y huertos que la envuelven en un manto de aterciopelado verdor.

Guadalajara ha sido descrita por pluma maestra y nada podemos añadir á esa elegante descripción; pero el ilustrado escritor (1) la pintó como la vieron sus ojos de viajero y poeta, nosotros la recordamos c a

(1) Ignacio M. Altamirano en una novela intitulada "Clemencia."

los afectos tiernos y dulcísimos del corazón. Allí se pasó nuestra niñez y bajo su esplendente cielo siempre sereno y puro, nacieron nuestras primeras doradas ilusiones y tomaron forma y color nuestros ensueños juveniles.

Allí aprendimos á amar y á sufrir, á libar el dulce néctar de las flores como á apurar el amargo acibar que brinda el infortunio.

Por eso jamás la olvidamos en nuestra peregrinación por las lejanas tierras donde nos ha empujado nuestro infausto destino.

Por eso la queremos como la madre cariñosa á quien podremos dejar de ver, pero cuya gratísima imágen nunca nos abandona.

Cuando nos transportamos á los felices días que allí trascurrieron para nosotros, el alma siente indefinibles goces.

¡Cuántas veces vagamos por sus frondosos huertos ó en sus pintorescos alrededores, soñando en un mundo que no hemos encontrado y acariciando quimeras que como el humo se desvanecieron!

¡Cuán inmensa felicidad sentíamos cuando al volver de un corto viaje descubríamos desde lejos los altísimos conos amarillentos de su catedral y brillando á los rayos del sol, cual si fueran de oro bruñido, las dos grandes cruces que los rematan!

¡Cuán bella y poética nos parecía la gigantesca cúpula del Hospicio, cuando á la hora del crepúsculo vespertino la divisábamos desde la cercana alameda.

destacarse en el fondo color de esmeralda de los árboles, semejante á un inmenso segmento de esfera y como suspendida en el aire por génios invisibles!

Cuando pensamos que allí vivimos en un risueño mundo de esperanzas; que allí soñamos con la candidez propia de los primeros años de la juventud, en la existencia de la amistad sincera y del amor puro y desinteresado, y comparamos aquel pasado risueño con nuestro presente, frío como la realidad y amargo como el desengaño no olvidamos, no, aquella tierra cuna de nuestras primeras ilusiones.

II.

El día 26 de Septiembre de 1860, el ejército constitucionalista al mando del General D. Jesús Gonzalez Ortega se acercaba á la plaza de Guadalajara, donde el General reaccionario D. Severo del Castillo se había fortificado.

Aquella ciudad había sido siempre el palenque donde en último resultado se dirimía la eterna cuestión entre "liberales" y "conservadores." Así como el Estado de Jalisco era casi siempre el foco de donde partían los rayos de la revolución para difundirse después por todo el país, cuya circunstancia hacía que los movimientos allí iniciados fuesen simpre temibles, así Guadalajara era escogida como el más estratégico campo

de batalla, como el lugar de refugio donde se guarecían los más débiles contra los más fuertes.

Y por cierto que su situación topográfica, la abundancia de sus recursos y las macizas construcciones de sus templos que parecían haber sido hechos, más que para adorar á un Dios de paz, para matar facilmente á los enemigos, prestábanse admirablemente á ello.

El cerço que esta vez iba á ponerse en la plaza, no era pues el primero; ya en años anteriores y con intervalos no muy largos había sufrido otros la ciudad, acaeciendo un hecho singular y era, que en casi todos ellos los conservadores eran los sitiados y los liberales los sitiadores, y, en la mayor parte el jefe sitiador era D. Santos Degollado; el abogado que trocara la toga por la espada, el infatigable organizador que, hoy derrotado, aparecía mañana al frente de un nuevo y formidable ejército.

En esta ocasión, el General Degollado operaba por otros rumbos, por lo que no concurrió al sitio.

Como el perímetro de la ciudad es bastante extenso, se habrían necesitado muchas tropas para cubrirlo; en consecuencia el recinto fortificado se redujo á unas cuatro ó cinco cuadras más allá de la plaza de armas; pero dejando fuera de él algunos puntos guarnecidos que operaban en combinación con la fuerza adentro. Estos puntos eran los templos de San Fran-sco, Santo Domingo, San Felipe y el convento del Cár-n, posiciones formidables que por ningún motivo avenía dejar en poder del enemigo.

El ejército sitiador, por su parte, ocupó sin ninguna resistencia los barrios lejanos del centro de la ciudad, y tomando posiciones, alojó sus tropas en la Penitenciaría, Santuario de Guadalupe, Hospital de Belém, San Juan de Dios, Hospicio y Mexicalcingo.

Estos puntos servían de base de operaciones y, en caso de ser atacados, de ventajosos lugares de defensa.

Terminados los trabajos de circunvalación, concluidos todos los aprestos, el sitio quedó formalmente establecido, comenzando los combates parciales; pero sin entablarse un ataque general que no entraba en el plan del jefe sitiador. Su intento era permanecer allí hasta agotar los recursos de la plaza, ahorrando de este modo, hasta donde fuera posible, el derramamiento de sangre y aprovechando los descuidos del enemigo.

Pero el jefe sitiado D. Severo del Castillo era un General experto y valiente; además contaba con soldados bien disciplinados. No era pues de esperarse que flaqueara en la defensa, y en consecuencia, deberían necesitarse terribles y múltiples combates para posesionarse de la ciudad: así acaeció en efecto.

Las acciones parciales comenzaron á empeñarse cada día con más valor y encarnizamiento.

Ya los sitiados hacían salidas al campamento enemigo, desconcertándolo algunas veces y regresando c ı
armas y prisioneros: ya los sitiadores avanzaban á -
cho descubierto sobre las fortificaciones enemigas, -
gando algunas ocasiones hasta cojer los saquillos á -

rra que las guarnecían y salvar los fosos, para volver después paso á paso dejando tras de sí, los inanimados cadáveres de sus compañeros.

El ruido de la fusilería y el estampido del cañón, no cesaban un solo momento.

La metralla zumbaba por todas partes haciendo horribles estragos.

La barra del oculto zapador, se dejaba escuchar en medio del silencio de la noche, abriendo fosos ó derribando trincheras.

El sonido del clarín, tocando á fuego, se mezclaba á los lastimeros quejidos de los heridos abandonados al pie de los fosos, á los hurras de triunfo ó á las imprecaciones de cólera.

En las desiertas calles veíanse montones de humeantes escombros y desnudos cadáveres que, insepultos, servían de pasto á los hambrientos perros.

Cubriendo este horroroso cuadro, como un negro sudario, flotaban en la atmósfera densas nubes del humo del combate.

Veintidos días habían pasado desde que el cerco se estableciera, y los sitiadores habían avanzado muy poco. Los valientes defensores de la plaza permanecían firmes en sus puestos, aunque mermados por el cañón y la enfermedad. Pero ya asomaba un enemigo más poderoso que el que los atacaba: "el hambre."

La escasez de recursos se hacía notar cada día con más intensidad. Ya los defensores de la plaza no reci-

bían íntegro su sueldo y la desmoralización empezaba á apoderarse de ellos.

Entonces el clero, que á todo trance quería mantener aquella situación, mandó fundir y acuñar los candelábros, ciriales y lámparas de la Catedral y entregó al General Castillo una gruesa suma, que fué inmediatamente repartida entre los soldados; pero el recurso fué efímero. Bien pronto se vió que si las tropas recibían su haber, no tenían en que gastarlo; no podían cubrir con él sus necesidades, porque los artículos de indispensable consumo se habían agotado: no había pan ni carne, y cuando alguno de estos alimentos se podía conseguir, era de malísima calidad y á precios fabulosos.

Entonces comenzó una situación espantosa para los desdichados habitantes que habían quedado fortines adentro.

El hambre y la enfermedad, su horrible compañera, cernían sus negras alas sobre ellos.

Si al lector le place, sigamos al interior de una de las casas de la ciudad, donde podrá ver un fiel trasunto de lo que en cada hogar sucedía.

III.

La escena pasa en una reducida habitación situada en el alegre barrio del Cármen. Los actores son una mujer de edad poco avanzada pero consumida y demacrada por la enfermedad, que ocupa una cama, en un

rincón del cuarto, y una hermosa joven que, pálida y triste, está sentada frente de ella. La hora, las diez de la noche del día 2 de Octubre de 1860.

La manzana en que estaba situada la habitación de que hablamos, era una de aquellas que, como otras muchas, pertenecía en parte al recinto fortificado, y el resto quedaba fuera de él por estar situado el fortín á la mitad de la cuadra.

—Luz, querida hija mía,—decía la enferma á la joven;—no es la miseria la que me aflije, ni mucho menos la dolencia que hace tiempo me agobia. Lo que me atormenta sin permitirme ni aun conciliar completamente el sueño, es la idea de que tu hermano Enrique perezca en esta maldita guerra y tú quedes sola y abandonada.

—No pienses en eso, madre,—respondió la joven; —no parece sino que te complaces en atormentarme. Dios cuidará de mi hermano Enrique como ha cuidado hasta aquí.

—¡Ojalá y así sea!—murmuró la enferma lanzando un suspiro.

Volvió á reinar profundo silencio en el cuarto, hasta que fué interrumpido por el ruido de unos pasos que se oyeron en el patio de la casa. Poco después un joven como de veinticuatro años, vestido con el traje militar, entró al lugar donde se hallaban las dos mujeres: corrióse rápidamente al lecho en que estaba la enferma, y estrechando con cariño su descarnada mano,

dificultades, estas proviciones: vé cómo haces porque el sitio se prolonga.....

En seguida se despidió de su hermana y de la enferma, marchándose precipitadamente adonde el deber lo llamaba.

Como hemos visto, el joven militar era el hijo único de la desdichada enferma y hermano de Luz.

Había abrazado la carrera militar, por afición, sin cuidarse del partido á quien sirviera. No combatía por las ideas; se había afiliado al partido conservador, porque su padre había también pertenecido á él, pero sin que su corazón ni su inteligencia hubieran tomado parte en aquella elección.

Hijo excelente y honrado en grado sumo, sostenía aunque con mil estrecheces á su familia, desde hacía mucho tiempo, pues su padre había muerto siendo él muy joven.

Pocos momentos después que Enrique se separó de las dos mujeres, se oyó muy cerca de la pieza que éstas ocupaban un sordo ruido semejante al que producen algunas barras golpeando la pared; poco á poco el ruido parecía más cercano, haciendo temblar las paredes y hasta los muebles del cuarto.

Al mismo tiempo, las frecuentes detonaciones de los fusiles y las granadas que estallaban allí cerca, indicaban que se daba quizá un asalto al Cármen ó á un fortín inmediato.

Luz y su angustiada madre oían el ruido producido por los barretazos, con terror creciente. La enferma

—¿Cómo estás, madre? ¿has conseguido dormir?

—Sí, Enrique,—contestó la madre;—he logrado dormir algunos minutos, pero mi sueño ha sido interrumpido por horribles fantasmas. Te he visto rodeado por cien enemigos que te herían sin piedad...después caiste bañado en un lago de sangre...¡Maldita sea la guerra en que cual tigres feroces se desgarran entre sí los hermanos!

¿Por qué has tomado parte en ella? ¿por qué no te separas y vienes á quedarte con nosotras? Tu presencia sería para mí la mejor medicina. Si mueres, ¿qué haremos sin tí que eres nuestro único sostén? ¿cómo quedará tu hermana Luz?

—¡Bah!—respondió el joven, afectando una serenidad que en aquellos momentos no tenía;—desecha, querida madre, esas lúgubres ideas; las balas enemigas no me alcanzarán porque estoy muy alto (Enrique había pedido para estar cerca de su familia, pertenecer á la guarnición que defendía la altura del Cármen.) Por lo demás separarme en estos momentos sería arrojar indeleble mancha sobre mi nombre. ¿Sabes, madre mía, lo que es un militar que se separa frente al enemigo? ¡es un cobarde!

La infeliz madre no replicó. El joven se dirigió luego á su hermana Luz y le dijo casi en secreto, de modo que su madre no le oyese:

—Hace dos días que carecemos de haber; con lo poco que tenía ahorrado, he podido conseguir, con mil

quiso levantarse de la cama para huír con su hija; pero le faltaron las fuerzas.

Derepente, después de repetidos golpes, cayó con sordo estrépito un lienzo de la pared del cuarto, precipitándose por aquella entrada un grupo de los sitiadores que habían practicado aquella horadación para penetrar por allí á la plazuela del Cármen, al mismo tiempo que se daba el ataque al convento.

El capitán que había mandado practicar la horadación, se detuvo un momento sorprendido al ver, á la luz de la lámpara que allí ardía, á la madre de Luz que medio sentada en la cama, abrazaba á su hija como queriéndola ocultar de los que habían entrado. Cuando, fijándose más, se hubo cerciorado de la hermosura de la joven, cruzó por su cerebro una idea siniestra, y acercándose á la cama, rechazó con mano brutal á la enferma, arrancando de sus brazos á Luz que se desprendió lanzando desgarradores gritos.

De improviso, y cual si hubiera salido del seno de la tierra, otro oficial se arrojó interponiéndose entre el capitán y Luz, y levantando su espada, dijo al primero:

—¡Atras! capitan; si la Ordenanza me manda que le obedezca y respete en los asuntos del servicio, la dignidad de hombre y los fueros de la humanidad que aquí quiere hollar cobardemente, me obligan á levantar mi espada contra vd. Si da un paso más, lo atravieso con ella!

—¡Lo veremos!—dijo el capitán arrojándose sable en mano contra el defensor de Luz.

El valiente oficial paró habilmente los golpes de su contrario, y aprovechando un momento oportuno, le hundió la espada hasta la guarnición, dejándolo muerto.

Terminado el combate que Luz y su madre habían presenciado horrorizadas, el oficial se dirigió á la joven diciéndole:

—Señorita, en este momento yo soy aquí el jefe superior pues era el teniente de la compañía: si como lo espero, quedamos dueños de la manzana, nada tienen ustedes que temer, pues cuidaré de ustedes como de mi propia familia hasta que mi presencia no sea necesaria.—Y se retiró saludando respetuosamente, mandando cubrir la brecha que allí habían abierto y sacar el cuerpo del capitán.

Como el teniente lo había previsto, la manzana no fué recuperada por los sitiados, aunque lo intentaron varias veces.

El noble oficial cumplió su palabra, cuidando leal y caballerosamente á las desdichadas mujeres, que veían en él un ángel salvador.

IV.

Enrique, entretanto, sufría los tormentos del infierno.

El imprevisto ataque que había dado por resultado la toma de la manzana en que vivían su madre y su hermana, lo había separado de éstas sin que le fuera dable saber la suerte que habían corrido.

En ciertos momentos se veía tentado á lanzarse sólo en medio del enemigo para averiguar, aun á costa de de su vida, el paradero de aquellos seres tan queridos para él; pero los deberes que tenía que cumplir lo contenían.

El sitio seguía cada vez más estrecho. Los sitiados á pesar de su valor indomable comenzaban á flaquear, porque cada día que pasaba aumentaba la escasez de recursos.

El desaliento cundía apoderándose áun de los ánimos más esforzados, porque ya nadie luchaba con la esperanza del triunfo, aliciente que convierte en héroes áun á los hombres vulgares.

Todos preveían que no estaba lejos el día de la toma ó rendición de la plaza.

Hallábanse en tal estado las cosas, cuando un día en el puesto avanzado del Cármen izaron bandera blanca, tocando á parlamento.

Los defensores del fuerte entraron en pláticas con el enemigo, pretendiendo por este medio ganar algún tiempo y hacer entrar, si les era posible, algunos víveres á la plaza. Suspendiéronse, pues, por aquel lado las hostilidades.

Dejemos por un momento á los contendientes sustituir, aunque solo sea de un modo parcial, á los alardes de la fuerza bruta, los ardides de la diplomacia; y veamos como aprovechó Enrique aquellos momentos de paz.

Inmediatamente que las negociaciones comenzaron á entablarse, se dirigió presuroso en busca de su madre y de Luz.

Penetró resuelto por el dédalo de escombros que llenaban la manzana donde habían quedado, y previo el permiso del comandante del punto, llegó hasta la pieza donde tres días antes las había dejado.

Grande fué su asombro cuando vió que aun estaban allí, é inmensa su alegría cuando la madre y la hermana le refirieron, sin olvidar ningún detalle, como habían debido su salvación y la subsistencia de aquellos días, á la extrema bondad de un oficial llamado Luis Solórzano, teniente de la compañía que sostenía aquel punto.

Enrique salió desde luego en busca del oficial, al que no tardó en encontrar.

—Caballero,—le dijo al verlo,—sé que es vd. el salvador de los dos objetos que más amo en el mundo: mi madre y mi hermana. Sé que por ellas se ha expuesto vd. hasta á la muerte. ¿Tendrá vd. la bondad de decirme, cómo podré pagar, si es que pagarse puede, la inmensa deuda de gratitud que con vd. he contraido?

—El pequeño servicio que tuve la feliz oportunidad de prestar á su estimable familia,—respondió el oficial, no merece ni aun siquiera mención, puesto que solo ejercí allí el cumplimiento de un deber. Si vd. cree que eso merece alguna recompensa, concédame

su amistad y con ella quedaré ampliamente recompensado.

—Cuente vd. siempre con Enrique López,—respondió el hermano de Luz, estrechando en un fuerte abrazo á Solórzano.

Los dos nuevos amigos departieron algunos momentos, protestándose fiel y duradera amistad. En seguida Enrique se despidió para trasladar á su familia á un lugar donde no estuviera expuesta, como allí lo estaba, á las eventualidades de un próximo combate.

La tregua concedida á los del convento del Cármen, se había prolongado cuatro horas sin que nada pudiera arreglarse. Las propociciones que se hicieron mutúamente los beligerantes fueron rechazadas, y las hostilidades se rompieron de nuevo, sin que los defensores del fuerte lograran su intento de introducir víveres á la plaza.

V.

El sitio se iba prolongando más de lo que al principio se había creido.

Treinta y un días habían trascurrido ya en contínuos y reñidos combates; y aunque los sitiadores habían logrado adquirir algunas ventajas, los sitiados permanecían firmes en sus puestos, disputando con valor heróico el último palmo de terreno que les quedara.

Se hacía, pues, necesario intentar un asalto general y decisivo, y en tal sentido obró el jefe sitiador.

En la madrugada del día 29 de Octubre se dió la orden de que todo el cuerpo de ejército que sitiaba la plaza, compuesto de cerca de veinte mil hombres, avanzase sobre las fortificaciones, llamando la atención del enemigo por todas partes; pero dando el asalto formal por los conventos del Cármen y Santo Domingo.

De antemano se había mandado demoler toda una manzana situada paralelamente á la espalda del templo de Santo Domingo, dejando solo las paredes exteriores y mandando rellenar aquel vasto cuadro con los mismos escombros, hasta dejar una ancha planicie que dominase la altura de Santo Domingo y los fortines inmediatos. A esta formidable posición se le llamó, "la torre de Malakoff" y sobre ella se colocaron tres baterías de artillería de grueso calibre que enfilaban las posiciones enemigas que estaban al frente.

Tres cañonazos tirados de la "torre de Malakoff," fueron la señal del asalto; en el momento todo el ejército sitiador avanza sobre las fortificaciones enemigas.

Las diez y ocho bocas de fuego da la "torre de Malakoff" comenzaron á jugar sobre Santo Domingo y los fortines inmediatos para abrir brechas á las columnas asaltantes. Media hora duraría este terrible fuego, suspendiéndose al fin, para dar paso á los batallones que avanzaron á pecho descubierto, en compactas columnas sobre Santo Domingo y sus fortificaciones.

El choque fué terrible y sangriento; los sitiados recibieron á los asaltantes con nutrido fuego y la lucha se empeñó cuerpo á cuerpo; pero al fin tuvieron que ceder, dejando en poder de sus contrarios la importantísima fortaleza de Santo Domingo.

En tanto que esto pasaba en Santo Domingo, otro combate no menos reñido tenía lugar en el convento del Cármen.

El bizarro General Leandro Valle se empeñaba en la toma de aquel fuerte.

Después de haber lanzado sus columnas de ataque sobre la huerta del convento, el joven General Valle, con singular audacia, mando colocar una escalera apoyándola en la pared de una capilla que estaba contitigua á la torre, y subió por ella para asaltar la altura, seguido de sus oficiales y soldados más escogidos.

La empresa era propia de aquellos héroes antiguos que solo hemos oído nombrar en romances ó cantos legendarios.

Valle quiso subir el primero; lo seguía inmediatamente Luis Solórzano, á quien conocemos.

Los que defendían la altura, no esperaban ni remotamente ser atacados por allí: tan irrealizable les parecía la empresa.

El General Leandro Valle y Luis Solórzano, saltaron casi al mismo tiempo sobre la azotea de la capilla.

Al ver saltar de improviso aquellos dos hombres, el centinela más inmediato tendió su fusil casi á quema ropa, apuntando al pecho de Solórzano; pero en el mis-

mo instante una mano levantó el fusil bruscamente, saliendo el tiro sin herir al oficial. Esta mano era la de Enrique, que había reconocido, no sin gran sorpresa, en aquel oficial, al salvador de su hermana.

Este momento de indecisión bastó para que el reducido espacio de la azotea se llenara de enemigos.

Por su parte los sorprendidos defensores del Fuerte, acudieron en gran número á aquel sitio alentados por la presencia de su bravo jefe el coronel Piña y se trabó una espantosa carnicería al arma blanca.

Por todas partes caían aquellos hombres atravesados por la bayoneta ó por la espada, lanzando imprecaciones de furor.

Pronto la azotea se convirtió en un lago de sangre, donde los contendientes resbalaban y que corría á chorros por las canales. (Histórico.)

En los momentos más apurados del combate, cuando Enrique y Solórzano llegaban á encontrarse empujados por las peripecias de la lucha, Enrique bajaba la espada, tinta en sangre, y se colocaba delante de Luis para desviar los golpes que le dirigían; pero éste se lanzaba á distinto punto para seguir peleando.

Rechazadas las columnas que atacaban la huerta, el General Valle, no pudiendo ya recibir refuerzos en el estrecho recinto de la altura que tan valientemente había conquistado, tomó el partido de retirarse, bajando el último por donde había subido el primero.

En los momentos de la retirada Solórzano y Enrique

que volvieron á encontrarse, estrechándose rápidamente la mano dijo el primero á López:

—Me ha pagado vd. con usura; le debo la vida.

—Aun no está saldada mi cuenta,—respondió el joven,—porque yo debo á vd. algo más que la vida; la honra de mi hermana.

El asalto no dió, pues, por resultado la toma de la plaza; pero se había adquirido la ventaja de quitar á los sitiados el importante punto de Santo Domingo, y esto los desmoralizó por completo.

En tan difícil situación, viendo el General Castillo que ya no le quedaba ninguna probabilidad de triunfo, y deseando salvar, si no la plaza, al menos su honra militar, mandó tocar á parlamento el día siguiente del asalto y ofreció abandonar la plaza, bajo la condición de que se le dejara salir con los restos de su ejército, sus armas y bagajes.

Los Generales Gonzalez Ortega y Zaragoza se oponían á conceder esto; pero el General D. Manuel Doblado, previendo que la llegada del Jefe enemigo D. Leonardo Márquez que venía por el rumbo de Oriente, á marchas forzadas, en auxilio de la plaza, pudiera traerles graves complicaciones, propuso que se le concediera á Castillo lo que pedía, entretanto el grueso de las tropas liberales iba al encuentro de Márquez. Aceptada esta proposición, se estipuló que ambos ejércitos abandonarían la plaza, marchando los constitucionalistas catorce leguas al Oriente y los conservadores igual distancia al Occidente.

En virtud de este tratado, el General Castillo salió con sus tropas, situándose en el pueblo de Amatitán, catorce leguas al Occidente de Guadalajara, y las fuerzas liberales avanzaron rumbo á Oriente al encuentro de Márquez.

Las cosas sucedieron como el genio superior del ilustre General Doblado las había previsto.

El día 1º de Noviembre, las fuerzas liberales encontraron en Calderon á las que acaudillaba el Jefe reaccionario Márquez, y después de una corta lucha, estas fueron completamente derrotadas quedando en poder del ejército liberal toda su artillería y municiones.

Al saberse en Amatitán la derrota de D. Leonardo Márquez, las tropas de Castillo se pronunciaron, proclamando la Constitución de 1857. Solo este General y el de igual clase D. Amado Guadarrama, se retiraron con unos pocos, permaneciendo fieles á su bandera.

Poco después el ejército constitucionalistas ocupó la ciudad de Guadalajara. El sítio que acababa de pasar, debía ser el último impuesto á aquella plaza.

El partido reaccionario se había batido allí en sus últimos atrincheramientos y ya no abrigando esperanzas de triunfo, no tardaría en buscar, en su despecho y desesperación, eficaz auxilio en las bayonetas francesas.

VI.

Luis Solórzano fué inmediatamente después de tomada la plaza, ascendido al grado inmediato como merecido premio á su valor y buen comportamiento, y no cesó de permanecer al lado del General Leandro Valle, que lo distinguía y colmaba de consideraciones.

Enrique se separó desde luego de la carrera de las armas, para dar ese último consuelo á su cariñosa madre, que á poco dejó de existir bendiciéndolo.

Luz halló siempre en el cariño de su hermano, dulce consuelo á su orfandad.

MARIA.

(RECUERDOS DEL TIGRE DE ÁLICA).

Al Sr. Lic. D. Ignacio M. Altamirano.

I.

Mucho tiempo hacía que alimentaba yo vivísimo deseo de conocer la ciudad de Tepic.

Gran interés habían despertado en mí las terribles á la vez que romancescas relaciones que había oído sobre los acontecimientos allí desarrollados durante el larguísimo periodo en que Manuel Lozada, sobrenombrado el "Tigre de Álica," imperó en aquella poética y fertilísima tierra.

Todos conocen la historia de Lozada. De aquel indio semisalvaje, que gracias á las terribles ironías del destino, pudo levantarse del polvo de la bulgaridad

en que había nacido, para encumbrarse al elevado puesto de General de División y aun soñó en su delirio con el Gobierno de México.

De apacentador de vacas en una humilde ranchería, se lanzó á impulsos de un amor contrario, al asalto y al robo en el camino real. Perseguido por el capitán de "Acordada" Mariles, logró sorprender á éste en uno de los lugares más escabrosos de la Sierra llamado el "Paso de los encinos," cogiéndolo prisionero.

El infortunado guardian de la seguridad pública no halló compasión en su verdugo, que le inflijió martirios sin cuento.

Le mandó descarnar las plantas de los piés y lo hizo en seguida marchar en un camino cubierto de guijarros.

Le cortó la lengua y le sacó los ojos; y por fin, lo hizo morir lentamente á lanzadas,

Este horrible y atroz asesinato, debía ser el primer eslabón de una cadena de crímenes que había de conquistar á su autor el sobrenombre del "Tigre de Álica."

Desde el asesinato de Mariles, Lozada se impuso por el terror en casi todos los pueblos del Nayarit. Poco después uno de los partidos que entonces dividían y ensangrentaban la República, no tuvo obstáculo en aprovecharse del ascendiente que Lozada había conquistado entre los númerosos indios que pueblan el vasto cantón de Tepic, y lo invistió con el grado de Comandante, quedando así convertido en jefe del ejército regular, el audaz capitán de bandoleros.

Desde entonces el poder de Lozada fué creciendo día á día.

Logró hacerse dueño absoluto del territorio del Nayarit, que gobernaba él solo, sustrayéndose siempre á las leyes y al Gobierno general de la Nación.

Diose entonces el hecho singular de que en el corazón del país, cualquiera que fuese la forma de gobierno, ya existiese la República ó se implantase el Imperio, el Territorio de Tepic permanecia aislado é independiente, como un bajalato incrustado en el seno de un país libre; como un cacicazgo gobernado por un reyezuelo que trataba con el Gobierno de México de potencia á potencia.

Manuel Lozada era un hombre enteramente vulgar. No poseia más cualidades que un valor temerario para la lucha y la astucia propia de la raza á que pertenecia.

Estas circunstancias no habrían bastado, sin duda, á elevarlo si ciertos negociantes sin conciencia á cuyos intereses convenia mantener el territorio quebradísimo de Tepic, como una especie de "zona libre" con su inmediato puerto por donde el contrabando pudiera ejercerse en vastísima escala, no hubieran manejado hábilmente á aquel hombre convirtiéndolo en instrumento productivo en sus manos.

Si á esto se añade que los indígenas á quienes Lozada subyugaba por el ascendiente de su valor y por los poderosos lazos de casta, forman numerosos pueblos esparcidos en terrenos inaccesibles, donde un comba-

tiente puede luchar con ventaja contra cien enemigos; que estos indios, todos armados á sus propias expensas, se alzaban como un solo hombre á la menor orden de su jefe, se comprenderá como esta personalidad vulgar pudo enseñorearse de una vasta extensión del país; y por qué llegó á ser adulado y vendecido por algunos obispos, y condecorado por algunos de los jefes de la Nación, entre los que es preciso nombrar al ex-emperador de México, Maximiliano de Austria.

El reinado de Lozada se había prolongado gran número de años, algo más de veinte, y amenazaba perpetuarse indifinidamente si la traición de uno de los suyos no lo hubiera entregado en poder del General Ceballos, que en 1874 hizo la campaña contra él; terminando su carrera de crímenes en el patíbulo levantado en la loma de los Metates.

Manuel Lozada murió con valor, protestando ser inocente de los crímenes de que lo acusaban.

¡Tan sagrados son los fueros de la moral y de la justicia, que los más obcecados criminales jamás confiesan haberlos hollado, buscando siempre alguna causa justificada que los disculpe!

II.

El vivo deseo que yo tenía de conocer la antigua capital del imperio de Lozada, cumplióse al fin; y en verdad que me agradó sobremanera el magnífico espectá-

culo de la ciudad, cuando siguiendo mi costumbre de abarcar de una mirada el panorama general de las poblaciones que visito, para fijarme después en los detalles, pude contemplarla desde la inmediata loma de la Cruz.

Si la mano del hombre no ha levantado allí monumentales edificios, la naturaleza en cambio ha prodigado á aquella tierra sus más ricos tesoros.

En los momentos en que desde la altura en que me hallaba dirigía mi vista fijándola en la ciudad, el sol acababa de ocultarse dando lugar á uno de esos bellísimos crepúsculos que solo se ven en las zonas tropicales. La luna, en cambio, aparecía por detras del cerro de "San Guangüey," iluminando con su apacible claridad, que se abría paso á traves de la bruma, las truncadas torres de la parroquia; la cúpula deslumbrante de blancura, de la casa Municipal; el vasto cimborrio, formado en gajos, de la comenzada Penitenciaría; el gracioso y ameno jardín de la plaza principal; las manzanas de casas, que semejantes á blancos islotes, sobresalían entre los verdes platanares ó los exhuberantes cafetos cargados de rojo fruto. Algo retirada de la ciudad veíase al Norte, la pintoresca fábrica de mantas de "Jauja," con su espumoso río que le da movimiento y vida; sus puentecillos rústicos, sus frescos y aromados jardines, sus cascadas naturales, y su vasto edificio donde bullen, como las abejas en un gran colmenar, centenares de trabajadores de ambos sexos. Al Sur y destacándose sobre una eminencia del terreno, está el an-

tiguo convento de la Cruz, hoy hospital militar, donde se venera la legendaria cruz de zacate que la fé religiosa mantiene verde y lozana.

Engastando este cuadro, como rústico marco, se divisan por todos lados empinadas y verdes montañas.

III.

No léjos de la loma de la cruz, y ya en las últimas calles de la ciudad, hay una casa de humilde apariencia donde vivió en otro tiempo una joven bellísima, que fué una de las víctimas del tigre de Álica. Esta verídica á la vez que sencilla historia me fué contada así:

María era el nombre de la que allí vivió, me dijeron señalándome la pobre habitación. Aquella joven que apenas contaría diez y seis años cuando tuvieron lugar los sucesos que con ella se relacionan, era de una belleza sorprendente; pero lo que más causaba la admiración de cuantos la veían, eran los ojos, que sobrepasaban en dulzura y gracia á toda ponderación, por lo que bien pronto fué conocida en toda la ciudad con el epíteto de "María ojos lindos."

Pertenecía á una familia pobre, lo que unido á su deslumbrante hermosura, hacía que fuera objeto de constantes declaraciones amorosas y aun de infames asechanzas; más ella siempre modesta y virtuosa, nun

ca dió oidos á los que ansiosos de poseerla, la perseguían por todas partes.

Pero aquella humilde florecilla que á semejanza de la violeta ocultaba pudorosa sus gracias y perfumes, debía ser arrancada brutalmente por la despiadada mano del cacique Lozada, del señor absoluto de la vida y de la honra de los desdichados habitantes del cantón.

Informado el feroz bandolero de la belleza de María, determinó hacerla suya, y como el más ligero de sus caprichos era una orden que irremisiblemente se cumplía, la joven fué una noche extraida de su casa por un grupo de esbirros que bien pronto la arrojaron en brazos de su terrible jefe.

Los amores de Manuel Lozada no duraban mucho. Una vez saciado su brutal deseo, las desgraciadas víctimas de su lascivia pasaban á poder de sus jefes subalternos que pronto las abandonaban á su vez, no para que volvieran al desierto hogar, sino para hacerlas sufrir el horrendo suplicio del "Volantin ,'que pronto explicaremos.

La juventud y hermosura de María no fueron bastantes á exceptuarla de esta terrible ley.

Después de permanecer cerca de un mes en poder de su verdugo, fué regalada por este á uno de los suos y así pasó la infeliz al servicio de distintos dueños, ufriendo resignada el trato brutal de aquellos homres.

En aquellos días tuvo lugar un acontecimiento que

tenemos que mencionar, porque se enlaza directamente con nuestra relación, y porque además, da idea del poder que Lozada había llegado á adquirir.

IV.

El día 7 de Septiembre de 1859, el General constitucionalista Don Estéban Coronado, después de una marcha triunfal á traves de los Estados de Durango y Sinaloa, se acercó á la ciudad de Tepic, con una columna de cerca de tres mil hombres y diez y ocho piezas de artillería, para presentar batalla al jefe reaccionario Moreno que apoyado por Lozada, quien se había declarado partidario y sostenedor del partido clerical, estaba en posesión de la plaza. El General Moreno salió al encuentro de su adversario y fué en seguida derrotado, casi en los suburbios de la población, dejando en poder del enemigo todos sus elementos de guerra.

El General vencedor, Coronado, se apoderó luego de la plaza; pero pocos días pudo permanecer tranquilo en ella, porque á principios de Noviembre, las numerosas huestes de Lozada, que como un alud empezaron á descender de la Sierra, pusieron cerco á la ciudad.

Empezaron entonces los encuentros y las escaramuzas en las mismas calles de la población.

El General Coronado, halagado tal vez por sus contínuos anteriores triunfos ó quizá despreciando más de lo que la prudencia acosejaba, al enemigo que ahora se le presentaba, no tomó precauciones de ninguna clase, y llevado de su carácter atrevido é impetuoso, salió acompañado de dos ó tres de los suyos á reconocer al enemigo. El natural resultado de esta imprudencia fué, que después de sostener con inaudita bravura un combate desigual con un gran número de sus contrarios, tuvo que retirarse, gravemente herido, al centro de la plaza.

Desde este momento pudo notarse que el desaliento y la desmoralización cundieron en las fuerzas liberales, que no tuvieron ya á su cabeza al jefe superior que poco antes las había conducido á la victoria; á la vez que este deplorable suceso dió nuevos bríos á las indisciplinadas hordas de Alica.

Herido Coronado, lo sustituyo en el mando el coronel Cordero, que lo acompañaba desde la frontera del Norte.

Los combates diarios continuaban entretanto

Ocho días había durado ya el sitio y era necesario intentar un ataque vigoroso al campo de los sitiadores para despejar aquella situación que se iba haciendo amenazadora. En consecuencia se determinó que el coronel D. Ramón Corona, que mandaba un cuerpo del ejército constitucionalista, avanzara sobre el grueso de las fuerzas enemigas que tenían su cuartel gene-

ral en la loma de la Cruz, apoyándose en la inmediata haciénda llamada "El Tecolote."

Este ataque debía ser apoyado por el coronel Cordero, que con su cuerpo cubriría la retaguardia y prestaría el auxilio necesario. En cumplimiento de esta disposición, Corona salió con su columna en la mañana del día 9 de Noviembre y se arrojó con singular denuedo sobre el campamento enemigo; pero no habiéndose presentado en su ayuda Cordero y teniendo que luchar con fuerzas mucho más numerosas que las suyas, bien pronto se vió amenazado por su retaguardia y tuvo que replegarse á la plaza; perseguido de cerca por sus contrarios á quienes este nuevo descalabro había envalentonado.

Tres días después, Cordero trató con Lozada ofreciendo entregarles la plaza, bajo la condición de que se le permitiera salir con las pocas tropas que le quedaban rumbo á la Costa, á donde salió en efecto escoltado por cien hombres enemigos que lo condujeron hasta el límite del Cantón.

La artillería y las armas habían quedado en poder del vencedor.

El desastre final de esta campaña, fué atribuido entonces, ignoramos con qué fundamento, á la traición del Coronel Cordero, que según aseguraban se había vendido al enemigo por una gran cantidad de oro, dejando por tal circunstancia abandonado á Corona en la acción de la loma de la Cruz, y haciendo de este modo inevitable la derrota.

Cordero espió á poco su verdadera ó supuesta traición, en el pueblo de Escuinapa, donde fué fusilado por los suyos.

En cuanto al joven y valiente General Coranado, murió en la misma ciudad de Tepic, asegurándose entonces que su muerte fué debido á la impericia de un cirujano extranjero que practicó la amputación de la pierna herida.

Con motivo de este desastre Manuel Lozada quedó de nuevo imperando en la ciudad, y su audacia y su prestigio aumentaron.

No debía terminar esta campaña sin que fuera marcada por algún acto de salvajismo del sanguinario jefe.

Durante la acción de la loma de la Cruz, dos oficiales pertenecientes á la fuerza que mandaba Coronado, se habían distinguido por su valor penetrando hasta el centro de las filas contrarias, y matando á dos de los jefes más queridos de Lozada.

En la retirada, los dos oficiales que se apellidaban Lozano y Aburto, fueron hechos prisioneros.

Dos días después de la toma de la plaza, Lozada ordenó que aquellos infortunados jóvenes fuesen á dar "un paseo al Volantín." Veamos lo que significaba este "paseo."

V.

Como á unas quince leguas distante de Tepic, hacia el Norte, en la parte más fragosa y empinada de la Sierra de Álica, hay una profunda y estrecha barranca.

Casi en su parte media esta barranca está dominada por una meseta formada por enormes peñascos, que á aquella inmensa altura se destacan con un color blanquecino, como la cabeza encanecida de un gigante.

Á esa alta cima, se sube trabajosamente por un estrecho sendero, y del lado de la barranca la roca está formando un plano perpendicular, un "reliz" en los términos propios de la comarca, en cuya pulida superficie se reflejan los reverberantes rayos del sol.

Cuando el curioso visitante sube á esta meseta y se asoma apoyándose en la roca para sondear con la mirada aquella profundidad, vé abajo de el las nubes y cirniéndose en el aire algunas aves de rapiña. Más abajo las peñas y los árboles como pequeños puntos oscuros, y más abajo áun, un arroyo cuyas aguas reflejan á trechos la claridad del cielo.

Aquella elevadísima cima, aquel grupo apenas accesible de blancas rocas, es conocido con el nombre del "Volantín."

Desde que Lozada se lanzo en su carrera de crímenes, aquel sitio fué escogido por él como un lugar de suplicio para las desgraciadas víctimas que habiendo

despertado en sumo grado su cólera, merecían á su juicio un castigo mayor que el simple fusilamiento; ó bien para las desgraciadas mujeres que él ó los suyos robaban y que después de repudiadas era necesario que desaparecieran para siempre, con el objeto de que guardaran eterno silencio.

Sin duda por un exceso de suspicacia, el astuto bandido daba á sus víctimas aquella inabordable tumba para borrar por completo las huellas de su crímen.

Porque los desdichados que eran sentenciados al "paseo del Volantín," desaparecían para siempre sin que jamás se hallaran ni aun sus huesos. Nadie volvía de aquel paseo.

Por lo común estas ejecuciones se verificaban con el mayor sigilo, y solo los más allegados al cacique conocían el sitio del suplicio y la manera de aplicarlo.

Para el común de las gentes, el "Volantín" era simplemente un destierro; para los iniciados en el secreto, era la eternidad.....

En cuanto al modo de hacer morir allí era bien sencillo. Arrastradas las víctimas hasta la altura de la meseta que hemos descrito, se les obligaba á lanzarse al fondo del precipicio, á donde rodaban haciéndose mil pedazos entre las peñas del horrible desfiladero.....

VI.

Hemos dicho que Lozada había dado la orden de que los dos valientes oficiales, Aburto y Lozano fueran conducidos al "Volantin."—Pretendía vengarse con gran lujo de crueldad, de aquellos militares, que en medio de la lid y con armas iguales, habían dado muerte á dos de sus cabecillas.

El jefe encargado de conducir y ejecutar á los prisioneros, era un indio llamado Juan Miguel, en quien Lozada depositaba toda su confianza.

Por una rara coincidencia, María, la infortunada joven cuya historia vamos refiriendo, había pasado entonces á poder de Juan Miguel, que hastiado de ella determinó hacerla morir en el "Volantin," á la vez que á los dos prisioneros.

Cuando la joven oyó que la llevaban al "Volantin," supuso que se trataba de una de tantas excursiones por la montaña, en que á su pesar había tomado parte, sin sospechar ni remotamente el horrendo martirio que pensaban hacerla sufrir.

En cuanto á los prisioneros, nunca dudaron de que se les iba á asesinar, aunque ignoraban los detalles.

El jefe encargado de la ejecución, seguido de una escolta que guardaba á los sentenciados, tomó el camino de la Sierra en dirección al "Volantin."

Era el camino bastante escabroso; además' los oficia-

les eran llevados á pie y se les habían atado las manos por detras para mayor seguridad, por lo que el primer día de marcha hubo que acampar bastante entrada la noche, en plena Sierra, á corta distancia del "Volantin," á donde deberían llegar al día siguiente por la mañana.

La noche estaba profundamente oscura, Juan Miguel mandó atar de pies y manos á sus dos prisioneros y y se acostó á dormir, seguro de que no se le escaparían.

Con la joven no se había tomado más precuación que poner á uno que la vigilara.

Cuando ya casi todos dormían en el campamento, el Guardian de María se acercó sigilosamente á ésta y le dijo: Si no quieres morir, sígueme.

La joven, sobrecogida de terror, siguió luego á aquel hombre. Cuando estuvieron retirados de modo que no los pudieran oír, dijo éste á María: Mañana tú y los dos oficiales prisioneros, morirán hechos pedazos en la barranca del "Volantín." Si quieres escaparte puedes irte de aquí por este lado; y le señaló una angosta vereda.

La infeliz muchacha no dudó de la sinceridad de las palabras del indio, y sin vacilar huyó por lo más intrincado del monte.

¿Qué móviles había tenido el guardian de María para procurar salvarla? quién sabe! Tal vez en su natural inculto pero aún no depravado, habían influido la

juventud é inocencia de María; quizá tenía alguna hija y se acordó de ella.

Dejemos por ahora á los del campamento, que no habían advertido la evasión, y sigamos á la joven en su huída.

VII.

En su afán de retirarse lo más que le fuera posible del lugar donde quedaban Juan Miguel y su gente, María emprendió á todo correr el camino que se le había indicado.—Después de una rápida marcha que duraría tres ó cuatro horas, sintióse muy fatigada y se paró para tomar aliento.

En su carrera no había seguido ningún camino abierto porque allí no lo había. Marchó á la ventura y sin rumbo; después, bastante fatigada, resolvióse á descansar algunos momentos y procuró orientarse.

La noche seguía profundamente oscura, pero sus ojos acostumbrados ya á distinguir los objetos en la oscuridad, podían distinguir grandes árboles y peñascos, que por todas partes le obstruían el paso.

Buscando alguna salida vió á su frente una oscura barranca y suponiendo que por allí podría encontrar más fácilmente alguna ranchería ó al menos ocultarse mejor de sus perseguidores, se aventuró por allí y empezó á descender por la escabrosa ladera.

El descenso duró todo el resto de la noche; cuando

el sol comenzó á aparecer al siguiente día, la jóven había llegado al fondo de la barranca, hechos girones los vestidos y destrozados los pies en las asperezas del camino.

Ya allí, su atenta mirada pudo descubrir un espectáculo extraño y horrible; había entrado á una extensa plazoleta rodeada de rocas y enteramente desprovista de vegetación, donde yacían aquí y allá hacinados y en desorden, gran cantidad de restos humanos. Esqueletos enteros, fragmentos de huesos, cráneos emblanquecidos, girones de vestidos que se deshacían lentamente por la acción del agua y del tiempo.

Un tigre de piel manchada olfateaba allí, retirándose á la vista de la joven con paso cauteloso.

Aquello era un cementerio, un campo mortuorio donde no se veían lápidas ni inscripciones, y donde los insepultos cadáveres solo tenían el cielo por abrigo y las escarpadas laderas de la honda barranca.

Ante aquel espectáculo, María no pudo reprimir un grito de espanto. Quiso huír, pero sus fatigados miembros no se lo permitieron y tuvo que sentarse desfallecida.

Para desviar sus ojos de aquel espantoso lugar, alzó la vista y desde luego llamó su atención, en lo más alto de la cumbre de aquella quebrada, un grupo de rocas blancas que formaban una especie de meseta. —Era aquel precisamente el lugar que hemos descrito y que lleva el nombre de "el Volantín."

La joven estaba al pie del mismo sitio donde ese día

debían ser ejecutados los dos prisioneros, y donde ella también hubiera muerto si por casualidad no escapara de sus sanguinarios verdugos.

Poco tiempo hacía que tenía la vista fija en aquella altura, cuando vió allí brillar á los rayos del sol, algo como unas hojas de acero. Después vió aparecer al borde del precipicio dos hombres cuyos cuerpos apénas distinguía, que estrechándose en un abrazo, se lanzaron al fondo de la barranca.....

Los vió rebotar entre las peñas, dejar girones de vestidos en los troncos de los árboles, y rodar en fin, en vertiginoso movimiento, por la pendiente, hasta llegar hechos pedazos en confusa masa sangrienta casi hasta sus pies.

Inmediatamente comprendió que aquellos desgraciados no eran otros que los dos prisioneros que el día anterior había dejado en poder de Juan Miguel. Desde luego supúsose que éste y los suyos estaban en aquella altura; y presa la infeliz de invencible terror, quebrantada por tantas emociones, cayó desplomada sin sentido.

Cuando volvió en sí, después de algunas horas, nada vió ya sobre las rocas. Se levantó haciendo un supremo esfuerzo, y casi arrastrándose, logró salir de allí, siguiendo la corriente del arroyo.

Fácilmente se habrá comprendido lo que había pasado en el "Volantín." Al amanecer del día siguiente al en que María se escapara, Juan Miguel y los suyos emprendieron la marcha de nuevo con sus dos prisio-

neros hácia el lugar del suplicio. Desde luego el jefe de la escolta notó la falta de María, y después de hacerla buscar, aunque inútilmente, se resignó á dejarla, suponiendo que la joven jamás saldría de aquellos intrincados montes.

Llegados al "Volantín," el jefe de los asesinos intimó á los oficiales Lozano y Aburto que se arrojaran voluntariamente al precipicio, ó de lo contrario serían á ello obligados con las puntas de las lanzas.

Los valientes prisioneros optaron por lo primero, y estrechándose en un mútuo abrazo, se desprendieron de la elevada cima.

Ya hemos visto que sus cuerpos rodaron en confusa masa sangrienta hasta llegar cerca de María.

Los verdugos se volvieron satisfechos de su obra á rendir el parte circunstanciado al general Lozada, su jefe supremo.

VIII.

Algunos días después de estos acontecimientos, un vaquero que se había internado en la sierra en busca de una res que se le había perdido, encontró á una joven que cubierta de harapos, con las manos y los pies ensangrentados y comiendo ávidamente algunas yervas, vagaba por una inextricable cañada. El vaque-

ro se apoderó de ella y la condujo á la ciudad, donde fué reconocida por su familia.

Aquella joven era María, que vencida por tantos y tan crueles sufrimientos, habia perdido la razón: estaba loca.

El Alcalde de Lagos.

Tranquilísese el lector: No voy á darle una nueva edición de la manoseadísima historia de aquel alcalde de Lagos, que teniendo las manos ocupadas con el sombrero y la vara de la justicia, sumergió la cabeza en la pila de la agua bendita; y que habiendo nacido zacate en el coro de la iglesia discurrió hacer subir unos bueyes para que depejaran el terreno. Mi historia se remonta á tiempos mucho más anteriores: nada menos que á la época feliz en que todavía dependiamos de la madre España; cuando Lagos, ciudad de importancia hoy, ni ostentaba tantas muchachas bonitas como ahora, ni se enorgullecía con su famoso puente, en el que he oído decir que se lee la siguiente inscripción:

"Este puente fué hecho aquí, y se pasa por encima."

Laboriosas investigaciones me han hecho descubrir que el alcalde de que en seguida voy á ocuparme, era

ascendiente en línea recta del otro alcalde cuyos hechos todos conocen; pero las ocurrencias que al mío acaecieron nada tienen de común con las de su descendiente y, además, nadie las ha referido hasta hoy, que yo sepa, por lo que he creido oportuno sacar á luz, si no todos sus hechos al menos uno de sus más curiosos episodios. Aquí va:

El año de 1621, el pueblo de Lagos recientemente fundado estaba gobernado por el alcaldè Don José Antonio Manjarrez de Launza. Era este un castellano viejo, de conciencia recta y carácter jovial, rechoncho y bonachón, y emboscado entre dos enormes patillas entrecanas. Vestía al uso de aquellos tiempos, pantalón de pana azul, de tapa balazo con botones dorados y sostenido por dos grandes tirantes que se cruzaban sobre los hombros; llevaba zapatos de gamuza abrochados con correas, y sombrero de falda ancha y tiesa y copa cónica muy parecida á un almirez boca abajo.

Don José Antonio como juez era probo y recto, y jamás se supo que llegara á torcer la vara de la justicia que empuñaba con soberbia apostura.—En cambio en el trato íntimo y amistoso era de magnífica índole, alegre y decidor. Hacía en favor del pueblo todo lo que le era posible y los vecinos le tenían verdadero cariño

Entre sus buenas cualidades tenía una que lo babí hecho popular á muchas leguas de distancia y era e gusto decidido, el fanatismo, podemos decir, que tení por las diversiones públicas. No había maromero, pre

tidigitador ó empresario de titeres que no hallára en él eficas ayuda y decidida protección. Cuando algunos cómicos de la legua ú otro género de artistas llegaban al pueblo, el digno alcalde corría en persona de casa en casa consiguiendo sillas y demás útiles; arreglaba el local donde debían darse las funciones y movía á todo el vecindario para que concurriera á ellas.

A esta circunstancia se debió, sin duda, que un día se le presentara al Sr. Alcalde Lanuza, cierto individuo solicitando su protección y ayuda para presentar ante aquel ilustrado público un espectáculo hasta entonces no visto y de gran sensación. Pretendía nada menos que haría pasar un burro por un cable tendido de la torre de la iglesia á una azotea inmediata, de modo que el inteligente animal debería cruzar por el aire de un extremo á otro de la plaza llevando en el hocico un gran timón para guardar el equilibrio; y para dar al espectáculo mayor lucimiento tendría lugar en la noche, pues el asno equilibrista vestiría una albarda iluminada con luces de colores.

El domador, ó mejor dicho el educador del admirable burro, se llamaba Andres Pelandini, descendiente de italiano, sin duda si nos hemos de atener al "ini" en que termina el apellido. Era un muchacho despabilado y listo, estudiante destripado que había salido de la entonces capital de la "Nueva España" en busca de aventuras diciendose como Gil Blas éteme aqui fuera de México, camino de Lagos, solo en los campos

dueño de mi persona, de un mal burro y sin un bueno ni mal doblón de que disponer."

Es indudable que cuando Pelandini se dirigía sin vacilar á Lagos era por que la vocinglera Fama lo había informado del apoyo que nuestro alcalde prestaba á todo el que quisiera ó pudiera lucir alguna habilidad.

Don José Antonio Manjarrez de Lanuza quedó encantado del discurso que Pelandini le enderezó, alabando su ilustración y buenas prendas, en especial su magnanimidad para con los artistas cómicos funambulistas ó exhibidores de animales sabios como él.

El buen alcalde recolectó sin pérdida de tiempo, una contribución entre los vecinos para que todos por igual gozaran del raro espectáculo; cuya suma entregó á Pelandini. Facilitó y mando poner el cable; aprestó gente pora izar al burro hasta el campanario de la iglesia, punto de partida de su excursión aerea; en fin, lo arregló todo con celo y actividad dignas de él.

Por su parte Pelandini, hizo al burro sabio una albarda de paño bordada de oropel y adornada con luces de colores, para lo cual solicitó la colaboración de un hábil cohetero del pueblo. Todo estaba listo: la función había de comenzar á las diez de la noche: Los vecinos todos de la población y de los pueblos y ranchos inmediatos se reunieron en la plaza y calles adyacentes, poblándose las azoteas y balcones. El alcalde presidía en medio de la plaza rodeado de los músicos que tocaban alegres boleros. Ya en el campanario y á la

luz de los candiles, veíase al burro que asomaba la cabeza parando las orejas asustado, quizá por la altura á que se hallaba y del mar de gente que muy por debajo de él hervía. Sonaron las once y el animal permanecía impacible en su puesto, sin atreverse á descender por el cable. Entonces el alcalde, participando de la impaciencia general, mandó á úno de sus corchetes á avisar al maestro Pelandini que ya era tiempo de que la función empezara; pero el corchete volvió á poco diciendo que no había podido hallar al maestro Pelandini. En tal emergencia, un grupo de muchachos subió al campanario intentando encaminar al burro por el cable; mas el noble animal se resistió con heróico valor. Comenzaron entonces los gritos y las risas de la multitud. Unos pedían á Pelandini; otras querían que el burro fuese echado á volar de lo alto de la torre. En medio de tanta confusión, un muchacho de los que habían subido pegó fuego á los cohetes que adornaban la albarda del asno equilibrista é inmediatamente se iluminó todo él, distinguiéndose la siguiente inscripción hecha con luces de colores:

AL INMORTAL ALCALDE DON JOSE ANTONIO MANJARREZ DE LANUZA. LAGOS Y PELANDINI AGRADECIDOS.

El maestro Pelandini y el dinero que recibió, desaparecieron sin que jamás se volviera á saber de ellos.

———o———

FILOSOFIA A BORDO.

I.

Un día del mes de Diciembre de 187... salí de Tepic rumbo al puerto de San Blas.

Para llegar á este último punto se necesita descender como unos tres mil pies, que es la altura de Tepic sobre el nivel del mar. El descenso es, en efecto, bastante marcado, especialmente en el lugar más alto de la "Barranca blanca," donde el guía señala un punto blanco y una línea azul que abajo y muy á lo lejos se perciben apenas diseñándose entre la bruma del horizonte. El punto blanco es un islote que forma una roca, emblanquecida por las deyecciones de las aves marinas: la línea azul el mar Pacífico, cuyas olas vienen á morir en las áridas playas.

La vegetación, y en general el aspecto del terreno, van cambiando á medida que se desciende. Primero la encantada vista descubre por donde quiera arroyos

cristalinos, grupos de erguidos cafetos, graciosas chozas de zacate, escondidas entre altas cañas de azúcar ó á la sombra de espesos platanares; después se marcha entre escarpadas montañas ó por cuestas pendientes y pedregosas flanqueadas de elevados pinos ó corpulentos robles; se desciende más, y empiezan á encontrarse los grupos de palmeros que se yerguen majestuosos cual si fuesen los centinelas avanzados de la Costa. Por fin se acaba de descender y la escena cambia por completo. El terreno apenas ondulado por pequeñas colinas, presenta aquí y allí esteros y marismas donde las bandadas de patos silvestres, las gallinitas de color gris ó aceituna, la garza de moreno plumaje ó la blanca gaviota revolotean saltando entre los tules ó zambulléndose en el agua para ocultarse después entre los espesos manglares. En seguida se oye un ruido sordo y prolongado, y la fresca brisa acaricia la ardorosa frente del viajero: es el mar que con su potente voz y sus ligeros vapores saluda al que se acerca.

Cuando mi guía y yo nos acercamos al puerto, era ya de noche, pero el cielo estaba diáfano y la luna lo inundaba con torrentes de luz. Era aquella una noche espléndida de esas que solo se ven en las costas, donde los rayos de la luna reflejándose sin duda en las superficies de los lagos ó en la del mar, adquieren mayor trasparencia y brillantez.

Habíamos atravesado ya algunos senderos, cubiertos de agua por la marea que empezaba á subir: de

pronto el camino quedó cortado por un gran lago, cerrándonos el paso.

Al lado opuesto se distinguía un "jacal" de zacate arrimado al pie de un árbol y en su interior una vacilante luz. Era indispensable pasar aquel estero, pero no podíamos hacerlo á caballo. El guía lanzó un grito que repercutió á gran distancia: de la otra orilla se dejó oír otro que le respondió y á poco una gran canoa bogaba hacia nosotros.

Era ésta una de esas embarcaciones construidas de tablas largas y macizas que llevan el nombre de "pangos" y que están destinadas á atravesar esos lagos ó esteros por lo común tranquilos, trasportando carga, pasajeros y algunas veces las bestias y el ganado. Como no están destinadas á luchar con las olas, se cuida muy poco de darles las condiciones de una verdadera embarcación, atendiéndose más que á otra cosa á su solidez y capacidad: son una especie de puentes trasportables y movibles.

Media hora tardaría el "pango" en llegar hasta nosotros atracando á nuestros pies. En un momento nos trasladamos con nuestros equipajes á bordo y el "pango" viró dirigiéndose á la orilla opuesta; las cabalgaduras se echaron al agua amarradas á un extremo del "pango."

El aspecto singular de la embarcación; el rostro atezado del conductor; el ruido que al nadar producían las bestias; la ancha estela fosfórica que atras íbamos dejando; los numerosos caimanes que á semejanza de

grandes trozos de ébano flotaban en la superficie del agua; todo imprimía á aquel cuadro algo de raro y fantástico: llegué á creer que atravesaba la "Laguna Estigia" y que el indígena que nos conducía era Carón.

Otra media hora ocuparíamos en llegar del lado opuesto: ya allí, volvimos á montar en nuestras cabalgaduras, no sin pagar el inevitable "peaje," y seguimos la marcha. A poco andar, entramos en una ancha calzada que limitan á un lado tupidos y verdes platanares: al terminarla, empezamos á divisar esparcidas las luces de las casas del puerto y pocos momentos después hacíamos alto en el Hotel.

II.

El Hotel, único que hay en el puerto, es una barraca hecha de madera. Sus alojamientos oscuros y estrechos, tienen el aspecto de los camarotes de un buque.

Los otros edificios de San Blas, construidos en su mayor parte también de madera, le dan el aspecto de uno de esos campamentos donde las construcciones se improvisan y se hacen á la ligera por lo mismo que están destinadas á desaparecer en determinados periodos. No parece sino que aquellos habitantes están allí de paso, sin resolverse jamás á establecer para siempre en esos insalubres lugares, sus dioses penates. Y por cierto que no carecen de razón, pues cuando se llega á

sentir el sofocante calor que allí reina; cuando se ven aquellos semblantes amarillentos y aquellos organismos consumidos por los miasmas palustres; cuando, en fin, se ha luchado aunque solo sea por breves momentos con los terribles mosquitos que clavan sus lancetas por millones por toda la superficie del cuerpo; entonces se llega á creer con Flammarión que nuestro planeta no es, ni con mucho, el mejor de los mundos habitados.

El aspecto general del puerto es triste; su población debe ser de dos mil quinientos habitantes.

Como puerto de mar no es uno de los mejores, pues su ensenada se ha ido lentamente azolvando, al grado de que en la actualidad, no pueden ya penetrar á ella buques de cierto porte.

En su origen, la población fué fundada sobre una colina á cuyo pie se hallan hoy las casas construidas después.

Aun se ven sobre esa eminencia las ruinas de un templo y los cimientos de muchas casas. Allí está también el lugar donde uno de los ilustres mártires de nuestra independencia, el cura Mercado, se lanzó con todo y caballo al precipicio antes de caer en manos de las tropas realistas que lo perseguían.

Ignoramos las circunstancias que pudieron motivar el cambio de la población á la parte baja; pero cualesquiera que hayan sido, no cabe duda que al descender, la población perdió mucho en salubridad.

Después de una eterna noche pasada á la orilla del mar á donde fuí huyenco del "jején" y en busca de

fresco y aire, me trasladé al siguiente día á bordo de una barca alemana que se dirijía rumbo á Mazatlán.

Era esta barca una amplia y hermosa embarcación llamada "El Albatros" que algunos meses antes había salido de Hamburgo y ahora recorría los puertos del Pacífico por primera vez con algunas mercancías.

La limpieza que había á bordo era irreprochable. Sobre su gigantesca arboladura flotaban las velas, blancas como la nieve. Sus robustos flancos estaban pintados de color oscuro y en su extremo de "popa" se destacaba, en grandes proporciones, el ave que le daba su nombre.

La tripulación, compuesta en su mayor parte de jóvenes vigorosos, maniobraba con admirable precisión manejando aquel buque como se dirije con el freno un caballo.

El capitán parecía tener de 35 á 40 años de edad. Ancho de espalda, cuello corto y miembros hercúleos; frente espaciosa y prominente; ojos azules é inteligentes y mejillas color rojo subido. Era el tipo de esa raza germana tan reposada y pensadora que ha hecho de los Estados Unidos del Norte una gran nación.

"El Albatros" permaneció anclado hasta las cinco de la tarde; algunos momentos después la voz de mando del capitán dejóse oír, y en un momento izaron velas y el buque comenzó á hender las olas con gran velocidad.

III.

Pocas horas después, habíamos perdido de vista el puerto. Estábamos en plena mar. Por donde quiera que dirijia mi vista, solo distinguía altísimas olas que iban á perderse lentamente en los confines del horizonte.

La noche había avanzado, pero la claridad de la luna nos hacía distinguir los más lejanos objetos. Jamás olvidaré las dulces y melancólicas emociones que de mí se apoderaron durante esa noche.

En medio del inmenso mar, teniendo por techo la estrellada bóveda del cielo y bajo mis pies las insondables profundidades del Océano; mi espíritu se dilataba como si quisiera abarcar todos los misterios que el mar guarda en su seno y el cielo en sus inmensurables espacios.

Sólo, conmigo mismo, abandonado en frágil embarcación al capricho de las aguas turbulentas, sentía toda la pequeñez de las grandezas humanas, y se me imponía incontrastablemente la inmensidad de Dios. Además yo cruzaba el mar atraído por el poderoso influjo de una tumba.

Mi viaje era una peregrinación que tenía por objeto satisfacer una imperiosa necesidad del alma. Hacía muy poco que, no lejos de las playas á donde me dirijía, había yo confiado á la madre tierra los sagrados restos de una mujer, cuya existencia ligó el destino

con la mía y cuyo corazón me pertenecía todo entero.

Yo había cerrado su sepulcro y lo había sellado con un nombre dulcísimo, el de Paz.....Deseaba arrodillarme de nuevo delante de aquella tumba y aplicar mis labios en los salientes carácteres que formaban aquel nombre.....

Abstraido en estas melancólicas ideas, estaba yo sentado sobre cubierta, la mirada fija en las olas, cuando me sacó de esta abstracción la presencia del capitán que se acercó. Lo abierto y franco de su carácter hizo quizá que no titubeara en dirijirle la palabra; y pronto entablamos conversación.

Capitán,—le dije,—¿hace mucho tiempo que recorre vd. el mar?

—Desde muy joven; mi padre era marinero y yo he seguido su carrera.

—¿En qué parte de Alemania nació vd?

—Nací en el mar; pero mi padre era hamburgués y en Hamburgo hice mis primeros estudios. De edad de 22 años me embarqué y desde entonces se puede decir que he vivido en los buques, recorriendo en ellos todas las partes del mundo.

—¿Y no ha llegado á cansarle á vd. la monotonía y el aislamiento de la vida á bordo?

—Absolutamente; y, muy al contrario, creo que me moriría de fastidio si algún día me viera obligado á dejar mi buque.

—Pero qué, nunca ha echado vd. de menos los tran-

quilos goces del hogar, y las satisfacciones inherentes á la vida en sociedad?

—Tengo sobre ese particular ideas que quizá pugnen demasiado con las de vd.

—Estoy acostumbrado á respetar las ideas ajenas; en consecuencia puede vd. hablar con franqueza.

—Pues bien; no tengo inconveniente. Para juzgar á la sociedad, me parece que basta juzgar al hombre aisladamente, puesto que ella no es otra cosa que la colectividad, que la reunión de hombres; y bien, el hombre no merece el título de "rey de la creacción" que vanidosamente se ha dado á sí mismo.

Físicamente considerado, á pesar de la admirable estructura de su organismo, es un hecho palpable que al nacer y al comenzar su desarrollo, no se basta á sí mismo y moriría irremisiblemente, sin los cuidados ajenos; lo que no sucede con muchos de los animales de los que llamamos "especies inferiores." Tan precaria es su suerte, que no es común que herede lo que pudieren tener de bueno sus progenitores; pero sí heredará ineludiblemente la locura y la tísis.

Crece y su naturaleza endeble está sujeta á mil quebrantos y adversidades; ni aun siquiera puede vencer, como otros animales, el rigor de los climas.

Moralmente considerado, el hombre es todavía más digno de lástima. La chispa de inteligencia que Dios le ha concedido para diferenciarlo de los irracionales y que constituye su blasón de orgullo, no es en resú-

men, sino el mayor de sus males, porque por ella alimenta pensamientos y pasiones innobles.

Haciendo punto omiso de las excepciones, que por serlo, no pueden formar la regla, podemos decir que el hombre en casi todos los actos de su vida, no obedece sino á móviles ruines y bastardos intentos.

Sediento de riquezas, á impulsos de sórdida avaricia se humilla y se arrastra vendiendo muchas veces su honra por un miserable puñado de oro.

Egoísta, por una fatal dote de su naturaleza mezquina, jamás hace el bien sin acariciar la idea de la recompensa; y el imperioso yo, le ordena sacrificarlo todo en aras de su personalidad.

Avido de mando, derrama á torrentes la sangre de sus hermanos para satisfacer su miserable orgullo.

Inconscientemente engendrado y engendrador inconsciente ni aun el amor á los hijos, que pudiera ser el más puro, noble y legítimo de sus afectos, está exento de mancha; por que ese afecto envuelve la vanidad pueril de verse reproducido y el halago de su soberbia al juzgarse creador como Dios.

Nada hay en él; nada que sea verdaderamente grande, noble y desinteresado y el rencor, la envidia, la falsía y deslealtad anidan en su pecho.

Los que como Jesús y Sócrates, llegan á dar ejemplos de abnegación y de virtud sublimes, mueren á sus manos ignominiosamente.

¿Cuál será el producto de tales factores? La historia se encarga de respondernos.

Desde Caín dando muerte á su hermano Abel; desde los descendientes de Jacob que se apoderan de la tierra de Canán, é invocando el nombre de Dios pasan al filo de la espada á sus habitantes; desde las carnicerías del circo romano, donde los hombres son arrojados á las fieras para servir de solaz á un pueblo ébrio de sangre; desde las luchas gigantescas que con el más fútil pretexto han empapado en sangre el suelo todo del antiguo continente, hasta los sacrificios humanos en holocausto de inmundos dioses; el canibalismo, y las batidas de indios cual si hubieran sido béstias feroces, por sus conquistadores, en el nuevo continente; todo pone de manifiesto lo que han sido las sociedades y los pueblos, lo que es, en fin, la humanidad.

Áun hoy, cuando tanto se blasona de los avances de la civilización y del progreso, áun vemos imperando la absurda pena de muerte, y áun contemplamos guerras desastrosas en las que la justicia está siempre del lado del más fuerte.

Áun hoy, por donde quiera que tendemos la vista, solo vemos imperando la fuerza bruta.

Podremos decir, resumiendo, que la humanidad está dividida en dos grandes grupos: los que mandan y los que obedecen; los hábiles y los tontos; los explotadores y los explotados.

Convencido, como lo estoy, de la amarga realidad de estos hechos, comprenderá vd., que no me hace falta una sociedad en que la ficción, el dolo, la venalidad y las más ruines pasiones, han establecido su imperio.

Aquí á lo menos la lucha con las tempestades y con las olas, es franca y leal y gloriosa; si sucumbimos, el mar se abre para darnos inmensa sepultura sin que ofendan nuestra memoria ni mentidas inscripciones, ni los pompos oropeles de vanidosa lápida."

Cuando el capitán dejó de hablar, lo observé atentamente buscando en su semblante algo que pudiera descubrir en él depravados instintos ó profundo rencor para tratar de tal modo á sus semejantes; pero su sonrisa franca y la ingenuidad de su mirada, me convencieron de que sus ideas eran la expresión sincera de sus pensamientos y quizá el resultado del aislamiento en que había vivido.

IV.

La barca, entre tanto, hendía las olas con gran ligereza. Al amanecer del día siguiente, descubrimos á estribor unos puntos oscuros que descollaban en medio de la blanca espuma de las aguas: eran las islas "Marías."

Algunas horas después, como á las cinco de la tarde empezamos á ver por el lado de popa, la casita blanca que corona el "Cerro del Vijía" y los edificios y las palmeras que, como una gran herradura, costean la playa del puerto de Mazatlán.

A poco, el Albatros anclaba distante unas dos mi-

llas del puerto, pues aquí también la bahía está inaccesible para los buques de algún calado que no pueden penetrar hasta el muelle, por lo que es necesario que carga y pasajeros se trasborden á las canoas ó botes para desembarcar. Así lo hicimos.

En importancia comercial, Mazatlán es sin duda el segundo puerto de la República.

El aspecto de la ciudad es alegre y risueño; sus calles espaciosas, limpias y con magnífico piso. Posee una bonita plaza de recreo, un buen teatro y, en general, elegantes edificios.

Su población que ascenderá á diez y seis mil habitantes, es bastante culta. Al recorrer la ciudad llamó especialmente mi atención el lugar donde hace muchos años estaban la aduana y el muelle, y que lleva el nombre de "Puerto Viejo."

Allí vinieron á mi memoria algunos recuerdos de la intervención francesa. Estaba en el teatro de un combate memorable que dió esplendor á las armas mexicanas. Parecíame ver bordeando en aquellas aguas, muy cerca de la playa, el buque de guerra francés, "La Cordellier," lanzando sus botes llenos de soldados invasores y pretendiendo tomar en son de conquista, una tierra que antes les había siempre recibido como hermanos. Y en la plaza recibiendo á pecho descubierto el mortífero fuego de las lanchas y del buque de guerra, á un grupo de valientes á cuya cabeza se hallaba el denodado Sanchez Ochoa. Creía ver las lanchas acercarse y retroceder luego destrozadas por el fuego

de los soldados mexicanos; intentar un nuevo desembarque y retroceder en fin para no volver á intentarlo en aquella ocasión en que una muralla de héroes defendía, regándolo con su sangre, el sagrado suelo de la Patria.

Conmovido por estos pensamientos, me retiré de aquellos sitios consagrando un recuerdo de gratitud á los que allí murieron combatiendo por la honra y por la autonomía de México.

———o-o-o———

Una cena suculenta.

(AL SR. D. IGNACIO M. QUEVEDO).

I.

Al caer la tarde de uno de los últimos días del mes de Septiembre de 1875, un viajero, hombre vigoroso aun puesto que no revelaba haber cumplido cuarenta años; vestido sencillamente con pantalón de dril blanco, blusa de lienso azul y sombrero de palma, de anchas alas; llevando una enorme maleta al hombro y apoyado en un nudoso palo de encina que, sin duda acababa de cortar en el monte inmediato, avanzaba con rápido paso por el camino que conduce del mineral del Rosario á la villa de Escuinapa, en el Estado de Sinaloa.

Este camino, como todos los de nuestras costas en la estación de aguas, es sumamente pintoresco. Poco accidentado y casi plano, de tal modo que los carruajes transitan cómodamente por él; al caer las primeras lluvias su suelo se alfombra de menuda yerba, que flores

silvestres de matizados colores, salpican como un mosaico. A los lados se ven confundiendo su exhuberante follaje, la esbelta palmera de festoneadas hojas; el álamo blanco que presenta á la luz de la luna sus plateados discos; el corpulento fresno, la fresca y aromática ceiba con otra inmensa variedad de árboles que á trechos forman bosques impenetrables donde ni aun los rayos del sol penetran.

Trepando por los troncos y las ramas, en agradable confusión, se ven la guía del coamecate, la liana silvestre y la yedra que ostenta en el cáliz de sus flores los colores del íris. Todas estas plantas esparcen sus lindas y abundantes flores por la fronda oscura de los árboles formando inmensos mantos ó derramándose en abundantes cascadas.

Presta á este cuadro animación y vida, la codorniz con su silvido singular y estridente ruido que produce huyendo en bandadas á ocultarse astutamente bajo la yerba; el colibrí que zumbando con el rapidísimo movimiento que á sus alas imprime, hunde su agudo pico en el dulce cáliz de las flores; el pajaro "coa," ese rey de las aves de la costa, que ostenta orgulloso su plumaje con los colores del pabellón nacional; las bandadas de papagayos que ensordecen con su gárrula algarabía al pacífico viandante; las nubes de incectos de variados colores que zumban formando un contínuo y prolongado susurro que es como el aliento de la selva, como la voz peremne de aquella naturaleza en donde la vida ostenta su lascivia procreadora.

Sin duda que nuestro viajero no se fijaba en aquel espléndido panorama, porque solo de vez en cuando alzaba la cabeza y dirijía escrutadoras miradas á los confines del camino, como si quisiera descubrir el término de la jornada.

Su ansiedad aumentaba á medida que la noche iba invadiendo con sus sombras aquellos sitios; mucho más cuando llegó á percibir un vívido relámpago que iluminaba periódicamente el horizonte: indicio de la próxima tempestad.

Marchaba, sin embargo, con toda la violencia que sus miembros, fatigados por el excesivo calor de aquel día, podían permitirle; y así, deteniéndose por breves momentos para recuperar las fuerzas perdidas, y avanzando en seguida, llegó, ya bastante entrada la noche, á las primeras casas del Escuinapa que estaban silenciosas y oscuras, dando solo indicios de vida, los furiosos ladridos de los perros que así saludaban al que se atrevía á perturbar la quietud y el sueño de aquellos pacíficos habitantes.

Dejémosle internarse en busca de un albergue donde pueda descansar de las fatigas del día, y penetremos á una de las casas principales de la villa, al curato, donde tendremos el gusto de conocer al simpático y estimable cura; pero antes daremos una ligera idea de la población.

II.

La villa de Escuinapa debe contar de 3,500 á 4,000 habitantes, en su mayor parte indígenas.

Como casi todas las de la tierra caliente sus casas son, en su mayor número, de zacate, á las que se da allí mismo el nombre de "jacales;" pocas hay con techos de teja y menos aun de "terrado." Estas últimas no pasan de dos ó tres y están ubicadas en el centro de la población.

Poco antes de la época á que se refiere nuestra historia, los jacales estaban agrupados sin orden alguno formando callejuelas ó vericuetos tortuosos; pero el año de 1872, cuando el "Tigre de Álica" lanzó sus hordas invasoras como un torrente desbordado á los Estados de Jalísco, Zacatecas y Sinaloa, la villa de Escuinapa fué incendiada por las tropas salvajes de Manuel Lozada y la mayor parte de sus casas fueron reducidas á cenizas. De ellas, como el fénix, renació la nueva población; solamente que ya entonces trazaron calles anchas y rectas, lo que prueba la verdad del antiguo adagio que dice: "No hay mal que por bien no venga." Por lo demás, la población avanza tanto como la mayor parte de nuestras poblaciones. Cuando se viaja por Europa ó los Estados Unidos del Norte, suele acontecer que á su paso asista nno á la fundación de un nuevo pueblo donde se ven trazar las calles, dividir los lotes para las ha-

bitaciones, sirviendo de núcleo un pequeño grupo de casas ya construidas y un corto número de habitantes. Por poco que el viaje se prolongue, seis meses ó un año, á nuestra vuelta, no es nada extraño que hallemos en lugar del villorio incipiente, una extensa ciudad con hermosas y elegantes fábricas de cuyas chimeneas se desprenden negras columnas de humo, heraldos del movimiento y del progreso.

En agradable compensación, cuando aquí, en nuestro país nos vemos en el caso de volver á pasar por un pueblo que hemos visitado hace veinte años, tenemos la seguridad de no hallar alteración alguna: las mismas calles, las mismas casas con la sola diferencia de uno que otro desperfecto causado por el implacable paso del tiempo; los mismos trajes, las mismas costumbres y quizá las mismas caras con algunas arrugas más. Así progresamos sino al vapor sí á pasos de tortuga, con perdón sea dicho de algunos entusiastas oradores que hacen idilios en prosa cada día 16 de Septiembre. Pero terminemos la digresión y entremos al curato. La casa es una de las más bien situadas, pues se halla en uno de los lados de la plaza é inmediata al templo. No por esto se crea, sin embargo, qne es cómoda: compónese únicamente de tres reducidas y mal ordenadas piezas y de un extenso patio que el cura ha trasformado en ameno y productivo huerto donde recoge frutos y legumbres que personalmente cultiva.

El dignísimo cura de Escuinapa es un tipo no vulgar, por lo que no podemos resistir á la tentación de

hacer, aunque solo sea á vuela—pluma, su semblanza.

Pasando ya de los 70 años, de mediana estatura, perfectamente musculado y con un vigor físico poco común, soporta las fatigas de su ministerio y el clima abrazador de aquellas comarcas como si aún no pasara de la mediana edad. Sus ojos son gris–verdosos, de mirada penetrante; la cara casi cuadrada de contornos vigorosos recuerda algo la de los individuos de la raza felina, labios delgados y siempre contraídos por la sonrisa, y dos abruptas cejas que forman en el centro un remolino de pelos rígidos y enhiestos; este conjunto le da el aspecto de un antiguo bretón. Su tipo y el acento marcadamente extranjero, dan á entender que lo es y, en efecto, el Doctor Don Victor Emmanuel Delevaud (que tales son su nombre y título) nació en Saboya. Hizo después su educación en Roma donde recibió las órdenes graduándose de Doctor en Teología. Fué de allí á París de donde pasó, con un grupo de misioneros al Oregón. Circunstancias adversas lo llevaron luego al Estado de California de donde pasó al de Sonora; y habiendo tomado parte activa en la lucha de gandaristas y pesqueiristas que, en no lejanos tiempos, asoló aquella parte de la República, se vió en fin obligado á emigrar al Estado de Sinaloa donde á la sazón pasaba visita un obispo que tuvo á bien encargarle el curato de Escuinapa, con beneplácito de los vecinos.

De carácter afable y eminentemente amigo de la sociedad, no rehusa las reuniones profanas ni se escanda-

liza por nada: todo lo vé con filosofía estoica, lo que sin duda ha contribuido á su larga permanencia allí.

El curato está siempre abierto á propios y extraños; y es muy común que los forasteros, no encontrando en el pueblo ni una mala posada donde alojarse hallen en el curato albergue brindado con la mejor volun tad.

Apuntados estos detalles necesarios para la inteligencia de esta narración, volvamos á nuestro viajero á quien hemos dejado vagando por las oscuras calles de la Villa.

III.

Después de buscar inútilmente un mesón ó posada donde poder entregarse al descanso, el viajero llegó al fin á la plaza que también estaba solitaria y oscura; pero con agradable sorpresa distinguió á no lejana distancia una luz que alumbrabá escasamente un zaguan. Dirijióse presuroso á aquel sitio y tocando con su bastón la entrecerrada puerta, oyó una voz que le gritó: ¡adelante!—Fácilmente se habrá comprendido que la casa era el curato y la voz la del cura que según su antigua costumbre pasaba las horas muertas apoyados los codos en una mesa de pino que en el corredor había saboreando una taza de aromático café, rico fruto

de aquellos terrenos; iluminando el cuadro una mortecina lámpara de aceite.

Nuestro hombre penetró hasta el comedor, y quitándose el sombrero, habló al cura en estos términos:

—"Señor: soy un caminante extraño en esta población á la que acabo de llegar. La noche me cogió en el camino, y tal vez por lo avanzado de la hora ha sucedido que no me haya sido posible hallar una casa abierta donde alojarme. ¿Tendría Vd. la bondad de permitirme descansar aquí las pocas horas de esta noche, á la vez que mandarme dar algún alimento pues hace varias horas que no como?

El Doctor Delevaud interpuso su mano entre los ojos y la vacilante luz de la lámpara, á guisa de pantalla, para ver al recién llegado; y respondió:

—Acomódese Vd. en el sitio que más le agrade, y descanse hasta que le plazca; y en cuanto al alimento haremos lo que se pueda que no será mucho atendiendo á lo avanzado de la hora.—Así diciendo ordenó al criado que sacara lo que hubiera de comer.

El indígena que hacía tiempo roncaba, se levantó desperezándose, y sacando, de mal humor, una cacerola que contenía los restos de la comida de aquel día, la llevó á la lumbre y la presentó en seguida al viajero que, sentado á uno de los extremos de la mesa, empezó á hacer los honores á la improvisada cena, como hombre que lleva varias horas de ayuno.

Saboreó durante algún tiempo aquella comida, inte-

rrumpiendo luego su grata ocupación para decir al cura:

—He viajado por casi todos los Estados de la República, y me jacto de conocer prácticamente, lo que cada uno de ellos tiene de bueno y de especial en materia de alimentos: hasta ahora había creído que los chicharrones de Toluca, como sus afamados chorizos, no tenían rival; pero esta noche he cambiado de opinión y en adelante aseguraré, rindiendo con esto un tributo á la justicia, que los de Escuinapa les son superiores: estos son sin duda, más suaves y sabrosos que aquellos.

El Doctor Delevaud arrugó ligeramente el entrecejo, y acercándose á su huésped le tomó el plato y lo llevó á la luz de la lámpara: lo examinó un momento, y se lo devolvió diciéndole con calma imperturbable:

—En efecto; no recordaba que habíamos comido, hoy, chicharrones. La duda apenas manifestada por el cura tenía su razón de ser: ese día no había habido allí chicharrones, y aún muy rara vez los tomaba. Lo que tal pareció al hambriento viajero, no fué otra cosa que unas cuantas cucarachas que habiendo ido en busca de la vida, habían hallado la muerte en el líquido de la sopa. Estos animales existen en aquel terreno en abundancia, y alcanzan asombrosas proporciones y extraordinaria robustez á favor de lo ardiente del clima.

Concluida la suculenta cena, el cura sirvió á su alojado una taza de café que, por haberse descompues-

to aquel día la cafetera, lo que acaecía con frecuencia, había sido colado en un calcetin de los que el buen cura acababa de quitarse, pues esto fué lo que se halló más á la mano.

Terminada la colación, nuestro viajero se acomodó donde pudo y á poco roncaba como un guardian nocturno. Al día siguiente, al amanecer, volvió á colocar su maleta al hombro; cogió su enorme palo de encina y despidiéndose, "tomó el camino en las manos" y se alejó del pueblo no sin llevar un grato recuerdo de los chicharrones de Escuinapa.

———o-o-o———

El Rosario.

(Á LA MEMORIA DE PAZ).

I.

Alla, en el lejano Estado de Sinaloa, al pie de agrestes cerros que como los últimos escalones de esa gran cadena de montañas que atraviesa la mayor parte de la República, se avanzan hasta morir en las playas del Pacífico, se asienta la ciudad del Rosario. Esta población, una de las más antiguas de aquellas regiones, que en los tiempos coloniales llegó á ser la capital de las Provincias Unidas de Sonora y Sinaloa, extiéndese en una vasta curva y sigue las sinuosidades del río que por uno de sus lados la circunda, para morir á poco en el mar.

El panorama general de la ciudad es agradable y pintoresco. Construída como casi todos los minerales, sobre un terreno desigual y quebrado, tiene calles estrechas y tortuosas, plazas irregulares, y edificios de

escaso gusto arquitectónico, que asoman sus tejados rojizos por entre los verdes ramajes de frondosos tamarindos. Como un gigante que celoso la guarda, se ve alzarse majestuosamente á sus pies la soberbia mole del "Yauco" que cubriéndose en la estación primaveral de un rico manto de flores, le envía sus perfumes en las alas del viento.

La ciudad, que ha estado sujeta á las eventualidades de sus minas, debe contar ahora unos doce mil habitantes; cuyo giro principal es la minería.

Siendo por de más curioso el origen de la población y el descubriemiento de su antiguo y famoso mineral llamado "el Tajo", no podemos resistir á la idea de trascribir los curiosos apuntes que debemos á la solicitud de nuestro respetable amigo el Sr. D. Librado López Portillo, quien los tomó del "Diccionario Universal de Historia y Geografía;" dicen así:

"Puerto de Mazatlán, 3 de Abril de 1851.—Señor D. Demetrio Sotomayor.—Mi querido amigo:—Satisfago el deseo de Vd. manifestado en su grata de 1º del actual, sobre saber el origen, progreso y decadencia de ese mineral del Rosario. Para ello me valdré de algunos documentos que he podido examinar, y de la tradición constante de los moradores, venida de padres á hijos.

"El sábado tres de Agosto de mil seis cientos cincuenta y cinco, víspera de Santo Domingo de Guzmán, fué descubierta la primera veta metálica en el punto donde hoy se llama "el Tajo.—Su descubridor, Leon Rojas,

era uno de los vaqueros de la hacienda del Verde, distante cuatro leguas al rumbo del pueblo de Escuinapa. El sitio cervía de agostadero y abrevadero de los ganados de ella.

"La tarde antes de aquel día, Rojas seguía una res, y en la violencia de la carrera de su caballo se le cortó el cordon del rosario que llevaba al cuello: para hallarlo después, tiró allí su sombrero, volvió cuando era ya oscuro, encontró la señal que dejó, hizo una lumbrada y pernoctó; al amanecer del siguiente día cuatro, observó que la lumbre había fundido las piedras de una veta, y que la plata derretida aparecía en abundancia.

Por tan feliz casualidad se le nombró al lugar "El Rosario." Inútiles han sido mis indagaciones para saber si Rojas ú otro fué el dueño de la negociación.—Se explotó durante setenta años hasta que en mil setecientos veintisiete fué abandonada, por las aguas, quedando en ellas sumergidas sus vetas riquisímas de oro y plata, según la expresión de Gamboa en sus comentarios.

"En el tiempo de su abandono se beneficiaron los desechaderos hasta agotarles varios mineros en más de setenta años. En nuestros dias, el año de veinte, el honrado y laborioso español D. Mateo de Picaza emprendió el desagüe y trabajo de esas minas: su constancia por diez años fué perdida por la infamía é infidelidad de algunas personas en quien candorosamente confiaba: ellas labraron la ruina de este hombre tan benéfi-

co cuanto bondadoso.—Soy de Vd. etc.—José Ezquerro."

Después de los trabajos de desagüe emprendidos por D. Mateo de Picaza, la mina de el Tajo volvió á quedar abandonada hasta que á mediados de este siglo tomó posesión de ella una compañía inglesa que hasta la fecha la trabaja. La referida compañía, poseedora de cuantiosos recursos, ha implantado allí todas las mejoras y perfeccionamientos á que la minería ha llegado en estos últimos tiempos, por cuya razón sus procedimientos de beneficio de metales, sus haciendas y almacenes, no dejan nada que desear. En cambio se han obtenido espléndidos productos y se puede decir, sin hipérbole, que la negociación de el Tajo, ha derramado verdaderos torrentes de plata. Por desgracia, de esas grandes riquezas sólo algunas migajas tocan al país, pues explotado el mineral por una compañía extranjera, sus cuantiosos productos están destinados á ir á fertilizar los mercados de Europa.

Posteriormente, á más de el Tajo, se trabajan otras minas en la misma ciudad ó en las inmediaciones que han hecho de aquel mineral uno de los más prósperos de la República.

II.

Mucho más digno y más valioso que el oro que se oculta en el corazón de aquellas montañas, tengo yo allí un tesoro. En agreste colina, al pie de enhiestos cerros que la cubren con su sombra, hay un humilde cementerio cuyos sepulcros teñidos del color gris que indica el abandono y el paso del tiempo, ostentan entre sus grietas las melancólicas flores silvestres que como un suave aliento de caridad esparcen sus perfumes en torno de los muertos.

En ese triste recinto hay un sepulcro; y en su pesada lápida se leen, por debajo de una cruz griega, una fecha y un nombre. La fecha: Octubre de 1877; el nombre: Paz.

Para el visitante desconocido que turba indiferente el silencio de aquellas tumbas, la sencilla inscripción no tiene, no puede tener interes alguno. Para mí, encierra todo un mundo de lágrimas y de recuerdos.

Desde que aquel sepulcro se abriera para abrigar en su seno los inanimados restos del único sér que me ha inspirado ferviente culto á la mujer y amor á la vida; desde entonces, por más lejos que el destino me lleve, parece que algo me atrae hacia él con irresistible fuerza magnética. Y nó, jamás he de olvidarte tumba modesta y solitaria; vivirás mientras yo alien-

te, en el inviolable santuario de mis recuerdos. Y tú Paz, duerme allí acariciada por las perfumadas brisas de las montañas y arrullada por los ecos lejanos del mar, entretanto yo puedo arrojar el pesado fardo de la vida; mientras puedo reunirme á tí en un mundo mejor, pues no dudo que

..... si en la vida
Dos almas dulcemente se estrecharon,
Y al borde de la tumba
Por mandato de Dios se separarón;
La que va al infinito, soberana,
No da al que deja eterna despedida,
Que allá en lo ignoto espera su alma hermana
Para vivir con ella eterna vida.

———o-o-o———

LA CRUZ DE TEPIC

Y

El señor de Santiago.

I.

Al sur de Tepic, no lejos de las últimas casas de la ciudad, existe sobre una suave colina un edificio que en otro tiempo fué convento de frailes franciscanos, y hoy es hospital.

En ese antiguo edificio que cuenta algo más de tres siglos de existencia puesto que fué fundado en el año 1546, se venera hace casi el mismo número de años una cruz de zacate á la que la fé religiosa y la leyenda, atribuyen origen sobrenatural y divino.

Un curioso cronista de aquellos tiempos, el Padre Tello, que según parece fué misionero en el Nayarit, refiere así el descubrimiento de la citada cruz:

"Llevando un mancebo una manada de yeguas por aquellos campos, repentinamente se detuvieron como

que se espantaban, y por diligencia que se hizo, no pudo conseguir que anduvieran por aquella parte; y creyendo que hubiese algún animal carnicero como lobo, oso, tigre, leon, trató su curiosidad de especularlo; más á pocos pasos advirtió que en la tierra llana de aquellos distritos, se distinguía una cruz de zacate ó yerbas, cuyo verdor apacible le diferenciaba de todas las demás yerbas de aquel campo: ¡vió y revió admirándose! apartábase y se acercaba; veía por un lado y por otro; y de todas partes distinguía lo que antes; como sin reflejo, no había advertido. Dió la noticia á los circunvecinos, quienes quedaron certificados de ser verdadera cruz, y aunque por entonces no les causó tanta admiración cuanta debiera, al ver que entrando Mayo y con los hielos anteriores, áridos los campos, queda aquella cruz en su verdor, la tuvieron por misteriosa; y mucho más, esperimentando que se continuaba la maravilla por diez, veinte y más años, sin deterioro; por lo que se fabricó un templo en proporción que desde el altar mayor se pudiese, por una puerta proporcionada, descubrir la maravillosa cruz, para que se le diese la veneración y culto debido.—Dicen algunos que llegó la devoción de los fieles á cubrir la capilla de la Santa Cruz, y les obligó á quitar el techumbre, por conocerse hacía sentimiento su verdor, como que no quiere Dios que la cubra sino el cielo, como advierte San Gerónimo "de losis Hæbraicis" de las piedras de Cristo, y lo refiere adaptándolo á esta Santa Cruz de Tepic, el padre Francisco de Florencia, quien la des-

cribe en el tratado del origen de los célebres santuarios de la Nueva Galicia, refiriéndose á la relación que le hizo el padre Antonio de Covarrubias, ambos de la compañía de Jesús; y también individual tradición de haber predicado en las costas del valle de Banderas, Chacala, Compostela y Tepic un varon por nombre Matías ó Mateo, que arribó sobre las aguas, que se veían en las peñas ciertas letras incógnitas, y varios caractéres que parecían hebreos ó ciriacos: que oían por el mes de Abril sonido de campanas; que en una peña tajada estaban impresas las huellas de dicho varon; y toda la tradición está firmada del padre Rodrigo de Cabrera, visitador y provincial de la Compañía de Jesús, el año de 614."

El mismo cronista hace la siguiente descripción:

"Como á un cuarto de legua del pueblo de Tepic, caminando para el sur en una loma tendida, está el Santuario de la Santa Cruz: tiene dicha capilla la puerta principal al poniente; y entrando por ella, inmediata al presbiterio tiene otra puerta hacia el Norte, por donde se entra al lugar propio de la Cruz, el que está cercado con pared de piedra y cal: dicho cerco tiene por lo largo once varas, y de ancho seis y media, medidas por la parte de afuera; y de alto tres varas una tercia.

"La Santa Cruz con la peana y rótulo tiene cinco varas y una sesma de largo; la cabeza está para el norte, y los pies al sur: está la Cruz formada de tierra y zacate: sobrepuja el cuerpo ó la tierra de que se forma dicha Cruz de la del circuito, seis dedos: está tierra es

muy distinta de la que está en el circuito y restante de dicha loma; por que la del cuerpo de la Cruz se halla como quemada, muy baja, de tal manera que cargando un dedo de la mano sobre dicha tierra, con facilidad se hinca ó cabe dentro de ella: las yerbas ó zacates de que se compone, es imposible reducirlos á método, por ser varias y diversas, así en tamaños, como en especies: mantiénense las yerbas todo el año verdes sin que el rigor de Mayo las seque, como consta de la esperiencia: hallase un posito pequeño, como de una cuarta de hondo en el pie de la Santa Cruz, y de donde los fieles devotos sacan tierra para hacer panecitos; y considerando la mucha que han sacado, admira el que dicha hoquedad no vaya á más. Se saca continuamente para reliquias, tanta tierra, que se podían hacer muchos montones mayores que el Santuario, y nunca ha padecido diminución, ni la tierra, ni la yerba, ni la forma de la Santa Cruz. El cuerpo propio de la cruz, que se señala desde el pie hasta el rótulo esclusive, tiene de largo cuatro varas y media que hacen quince pies, que es el tamaño de la en que nuestro Redentor murió: los brazos tienen de largo cuatro varas menos una ochaba: la peana está en forma de medio círculo.

El patrón que hizo la capilla, fué D. Alonso Hernandez Alatorre: no tiene agua, aunque algunas personas dicen que tenía un pocito el cual se seco por haberse lavado un leproso en él, aunque no hay testigo de vista."

En la época en que visité el antiguo convento de la

Cruz (Noviembre de 1884) la maravillosa insignia había sufrido ya cambios notables, así como el edificio en general. En lugar de las celdas que debió haber en el convento, hállanse ahora algunas salas donde se alojan los enfermos, y en vez de los hábitos azules y de las capuchas que debieron cubrir á los robustos y bien nutridos reverendos, solo se ven uniformes militares y las escuálidas figuras de los soldados que no disfrutan ni con mucho de la holgada vida que en otro tiempo disfrutaron los buenos frailes franciscanos, antiguos moradores del convento.

¡Los tiempos han cambiado lastimosamente!

El huracan de la guerra de Reforma, como un viento de muerte arrasó muchos templos y conventos para abrir anchas calles, plazas y paseos públicos ó edificar cuarteles, teatros y hospitales; y aún en medio de su furor, se atrevió á herir de muerte los milagros y las creencias antiguas.

Cuando el General D. Pedro Ogazón abrió la campaña de Tepic, llevaba consigo al terrible guerrillero, al iconoclasta Antonio Rojas. La persecución sin límites que este audáz revolucionario había declarado al clero y á sus creencias, lo llevo al convento de la Cruz donde acampó abrevando sus caballos precisamente en el recinto donde estaba la milagrosa Cruz de zacate. Contra todo lo que debía esperarse, aquellos caballos no siguieron el ejemplo de la manada de yeguas de que habla el cronista, pues en muy breve tiempo se comieron la cruz y cuanto zacate había al rededor. El osa-

do revolucionario no se limitó á esto. Procurando explicarse el eterno verdor de aquellas yerbas, mandó hacer escavaciones en el suelo del recinto milagroso y á poca profundidad halló una bien convinada cañería que regaba constantemente el terreno. Desde entonces la milagrosa Cruz ha ido en decadencia y la devoción y las limosnas han escaseado. Yo, á lo menos, solo pudé ver una mal formada Cruz que mantienen en el mismo lugar cortando cuidadosa y periódicamente las hierbas que por todo el recinto crecen, de manera que ahora más se ve allí el arte que el milagro de otro tiempo; y, en cuanto á limosnas, solo ví un gran plato de hierro oxidado donde lucía su desnudez una miserable moneda de cobre; cantidad insuficiente aún para reponer la tierra si todavía los fieles la sacaran de allí para hacer panecillos.

II.

Otra curiosa tradición del territorio del Nayarít, es la que se refiere al milagroso Señor de Santiago. Esta crónica es contemporánea pues da cuenta de uno de los hechos de Manuel Lozada, el Señor de Álica.

Refieren que cuando ya Lozada había alcanzado renombre y poderío, se sintió envidioso de que el pueblo de Santiago Ixcuintla, que estaba comprendido en los terrenos de su mando, tuviera un Señor tan milagro-

so como el que allí veneran. Este Señor es una grande aunque imperfecta escultura que representa á Jesús enclavado en la cruz por el desatentado furor del pueblo judío. Como los conquistadores romanos tenían su famosa Ciudad de Roma, que adornaban con las mejores obras de arte que arrebataban á los pueblos vencidos, así Lozada tenía en el corazón de la sierra su pueblo de San Luis donde vivía y á donde llevaba el producto de sus rapiñas. Un día el reyezuelo, en sus soberanas determinaciones, resolvió apoderarse del Sr. de Santiago y trasladarlo á San Luis para aprovecharse de sus milagros. En consecuencia, armó su ejército y se puso en marcha; llegó al pueblo y contra toda la voluntad de sus habitantes que tuvieron que ceder á fuerza mayor, apoderóse de la milagrosa imagen y la condujo en triunfo á su nido feudal. Con este motivo hubo en la régia posesión del Señor del Nayarit, grandes y ruidosas fiestas en que el robo, el juego, el estupro, el asesinato y la embriaguez se desarrollaron con verdadero lujo. La conclusión fué uno de los terribles actos de justicia del Jefe: que para terminar aquel ruido mandó fusilar, incontinenti, á muchos de los suyos.

El Señor de Santiago llevaba en San Luis una existencia tranquila y, como en el primer pueblo, había ya verificado allí grandes milagros. Pero un día, habiéndose atrevido el ejército de Lozada á presentar acción á los contrarios en un terreno algo menos ventajoso que sus posiciones de la Sierra, fué batido y destrozado, huyendo el mismo Lozada hasta guarecerse en

San Luis. Apenas hubo llegado á su guarida, se dirijió presuroso á la capilla donde estaba el Señor pendiente del madero, y sin darle tiempo para nada, lo azotó de tal modo con el plano de su espada que lo dejó medio muerto. Aquello era un severo castigo por haber permitido qué sus huestes fueran destrozadas.

Desde aquel día, el justo resentimiento de la milagrosa imagen se hizo notar, pues que las fuerzas lozadeñas empezaron á sufrir fuertes descalabros. Indignado Lozada por tal conducta, resolvió deshacerse del Señor y al efecto lo mandó echar un día á la corriente del río de Álica.

Este es una confluente del río grande que al pasar lamiendo las casas del pueblo de Santiago Ixcuintla, toma allí el nombre de dicho pueblo.

La imagen fué arrebatada por la corriente. Al llegar frente al pueblo de Santiago, algunos pescadores descubrieron al cristo crucificado que giraba hacía tiempo sobre la superficie del agua, sin pasar de allí. Sacáronlo inmediatamente y lo llevaron con gran pompa al templo de donde en otro tiempo fué extraido. Los de Santiago aseguraron entonces y áun aseguran hoy, que su veneranda imagen se escapó furtivamente de San Luis, para volver á su querido pueblo. Y, aunque se dice que nada hay oculto bajo las estrellas, es lo cierto que los devotos hijos de Santiago no han llegado á saber la tremenda flagelación de que su Señor fué víctima, ni la circunstancia de haber sido lanzado de los dominios del cacique como extranjero pernicioso.

El diablo azotado en Tepetlaoxtoc.

I.

Obsequiando los deseos y la amable invitación de un respetable amigo, nos dirijimos una nublada mañana de Agosto á la estación del ferrocarril de Irolo donde prévio el requisito legal de abrir el bolsillo al expendedor de boletos; emprendimos el vuelo en alas del vapor, como diría un poeta, hacia la villa de Tepetlaoxtoc población situada dos leguas más allá de la antigua capital del rico imperio de Netzahualcoyotl ó sea la histórica ciudad de Texcoco.

Marchábamos á todo vapor dejando atras á la gran Tenoxtitlán, á la reina de América ostentando sus espléndidos palacios, sus elegantes cúpulas y elevadas torres que veíamos destacarse á lo lejos, al traves de la bruma, como gigantescos y blancos fantasmas surgiendo de sus lagos. Más allá, por donde quiera que volvíamos la vista, descubríamos pequeños pueblos, ve-

tustos campanarios medio ocultos entre arboledas; y más lejos áun; montañas de formas caprichosas, semejantes algunas á grandes conos ó altas pirámides, que nos parecían monumentos antiguos, templos indios respetados por la destructora mano de los conquistadores, y en pie asistiendo impacibles á la ruina de los bastos imperios que á sus alrededores se asentaron.

Mi imaginación vagaba por las fantásticas regiones del pasado: Parecíame ver salir de cada recodo del camino, de cada edificio en ruinas, algún gran señor indio, acompañado de numeroso séquito con sus pintorescos trajes adornados de oro bruñido y de pintadas plumas. Nos sacó de tan agradables lucubraciones el silvido de la locomotora que anunciaba la llegada del tren á la estación de Tepetlaoxtoc: allí lo abandonamos para montar en briosos corceles que impacientes nos esperaban piafando. Poco después, entrábamos por las calles del pueblo que atravesamos á galope tendido para subir á una eminencia que corona una capilla llamada del calvario, desde la que se domina perfectamente la población. Desde allí descubrimos el caserío diseminado en una gran extensión, distinguiéndose apenas los techos que se ocultan entre fresnos, cipreses y olivos. Veíamos sobresalir: la alegre torre de su parroquia que asentada en la falda de una loma, tiene á su frente espaciosa y ancha gradería, cerrada á los lados con algunos sepulcros y sombreada, cual antigua y romancesca ermita, por corpulentos cipreses y cedros; más lejos, separadas por grandes grupos de árbo-

les, las exiguas torrecillas de tres ó cuatro capillas que también encierran en su recinto prolongadas hileras de sepulcros, que veíamos blanquear entre el oscuro follaje.

Después de esto, dos cosas llamaron nuestra atención en aquel pueblo: La pequeña capilla llamada de Tlaxcantla, de la que luego nos ocuparemos con más extensión por haberse desarrollado allí los curiosos sucesos que motivan este artículo; y el culto que sus habitantes rinden á los usos antiguos, con detrimento de la ley y en flagrante oposición con los preceptos de la higiene pública bastante vulgarizados ya: Quiero referirme al hecho de que sin embargo de haber allí muy cerca de cuatro mil habitantes, no existe ningún panteon y aún inhuman sus cadáveres en el lugar más céntrico del pueblo, en el atrio de la Parroquia que de tiempo inmemorial se ha convertido en cementerio.

Satisfecho el deseo que teníamos de ver el panorama de la población desde la loma del Calvario bajamos de allí y á poco nos dirijimos, guiados por un inteligente amigo vecino del pueblo, á la famosa capilla de Tlaxcantla que deseábamos conocer, por su celebridad en los antiguos fastos de la Villa.

La capilla se halla situada en un lugar solitario, al S. E. del pueblo. Está cercada por una pared de adobe, poco elevada á uno de cuyos lados se abre una ancha puerta que da acceso á un estrecho patió ó más bien á un cementerio, pues hay allí algunas tumbas y muchos cipreses, de los que al decir de nuestro guía,

hay varios que cuentan más de dos siglos de existencia.

En el fondo del patio está la capilla, y cerca de ella unas piezas en ruinas; pero antes de describir el pequeño edificio que, entre paréntesis, nada tiene de notable en lo que respecta á su arquitectura, creemos necesario hablar de su fundador, el célebre Fray Domingo de Betanzos, que tan principal papel hace en esta relación. Con gusto dejaremos la palabra á nuestro inteligente guía, ó más exactamente hablando, oiremos la relación escrita que hace algunos años exhumó del archivo del curato, referente á los sucesos que en seguida mencionamos y que, como antigua y verídica tradición, se conserva entre los habitantes de Tepetlaoxtoc.

II.

"El Illmo. D. Fr. Domingo de Betanzos, nació en la ciudad de León, en España: estudió en la Universidad de Salamanca y recibió en ella el grado de licenciado en derecho civil. Su amor á la virtud le hizo preferir la vida eremítica y solitaria, al glorioso ruido de las escuelas y huyó de Salamanca buscando á Dios en la soledad. Encaminose á Roma á pedir al Papa la bendición y la licencia. Recibido benignamente por el romano pontífice que lo alentó en sus buenos propó-

sitos, salió de Roma para Nápoles y en la Isla Ponza, famosa por su soledad y cuevas, dió principio á su vocación. Mas la intemperie del clima que en la edad de 25 años le había puesto enteramente cano, le obligó á pasar á otro paraje de la misma isla, donde permaneció 5 años entregado á la oración y al ayuno.

"Regreso á España en busca de un amigo y compañero apellidado Arconeda y habiéndolo hallado religioso de Santo Domingo en el convento de Salamanca, se determinó á tomar el mismo hábito, como lo verificó en el expresado convento.

"Por el año de 1514 pasó á la isla de Santo Domingo, donde aprendió la lengua de aquellos indios y les predicó en ella, como en la castellana á los españoles.

"A los doce años entró en México con los primeros religiosos de su orden presididos del P. Fr. Tomás Ortiz, vicario general. De México hizo un viaje á Guatemala, donde fundó los primeros conventos de su orden y embarcándose después para Veracruz, pasó á Roma á tratar de la separación de la provincia de Nueva España de la Santa-Cruz de la Isla Española, lo que conconsiguió en el capítulo general de 1532.

"Nombrado vicario general de la Nueva España, por el Rmo. Tenario, al pasar por Valladolid á besar la mano del Emperador Carlos V. para restituirse á la América, fué presentado por primer obispo de Guatemala, cuya dignidad renunció con admirable entereza. Volvió á México, y en 1º de Mayo de 1536, fué electo pro-

vincial de esta provincia que acabó de simentar y continuó ilustrando y engrandeciendo."

Refiere en seguida el cronista cómo, en el capítulo en que fué electo el V. P. Fr. Domingo de Betanzos, "determinó el santo provincial que: en el pueblo de Tepetlaoxtoc se fundara un convento, con la advocación de Santa María Magdalena, que fuese de recolección para que se retirasen á él los que se hayasen con deseo y espíritu de más rigurosa observancia que la que había en el convento de México, siendo así que la de esta casa era extrema, sin que nesecitasen de la más leve reforma. A este convento se retiró el V. P. Betanzos con otros religiosos que compartieron con el aquella vida toda consagrada á la maceración y al ayuno."

Hablando después de la construcción del convento, dice:

"En medió de la huerta de aquella santa casa labró el bendito anacoreta un oratorio que rodeó de cipreses para que lo opaco de sus ramas lo hicieran más devoto y su símbolo lo tuviera en perpetuo luto por serlo de la muerte; y así fué reputado por los antiguos, como árbol funesto."

"A la entrada hizo un claustrito de seis pies de ancho, y en medio de él un huertecillo con doce pies en cuadro, para que hasta lo reducido de aquellas cuatro paredes persuadieran mudamente á su alma el recogimiento interior.

"A su lado hizo una capilla en la que colocó una devotísima imagen de Cristo crucificado y allí inme-

diato labró una celdilla que con más propiedad la llamaríamos sepulcro, pues apenas cabía en ella una silla y la tarima en que el siervo de Dios descansaba un rato."

Nada es necesario añadir á esta sencilla, pero exacta descripción. Aún pudimos ver "el claustrito de seis pies de ancho;" el huertecillo donde las yerbas crecen extendiendo por todas partes sus incultas ramas; la reducida capilla y la pequeña celda donde "el siervo de Dios descansaba."

Hemos dado una idea de la capilla llamada de Tlaxcantla, y de su célebre fundador. Veamos ahora los portentosos sucesos que allí se obraron.

"Convencidos, dice el citado cronista, los indios de aquel partido (Tepetlaoxtoc) con la eficaz doctrina del V. P. Betanzos que el verdadero Dios era el que los padres predicaban, y que los ídolos que hasta allí habían adorado eran demonios del infierno, fueron descubriendo al bendito padre varios ídolos y á porfía se los llevaban para que los hiciera pedazos y quitara de sus ojos tan maldita abominación. Entre los ídolos que le manifestaron fué uno el de "Zahualcoitl" á el que los reyes de Texcoco habían venerado mucho y hecho un famoso templo en la cumbre del cerro de Texcocingo, al que se subía por 520 escalones labrados en la misma piedra. Estaba en contorno todo el monte sembrado de muchos árboles frutales, jazmines, y variedad de olorosas flores que hacían el sitio ameno y delicioso. Para regar todo el cerro, condujeron agua

de un monte alto, distante de allí más de dos leguas y derribando en unas partes collados y en otras terraplenando valles, la hicieron llegar á lo alto del cerro, donde dividida en varios canales descendía regando todos los árboles y matas de flores que estaban sembrados en su circunferencia.

"Teniendo pues noticia de este ídolo, el siervo de Dios, y sabiendo que era la figura de un coyote ó semilobo, labrado en la misma piedra viva, de que era toda la cumbre del monte, se fué allá con algunos instrumentos para picarla y echar por tierra sus sacrílegos altares.

"En varias partes del cerro estaban muchos palacios magníficos en los que se hospedaban los grandes señores y reyes extranjeros que iban á sacrificar. Sus portadas eran piedras de una pieza y todos ellos cubiertos de cedro del que se halló una plancha de casi noventa pies de largo y cuatro de ancho. Antes de llegar á la cumbre, donde estaba fabricado el templo y colocado el ídolo, se pasaba por una bóveda hecha en la misma piedra que constaba de doce gradas, pero tan angosta, que solo cabía por ella el cuerpo de un hombre. Mandola hacer así un rey de Texcoco para que cuando acompañaba á otros reyes, el los presidiese como sumo sacerdote del sacrificio, sin que lo estrecho del lugar le permitiera dar su lado á otro, aunque fuera gran señor.

"Todo esto admiró el P. Betanzos; y llegándose con intrepidez á la infernal figura del ídolo mandó á los

oficiales que llevaba que, depuesto todo recelo, lo picaran y demolieran.....

"Fué importantísima esta diligencia para desarraigar de sus corazones la idolatría. Tenían ellos creído que el que mal trataba á su Dios Zahualcoitl, de obra ó de palabra, se lo tragaba la tierra; mas viéndolo ahora ultrajado y deshecho por el bendito padre, confesaron su engaño y arrepentidos de él, dieron total ascenso á la fé de Jesu-Cristo.

"A más de estas estupendas y auténticas maravillas que obró el Señor por medio desu siervo Fray Domingo de Betanzos, también obró algunas muy singulares y dignas de toda memoria.

"Lo más del tiempo que lo mereció este reino que fueron veintidos años, vivió en aquel retiro empleado en ejercicios de oración y penitencia. Los indios de aquel pueblo lo amaban como á padre y lo veneraban como á santo. Y conociendo, por repetidas experiencias, lo mucho que podía con Dios, se fueron un día á él y le dijeron: Padre, apiádate de nosotros y remedia nuestras necesidades. Bien te consta que en nuestro pueblo no tenemos agua y que la que bebemos y bebéis los padres nos cuesta traerla de muy lejos por no haber ningún manantial por aquí cerca. Tú, si quieres, nos la puedes dar por que Dios oye tus ruegos." "Con grande atención los estuvo oyendo el bendito padre y conociendo que aquella súplica de los indios, nacía de piedad y fé, á la que nada es imposible, les dijo: Hijos míos, bien conozco vuestra necesidad; pero yo soy tan gran-

de pecador indigno de la tierra que piso y de que Dios oiga mis voces; más tened fé en Dios y pedidle á Santa María Magdalena que es muy poderosa su intercesión para conseguir esto y mucho más. Mañana vendréis todas á misa y haremos una procesión de rogativa y el Señor hará lo que más convenga.

"Al día siguiente concurrió todo el pueblo á la Iglesia, y finalizada la misa, se hizo una muy devota procesión por el campo implorando la divina piedad por la intercesión de los santos.

"En el sitió en que el bendito padre le pareció ó en el que Dios le movió, que es lo cierto; se hincó de rodillas y empezó á clamar á su devota Magdalena. No se hizo sordo el cielo á sus ruegos ni Santa Magdalena desentendida á sus súplicas; porque allí mismo empezó á brotar un ojo de agua muy dulce y cristalina del que hasta hoy se mantiene el pueblo.

"La fama de esta maravilla se divulgó por toda la comarca y fueron muchos los indios que se convirtieron á Dios y recibieron el santo bautismo.

"De esto estaba muy pesaroso el demonio porque le iban cesando los grandes, cruentos sacrificios que le hacían los indios en el templo de que antes se habló.

"Maquinando pues el demonio modos y trazas para persuadir á los indios, no dieran crédito á la doctrina que les predicaba Fray Domingo y los demás religiosos sus compañeros, tomó la figura de un viejo venerable y se les empezó á manifestar dentro de una cueva, en la que fingió haberse retirado á morir por no ver

las aflicciones de su muy amada indiana generación.

"A la novedad empezaron á ocurrir muchísimos indios á él deseando verle y oírle porque para engañarles mejor, sabía revelarles muchas cosas ocultas, con lo que en breve consiguió pervertir los corazones de muchos.

"Lamentábase con ellos, con palabras muy sentidas fingiendo lágrimas, de la facilidad con que habían vuelto la espalda á sus antiguos dioses, engañados de unos hombres extranjeros.

"Deciáles que de aquí se habían originado sus desgracias y perder el Señorío de su grande y rica tierra; pero que si arrepentidos de lo hecho dejaban la doctrina y perniciosa ley que habían nuevamente recibido, que los dioses, apiadados de ellos los volverían á recibir bajo su protección y tutela como antes, olvidados de su ingratitud y del grande agravio que les habían hecho en dejar su culto y sacrificios y en haber demolido sus aras, destrozando sus estátuas y derrivando sus templos.

"En muchos hizo tal impresión esta diabólica astucia, que pesarosos de ser cristianos, se volvieron en lo oculto á sacrificar á los ídolos siéndoles molesto asistir á la iglesia y todo lo que era utilidad de sus almas como oír misa, etc., etc.

"No dejó de conocer el siervo de Dios que había alguna grande novedad en los indios, al ver que de la noche á la mañana se le habían entibiado y áun resfriado en el servicio de Dios: y convencido de que sa-

tanás había urdido alguna trama de las suyas, para perder á aquellos miserables, empezó á averiguar por los niños, que son los que dicen las verdades, y por otras personas de quienes tenía satisfacción y confianza, la causa de haberse resfriado en el servicio de Dios los indios de Tepetlaoxtoc, y de ya no pedir ninguno el santo bautismo; habiendo así muchos infelices en el pueblo y en todo aquel partido.

"Informado plenamente ser todo aquello tramoya, efecto de las malditas persuaciones del fingido viejo y verdadero diablo que se dejaba ver en la cueva, convocó un día á todo el pueblo y le mandó que le siguiera.

"Con la estola al cuello fué hasta la cueva donde estaba el infernal fantasma. Salió el fingido indio haciendo visajes, y el varón de Dios le echó la correa al cuello y le mandó, en nombre de Jesu-Cristo que lo siguiera sin mudar de figura.

Llevólo al atrio del convento y lo ató de pies y manos á un árbol. Allí lo conjuró de parte de Jesu-Cristo y en virtud de su santo nombre, le mandó dijera quién era y que fin había tenido en tomar aquella figura. Aquí, dando un espantoso aullido dijo el falso espíritu:

"Yo soy el demonio que envidiando la salvación de las almas de estos indios, les vine á persuadir, en esta figura, que adoraran como antes los ídolos y no apreciaran la doctrina que les predicáis ni recibieran la fé de Cristo que les proponéis.

Pero ahora..... ¡ay de mí! compelido de la virtud del omnipotente me veo precisado á decir: que la ley

que tú y los demás ministros predicáis es santa y la única que hace á las almas felices y bien aventuradas, de tal modo que el que la desprecia y no la quiere recibir ó recibida no la observa; este se pierde sin remedio y nos va á hacer compañía en los ardores del infierno á mí y á los demás espíritus infernales, donde padecerá eternas penas mientras Dios es Dios que será sin fin."

"Atónitos quedaron los indios al oir esto; y sabiendo que era el demonio el que ellos habían empezado á respetar como oráculo, clamaron al siervo que lo enviara al infierno: que ellos prometían vivir de allí en adelante arreglados á los mandamientos de la divina ley y no volver á dar oídos á persuaciones diabólicas."

"No temáis hijos míos (les dijo el varón santo) que Dios está con vosotros y quiere vuestra salvación. Ya habéis visto como este engañador de las gentes pretendió perderos para siempre, persuadiéndoos que dejaráis la fé católica. A esta culpa le corresponde mucha pena, aunque él la tiene eterna en el infierno; pero para su mayor confusión, de uno á uno idlo azotando todos que yo lo haré al último. Obedecieron los indios y unos con palos y otros con cueros y sogas le fueron dando de golpes diciéndole al mismo tiempo muchas palabras injuriosas. Hecho esto se llegó á él el siervo de Dios y le dijo con imperio: En nombre de Jesu-Cristo, hijo de Dios vivo, te mando que ahora en este punto, te vayas al infierno y no vuelvas á inquietar á las hechuras de Dios.

"Dióle entonces un golpe con la estola y convertido en un remolino de negro humo, el fingido indio dió un estallido y se desapareció de los ojos de todos, sin quedar más rastro de él que un hedor pestilentísimo. De allí á poco empezó á marchitarse el árbol en que estuvo amarrado, hasta que se secó del todo."

Nosotros recorríamos aquellos sitios con la avidez propia del que asiste á un lugar donde tan asombrosos acontecimientos se han consumado. Nuestro "cicerone" nos condujo al lugar donde, según la tradición, estuvo el árbol en que fué azotado el diablo; nos mostró igualmente una pequeña puerta abierta en un costado de la capilla y actualmente cerrada con adobes, por la que al decir de los indios se escapaba todas las noches Fray Domingo de Betanzos para ir á Roma, volviendo á entrar por élla al día siguiente, de madrugada, para decir misa.

Saciada nuestra curiosidad y vuelta nuestra imaginación á las realidades de la vida, después de haber vagado agradablemente por las regiones del misterio y de la fantasía, salimos de aquel poético lugar y algunas horas después del pueblo, sumidos en tristes y desconsoladoras ideas.

Pensábamos que hace poco menos de 300 años, cuando en Tepetlaoxtoc no había sin duda ayuntamiento ni cosa que lo valiera, sus vecinos no carecían de agua potable, pues dulce y cristalina era la de la fuente que surgió al simple pedimento del P. Betanzos. Hoy, no obstante que podía repetirse el milagro, si no con ro-

gativas, sí por los medios aconsejados por la ciencia, pues vimos por allí sitios que por la humedad exterior manifiestan tener corrientes de agua á poca profundidad; hoy, repetimos, se toman el trabajo de extraerla de profundos pozos y su sabor no es "dulce" ni mucho menos, conteniendo, probablemente, los "detritus" cadavéricos del inmediato cementerio.

Pensábamos, también, que no obstante la durísima lección que el diablo recibió allí, tiene la desvergüenza de hacer frecuentes excursiones por aquellos rumbos, si hemos de dar crédito á las relaciones de robos, plagios y asesinatos que después del V. P. Betanzos y en no lejanas épocas, se han perpetrado en esa Villa; relaciones que oí de sus respetables y verídicos vecinos.

———o-o-o———

José Morán.

(LOS MERODEADORES.)

I.

CHIHUAHUA.

El viajero que partiendo de algún punto del centro de la República se dirije á la Frontera del Norte, por el Estado de Chihuahua, atraviesa inmensas llanuras cuya vegetación, representada casi exclusivamente por espinos y cactus, contrasta de un modo notable con la feráz y exhuberantísima de nuestras costas.

La monotonía de este camino solo es interrumpida por el encuentro de tres magníficos y caudalosos rios; el Nazas, el Florido y el Conchos, cuyos márgenes cubiertos de frondosos árboles y esmaltadas flores convidan al descanso al fatigado caminante.

Las escasas y poco importantes poblaciones que se hallan al paso, no ofrecen ningún atractivo y así se

avanza en medio de las penalidades de un viaje prolongado y molesto por los incómodos medios de trasporte (1,) hasta que al fin la vista fatigada de tal monotonía y aridez, descubre en lontananza, confundiéndose con el horizonte y surgiendo, como un oasis en medio del desierto, extensas líneas de copudos árboles, agrupados y blancos caseríos, y descollando entre ellos á semejanza de altos minaretes, las parduzcas torres de sus templos. Es Chihuahua, la espléndida ciudad de los jardines y alamedas. La Odalisca arrullada por sus fuentes murmuradoras y por sus frescas brisas, cubriendo á veces sus encantos con tupido velo de nieve. La leona perezosamente echada en el desierto, pero despierta, velando por la integridad del territorio.

La ciudad de Chihuahua fué, poco después de su fundación, mucho más populosa que en la época en que se desarrolla nuestra historia, llegando á contar algo más de 30,000 habitantes.

Edificada en una vasta llanura, al pie de la sierra entre dos hermosas alamedas, la Antigua y la de Santa Rita, presenta calles espaciosas y rectas, edificios de aspecto elegante y hermosas plazas. Entre sus edificios descuella su magnífica Parroquia que, como obra arquitectónica, tiene muy pocas rivales en la República.

Este templo tiene su frente en el costado de la pla-

(1) En la época en que se escribia esta narración, aún no existía el ferrocarril que enlaza al país con los Estados Unidos, y que recorre el camino de que aquí se habla.

za principal que vé al N. E.; su longitud es de sesenta varas castellanas y su latitud de treinta y una. Su interior está decorado con orden dórico mutular, algo adulterado por haber sustituido á los triglifos unas medias cañas. Se compone de tres naves cerradas con bóvedas por arista; y sostenidas las de en medio por arcos peraltados. El colateral principal, las claves de todos los arcos y el adorno de la metopa, en el friso, todo es de gusto gótico.

Los dos colaterales de los cruceros son, lo mismo que el principal, de cantería y de orden dórico de Vitruvio; y otros dos pequeños altares construidos el año de 36 bajo las bóvedas inmediatas á los cruceros, son de orden jónico en el primer cuerpo y de compuesto en el segundo.

Los espacios comprendidos entre los cuatro arcos torales y la cúpula, están adornados con las figuras que representan el patrono (que lo es San Francisco de Asis) y el apostolado; y en el estremo superior se vé la carátula dorada del reloj, dentro de los adornos que antes contenían las armas del rey.

Tiene dos torres perfectamente iguales, cuya altura sobre las bóvedas de la iglesia es de treinta y una varas; y como estas se elevan veintiuna sobre el nivel de la plaza, aquellas resultan de una altura total de cincuenta y dos y media varas.

Se componen de tres cuerpos y una graciosa cúpula, que se construyeron sin arreglarse á ningún orden determinado; pero afectando mucho el dórico. Sobre

todo lo que hay que admirar en ellas, es la elegancia de su construcción, pues que su base cabe seis veces en su altura.

Un hecho curioso hay que referir relativamente á este templo: hecho que demuestra la riqueza minera de aquel Estado; y es, que ésta iglesia fué construida á espensas de un fondo creado de la pensión de "un real" por cada marco de plata que se extraía del mineral de Santa Eulalia, y que se exijió por espacio de sesenta años (hasta el de 1789) cobrando siete granos al gremio de mineros, y cinco al del comercio. Se cree que esa contribución llegó á producir la cantidad de ochocientos mil pesos.

II.

EL ENLACE.

La madrugada del día 25 de Marzo de de 186..... notábase en el interior del templo que acabamos de describir, inusitada animación.

El altar mayor estaba profusamente iluminado. Cerca de él se veía un sacerdote ricamente ataviado y á su lado un monaguillo cubierto con su túnica roja: frente á ellos un caballero elegante y apuesto, rigurosamente vestido de negro y una hermosa joven cubierta con rico traje de nívea blancura, llevando sobre su cabeza la simbólica corona de azahar. Completaban el grupo otras dos personas que apadrinaban el acto.

El sacerdotó recitó algunas palabras, y haciendo enlazar las manos á los dos prometidos, dijo con acento solemne dirijiéndose al joven:—¿Recibis por esposa y compañera á Cármen C...?—Sí, la recibo, respondió el interrogado con firme acento. Igual pregunta hizo á la novia, repitiéndola tres veces, y la ceremonia concluyó con las bendiciones del sacerdote y el sacramental "ego os conyungo;" pero aún no acababan de espirar estas palabras cuando se oyó una voz que repercutió por todo el templo; aquella voz envolvía una amenaza y fué seguida de una blasfemia.

La joven, profundamente aterrorizada, se apoyó con fuerza en el brazo de su esposo. Este quiso lanzarse al lugar de donde la voz había partido; pero fué retenido por la joven.

Los grupos de concurrentes que en las naves presenciaban la augusta ceremonia, volvieron también la vista hacia el lugar donde aquel ruido se había producido; pero solo pudieron distinguir un bulto negro que salió precipitadamente de la iglesia, perdiéndose bien pronto en las solitarias calles. Sigámosle.

III.

REUNIÓN SOSPECHOSA.

Después de atravesar los barrios más céntricos de la ciudad, el misterioso personaje llegó á una casa de po-

bre apariencía, contigua al "Baño del Jordán." Penetró en ella con paso seguro, como quien conoce perfectamente el sitio en que se halla, hasta entrar á una pieza interior donde tendidos en el suelo dormían nueve ó diez hombres. Examinolos por breves momentos y gritó en seguida: ¡Arriba todos! A alistarse para la marcha que ya amanece. Y tú, Martinez, agregó moviendo con el pie á un mocetón rollizo que estaba profundamente dormido y que despertó azorado por la brusça sacudida; tú apareja la mula, cárgala con los "aperos" y guía á los demás.

Dada esta orden, se dirijió á una desvencijada mesa que había en un rincón y vació sobre ella una gran bolsa repleta de dinero que bajo el brazo llevaba.

El argentino sonido de las monedas acabó de despertar á los que áun dormían, y á poco todos rodeaban al que con tanta esplendidez se anunciaba.

Nuestro hombre empezó á parar sobre la súcia tabla de la mesa tantas pilas de monedas cuantos hombres lo rodeaban, y dando á cada uno lo que le correspondía, les dijo:

—Esto que cada uno recibe ahora, es poco en comparación de lo que podrán ganar acompañándome con valor y lealtad. Se que cuento con hombres que nunca han conocido el miedo y que son incapaces de traicionarme; pero si un día alguno de los que están presentes nos vende, ¡juremos que morirá á nuestras manos!

—¡Lo juramos! dijeron todos.

—Ahora, añadió, en marcha y cada uno por su lado. No olviden que esta tarde al meterse el sol estaremos todos reunidos en "El Paso del Águila."

Todos aquellos hombres salieron, dispersándose por diferentes puntos; el misterioso personaje salió el último.

IV.

DONDE SE SABE QUIÉN ES EL DESCONOCIDO.

El disco enrojecido del sol comenzaba á aparecer detrás de los agudos picos de la cercana sierra. A favor de la brillante claridad que sus rayos esparcían, pudo distinguirse en todos sus detalles á aquel hombre.

Era un joven que tendría, á lo más, veintiocho años de edad.

De elevada estatura y muy bien musculado, demostraba estar dotado de un vigor físico poco común.

Sus facciones estaban en perfecta armonía con el vigor de su cuerpo, formadas por rasgos acentuados y enérgicos; los lábios prominentes, la nariz algo gruesa y un tanto levantada, los ojos de mirada viva y profunda, imprimían á aquella fisonomía, no sé qué de atrevido é imponente á la vez que algo de repulsivo.

Vestía pantalón y saco de casimir de color oscuro; chaleco de paño negro con gruesa leontina de oro; llevaba sombrero aplomado de ancha falda y calzaba botas de piel fina y relumbrante.

Su actitud era arrogante y desembarazada, llevando aquel traje con la soltura del que esta acostumbrado á vestir bien.

Llamábase José Morán, y pertecía á una opulenta familia de Chihuahua (1.) Siendo muy joven fué hecho cautivo por los indios bárbaros en una de las haciendas de su padre, permaneciendo con ellos cinco ó seis años hasta que fué rescatado y devuelto á su familia que, desde luego determinó enviarlo á un colegio de los Estados Unidos del Norte. Allí creció José adquiriendo muy escasa instrucción pues más le agradaba el caballo, que manejaba con rara habilidad, que los libros; y más lo entretenían las armas que los cálculos ó las ecuaciones.

De carácter voluntarioso é indomable, entregábase á verdaderos accesos de furor cuando sus maestros le contrariaban. No parecía sino que aquella parte de su vida, pasada en continuas correrías por los áridos desciertos ó las escarpadas montañas, había impreso en su carácter un sello de salvajismo que ninguna educación era capáz de borrar y que jamás debería abandonarlo.

Un día, después de otro año de permanencia en los E. U., salió del Colegio y tomó el camino de Chihuahua adonde llegó, asegurando á su familia que nada era capáz de hacerlo volver. Sus padres se vieron en

(1) El apellido de este personage, que tiene mucho de histórico, no es Morán; pero el autor ha creido deber sustituirlo por existir aún algunos miembros de esa familia (N del A.)

la necesidad de ceder y desde entonces aquel joven llevó una vida de crápula, derrochando sin poderlos agotar, los cuantiosos bienes de su padre.

Cierta ocasión vió en una tertulia á una hermosa joven llamada Cármen C...y se enamoró violentamente de ella. Con la impetuosidad de su carácter le declaró inmediatamente su pasión; pero su declaración no fué escuchada, y cuantas tentativas hizo en ese sentido alcanzaron el mismo éxito: la repulsa más absoluta. Esto, sin embargo, no lo hacía desistir de su empeño.

Proponíase llegar á su fin, cualesquiera que fuesen los medios. Aquel hombre, henchido tan solo de pasiones turbulentas y desenfrenadas no debía, como en seguida veremos, detenerlo nada, ni aún el crímen.

V.

LA QUINTA DE SANTA ELENA.

Don Carlos Moye, estimable caballero alemán que desempeñaba el cargo de Cónsul de los Estados Unidos del Norte en la ciudad de Chihuahua, acababa, en la época á que nos venimos refiriendo, de construir una hermosa quinta en uno de los más pintorescos alrededores de la población; y siempre galante, la había bautizado con el nombre de su bella esposa Doña Elena Cuitly.

La quinta había sido edificada en uno de los lados

de la antigua alameda, cuyos árboles la cubrían con su sombra. Situada la casa en medio de un ameno jardín, que rodeaba una verja, parecía una de esas quintas inglesas en que la luz y las flores constituyen el principal adorno. Los aposentos estaban distribuidos y adornados con verdadero gusto. Había allí todas las comodidades que pueden disfrutarse en el campo. El saloncito de ricibir adornado con sencillez que no excluía la elegancia; otro salón de mayores proporciones que en caso ofrecido se habilitaba para el baile; un pequeño gabinete de lectura conteniendo libros que denunciaban la cultura ó ilustración del dueño; y afuera, en el jardín, algunos espaciosos cenadores.

En esta elegante quinta recibían sus dueños, con bastante frecuencia, á lo más florido de la sociedad de Chihuahua, y sus tertulias, como es de suponerse, eran concurridas y animadísimas.

El día 4 de Noviembre de 186..... habían invitado para un día de campo en la quinta, y en el programa no se había olvidado el baile que, como casi todos los que se organizan en aquella parte de la frontera, debía ser alegre y espléndido.

La anunciada fiesta tenía por objeto solemnizar el cumpleaños del dueño de la finca, y sus numerosos amigos no faltarían por ningún motivo: nadie faltó en efecto. A las once de la mañana de ese día, la casa estaba llena, brindándose con entusiasmo por el amable comensal y por su simpática esposa que con exquisita cortesía, hacía los honores de la casa. Todos estaban

allí en completa libertad; algunos leían, otros jugaban, muchos discurrían por el jardín ó formaban corrillos dentro de los frescos cenadores.

La tarde se pasó entre los animados brindis y los armoniosos acordes de la música. Llegó la noche y todos se dirijieron al salón, donde ya la orquesta preludiaba la ceremoniosa é indispensable cuadrilla: el baile empezó. En el salón se ajitaban caballeros y señoritas con verdadero placer y entusiasmo. Las alegres risas, las animadas conversaciones, el ruido que hacían al saltar hasta el techo, los tapones de las botellas del espumoso Champaña, el movimiento uniforme de las cabezas al compas de la danza, los mal reprimidos suspiros....., las ardientes miradas que los amantes se cruzaban.....; todo daba al baile un colorido de animación y vida, que solo en aquella tierra se encuentra.

Las hermosas jóvenes ostentaban en el salón sus esbeltos talles y sus trajes elegantes á la vez que cencillos. Las bellas Chihuahuenses, tienen el don intuitivo de vestir con inimitable sencillez y la esbeltez, donaire y gallardía que les son naturales, hacen que por todas partes se las admire.

Entre aquella concurrencia se encontraban José Morán y Cármen C.....

Cármen estaba bellísima. Llevaba un rico traje de raso color rosa pálido adornado de flores rojas, que hacía resaltar la sonrosada blancura de su tez. Su tocado era sencillo; el óvalo de su rostro, perfecto; sus labios,

rojos y frescos; los ojos grandes y azules, estaban sombreados por rizadas pestañas: en su frente, pálida y tersa, caían algunos rizos de su abundante y rubia cabellera.

Apoyábase en el brazo de un apuesto joven, al que dirijía amables sonrisas é intensas miradas. Este joven era su prometido y se llamaba Carlos.....Mucho tiempo hacía que los dos jóvenes se amaban, con beneplácito de sus padres, que aprobaban aquel cariño mútuo. Por indicaciones de estos, el enlace debía verificarse dentro de breve tiempo.

José Morán veía á la feliz pareja con furor reconcentrado procurando ahogar su despecho con repetidas libaciones. En un momento en que Cármen quedó sola, José se acercó á ella y le dijo, medio ébrio por el vino y los celos:

—Por última vez, Cármen, escúchame y olvida el amor de ese hombre á quien me has hecho odiar desde que sé que lo amas. Dime que serás mía ó, á lo menos, que no serás de otro.....

—Nada te autoriza para hablarme así, respondió Cármen. Jamás te he dado ni la más remota esperanza, porque mi corazón no es libre. Por última vez te digo que lo amo y que nada me hará renunciar á él.

—¿Ni áun el temor á la muerte?

—Ni áun la muerte misma.

—Piensa que mi venganza será terrible.....

—Te vuelve loco el vino.....

—Podrá ser; más te juro que si te unes á ese hombre, los dos moriréis.

Cármen tembló al escuchar las últimas palabras. José se retiró lanzándole miradas amenazadoras.

La aurora del día siguiente, vió terminar la alegre fiesta; la concurrencia comenzó á volver á la ciudad, sustituyéndose el silencio á la alegre animación que momentos antes reinaba en la quinta.

Un mes después, se celebraba el enlace de Carlos con Cármen, al que nuestros lectores han asistido. Sin duda no habrán olvidado las amenazadoras palabras que José Morán lanzó en el templo, turbando la augusta ceremonia.

VI.

EL PASO DEL ÁGUILA.

En un lugar, el más escabroso y sombrío de la cordillera de altas montañas que cual la espina dorsal de un enorme cetáceo, se avanzan hacia la vasta llanura en que se asienta la ciudad de Chihuahua, hay un profundo desfiladero flanqueado por elevadísimas rocas que parecen cortadas á pico: el lugar parece inaccesible á la planta del hombre. Al oir zumbar el viento por el estrecho y tortuoso cañón, y al ver perderse entre las nubes los agudos filos de sus rocas, se supone uno, desde luego, que solo el águila audaz puede plantar sus nidos y posar sus garras sobre aquellas empinadas cimas.

En el fondo de este desfiladero hay una espaciosa cueva á la que sirve de techo la pura roca, tan elevado que puede un hombre á caballo penetrar allí sin encontrar ningún obstáculo. La entrada es ancha y el recinto espacioso.

Esta cueva sirvió, sin duda, en no remotos tiempos para albergar á las errantes tribus de indios salvajes que aterrorizaban con sus depredaciones á los pueblos de la frontera. Conduce á ella un sendero estrecho y que forma mil curbas, interponiéndose á cada paso hondos precipicios ó enormes peñascos. Solo el que hubiese estudiado detenidamente la entrada, podría dar con ella salvando los mil obstáculos que por todas partes se hallan.

El día mismo en que hemos visto á José Morán comunicar sus órdenes á los diez hombres que reunidos lo aguardaban en la casa del baño del Jordán; antes de que el sol comenzara á ocultarse detras del desfiladero del "Paso del Águila", estaban ya todos reunidos en aquel sitio á donde su Jefe los había convocado. Todos ellos llegaban montados en magníficos caballos y todos parecían diestrísimos ginetes. Martinez, que en ausencia de Morán, parecía tener el mando de aquella gente, había alojado hombres y caballos en el interior de la cueva, y nada perturbaba el silencio de aquellos agrestes sitios: hubiérase dicho que no había por allí ningún sér viviente.

Ya el sol se había ocultado quedando solo en el horizonte los pálidos tintes de sus últimos rayos, cuando

Morán apareció al frente de la gruta, ginete en brioso alazán. Penetró con brío en el interior y apeándose llamó con imperio á los suyos:

—¿Estamos todos reunidos? preguntó.

—Todos; contestaron muchas voces.

—¿Dónde está Martinez?

—Aquí Señor; respondió el interpelado, acercándose.

—¿Has traido la mula con la carga?

—Sí Señor, y ya he repartido los "habíos."

—Muy bien, ahora á arreglarse por que en seguida saldremos. Lo que Martinez había llamado "los habíos" no eran otra cosa que varios calzones de piel, algunos arcos y flechas iguales á las que llevan los salvajes, once pares de "teguas" ó sea el calzado que los barbáros usan, formado de piel cruda y toscamente cosido con correas de la misma piel; buen número de armas de fuego y muchos plumeros adornados de cuentas de colores y relumbrantes espejos: en fin, todo lo necesario para trasformar á los once hombres en verdaderos apaches.

Desde luego comenzó la trasformación: todos empezaron á embadurnarse la cara y los brazos de color rojo; se pusieron los calzones de piel y las teguas, adornando sus cabezas con largas cabelleras de crin y poniéndose los plumeros. Morán hacía esto con prontitud y habilidad, dando lecciones á los demás.

El disfraz era completo: nadie hubiera podido conocer las verdaderas facciones de aquellos hombres.

Concluido este trabajo se rodearon del fuego que habían encendido, y cenaron con gran apetito las proviciones que tenían; después se tiraron en el suelo á esperar la orden de marcha. José tenía absoluta confianza en aquella gente. Todos eran mozos de sus haciendas y ejercía sobre ellos el dominio del amo sobre el criado; además les había ofrecido un rico botin y ante esta promesa, todos le habían jurado seguirlo en las peligrosas correrias que se proponía emprender.

Como á la media noche, el Jefe de la banda se puso en pie y pidió el caballo y montó sin mas silla que un pedazo de piel tendida sobre el lomo del brioso animal. A su ejemplo, todos hicieron lo mismo marchando formados en compacta hilera por veredas apenas conocidas.

VII.

EL ASALTO.

La extraña tropa se deslizaba sigilosamente á favor de las sombras. A la tenue claridad de las estrellas se le veía avanzar siguiendo las mil vueltas del camino: parecía una gran serpiente que se mueve dislocando sus anillos y formando cien curbas; apenas si se oían las pisadas de los caballos.

Morán iba á la cabeza y pocas veces titubeaba en el sendero que debía seguir: comprendíase que todos aquellos vericuetos le eran perfectamente conocidos. Así

anduvieron sin descansar un solo momento, todo el resto de la noche.

Cuando la aurora comenzó á teñir con su alegre albor los lejanos confines de Oriente, la tropa había llegado á una abrupta quebrada que iba á desembocar á muy corta distancia del camino carretero que conduce de Chihuahua á la ciudad de Hidalgo del Parral. Gracias al camino de travesía que el experto guía había seguido, los fingidos indios habían traspuesto en pocas horas una gran distancia.

El Jefe mando hacer alto en la profunda garganta que los ponía á cubierto de toda mirada, y él se dirijió á una altura inmediata desde donde la vista abarcaba gran trecho del camino: allí esperó algunas horas. Como á las once de la mañana dejóse ver en uno de los recodos del camino, una nube de polvo; y en seguida, se distingió una diligencia que avanzaba rápidamente. Venía conducida por dos hombres que ocupaban el pescante, y cargaba muchas barras de plata que los comerciantes del Parral mandaban á la casa de moneda de Chihuahua.

Mucho tiempo hacía, que la seguridad de aquellos caminos era absoluta: varios años habían pasado sin que se diera ningún caso de robo, siendo tal la confianza que, lo hemos dicho, aquella plata no llevaba más escolta que los que conducían el coche.

Cuando éste se acercó más, José Morán bajó y dispuso su gente al asalto. A poco dejóse oír muy distintamente el ruido del carruaje y entonces, saliendo de

improviso los asaltantes, lo rodearon é hicieron una descarga sobre los conductores que cayeron muertos en el acto. En seguida desengancharon las mulas, cargaron dos con la plata y algunos otros objetos de valor que hallaron en el coche, incendiaron este y, después de quitar las cabelleras á los dos infelices conductores haciéndoles una incisión al derredor de la cabeza y arrancándoles la piel del cráneo, se retiraron alejándose del camino.

Muy corto trecho habían andado cuando divisaron en la llanura á un pastor que apacentaba algunas ovejas; inmediatamente dió órden el Jefe de que se apoderaran de él y mandó amarrarlo por la cintura y el cuello al tronco de un espino, haciendo que le pusieran á corta distancia, pero de modo que no lo pudiera alcanzar, el botijo en que aquel desgraciado llevaba el agua para apagar la sed.

Hecho esto, la banda tomó el camino de su guarida adonde llegó bastante entrada la noche. Allí Morán ordenó á Martinez que hiciera el reparto de la plata y demás objetos robados, sin que le recerbara nada á él; después, mandó que permanecieran en la cueva hasta nueva orden, y cambiando su disfraz por el vestido que acostumbraba llevar, se encaminó rumbo á Chihuahua.

VIII.

ALARMA.

Dos días habían pasado de estos sucesos, cuando el Jefe Político de Camargo avisaba oficialmente á la capital del Estado que los indios habían vuelto á invadir aquel cantón.

Los detalles eran espantosos.

Se decía que la diligencia había sido asaltada, quemada y sus cocheros asesinados; que las mulas habían sido también muertas á lanzadas sobre el camino, exceptuando dos que habían desaparecido, y que una gran cantidad de plata había sido robada.

Añadíase que, no lejos del teatro de estos sucesos, se había encontrado á un pobre pastor muerto y amarrado fuertemente en el tronco de un espino; que se le había hallado sentado, con la lengua enormemente salida como queriendo alcanzar con ella la vasija con agua que tenía inmediata; que en la actitud de los brazos y manos, que presentaban profundas mordeduras, y de sus ojos, de tal modo abiertos que parecían salir fuera de sus órbitas y clavados hacia el sitio donde el agua estaba; podía conocerse que aquel infeliz había muerto en medio de la desesperación que produce el más horrible de los tormentos, el de la sed.

En fin, se decía, que aunque se había procurado se-

guir la huella de los indios, ésta se perdía en las vertientes de la sierra, donde sin duda se habían internado.

Como era consiguiente, la alarma cundió por todas las poblaciones del Estado. Algunos años hacía que aquellos infortunados habitantes descansaban de la terrible plaga de los indios. Retirados éstos á las reservaciones americanas ó ejecutando sus correrías en los más remotos confines del Norte, habían cesado sus ataques y las fincas de campo empezaban á prosperar de nuevo, y los criadoros de ganado ya no tenían que andar perpétuamente con el rifle al hombro.

Púsose en movimiento parte de la fuerza de seguridad del Estado; pero después de algunas marchas infructuosas, nada pudo encontrarse. Por lo demás muchos días pasaron sin que los indios volvieran á aparecer. Se creyó que había sido sólo alguna partida aislada, que en su violenta marcha y simplemente de paso, había cometido aquellos crímenes.

José Morán, entre tanto, permanecía en Chihuahua dejándose ver por todas partes y concurriendo á todas las reuniones.

Oía con profunda calma las alarmantes noticias y los comentarios que se hacían sobre el reciente ataque de los salvajes. Sabía por donde se les perseguía y las medidas que contra ellos tomaban las autoridades.

Aprovechando estas ventajas y cuando la calma volvía á restablecerse, desaparecía de la ciudad con el pretexto de que iba á alguna de sus haciendas y se entregaba á nuevos actos de salvajismo.

Durante algún tiempo, aquella banda tan habilmente manejada, atacó haciendas, incendió ranchos, robó y mató á su placer sin que jamás se le pudiera dar alcance. La ferocidad del jefe de aquellos bandidos, aumentaba día á día; se gozaba en la egonía de sus víctimas; mataba por placer y se embriagaba con la sangre como para olvidar el horrible despecho y los terribles celos que, desde el enlace de Cármen, lo atormentaban. Nunca participaba del producto de sus robos; para él esto no significaba nada. Acariciaba una horrible venganza y, astuto en sumo grado, esperaba friamente que se cumpliera.

IX.

LA CARTA.

Carlos y Cármen vivían felices; amábanse con amor inmenso y ni la más ligera nubecilla empañaba el purísimo cielo de su dicha.

Carlos poseía una hacienda situada á pocas leguas del Parral llamada Santa Cruz de Neiros; y, en épocas determinadas se trasladaba á ella para volver, concluidas sus ocupaciones, á gozar de la compañía de su linda y amante esposa.

La hacienda de Santa Cruz, como la mayor parte de las de el Estado de Chihuahua, tiene una amplia casa rodeada por fuerte y elevada muralla de piedras. Cu-

bre cada uno de sus cuatro ángulos un macizo torreón. En uno de los lados de la muralla se abre una ancha puerta que defienden dos baluartes laterales. En el interior hay grandes patios y corrales donde pueden, en caso ofrecido, encerrar la caballada y el ganado.

Solo con estas precauciones pueden aquellas fincas existir y defenderse de los ataques de los salvajes.

Llegado el tiempo en que debía herrarse el ganado, Carlos se despidió de Cármen ofreciéndole volver pronto y se dirijió á Santa Cruz. Ocho días habrían pasado después de su partida, cuando Cármen recibió una carta del administrador de la hacienda, en que se le noticiaba que su esposo se hallaba gravemente enfermo. Inmediatamente resolvió ponerse en camino acompañada de algunos mozos armados, para reunirse con Carlos.

No se decía que hubiese indios por aquellos rumbos y muchas semanas habían pasado sin que se volviera á tener noticia de sus acostumbradas depredaciones; por cuya razón Cármen no abrigaba temor alguno en ese sentido.

La hacienda se hallaba bastante retirada de Chihuahua, y el camino no se podía hacer en menos de dos días. El primero se paso sin ninguna novedad. Cármen estaba desesperada y hubiera querido seguir el viaje en la noche; pero los mozos y la remuda nececitaban descanso, y hubo de resignarse á pasar la noche en la posada. Al otro día, de madrugada, mandó enganchar

de nuevo, poniéndose en marcha la comitiva. Caminaron sin descansar la mayor parte del día; Cármen, impaciente, sacaba con frecuencia la cabeza por las portezuelas del coche por ver si distinguía los parduscos torreones de la hacienda de Santa Cruz; por fin, alcanzaba ya á verlos cuando de improviso se oyeron los alaridos de los apaches que al mismo tiempo se presentaron haciendo fuego sobre los mozos. A la primera descarga algunos cayeron gravemente heridos, los otros recobrados pronto de la sorpresa, resistieron parapetados tras de las ruedas del coche; pero, después de algunos momentos de pelea, todos sucumbieron no quedando con vida más que Cármen que muda de terror yacía sin sentido en el interior del carruaje. José Morán apareció, y rápido como el relámpago asió por la cintura á la infortunada joven, y la arrastró consigo en vertiginosa carrera. Los suyos le siguieron dejando en el campo los cadáveres de los que habían caido bajo sus certeros golpes.

X.

SORPRESA.

El lector ha adivinado, sin duda, que la desdichada esposa de Carlos había sido víctima de una infame celada.

El astuto Jefe de los supuestos salvajes había man-

dado á uno de los suyos con una carta para hacer salir á la incauta joven. Ya hemos visto que ésta había caido en el lazo.

Cármen estaba en poder de su implacable enemigo y este comenzaba á ver realizada su venganza; pero aún quedaba Carlos.

Morán había resuelto no esperar más. Por otra parte, comprendía que á no dar el golpe decisivo esa misma noche, su otra víctima pudiera escapársele. Preveía que era necesario obrar pronto, y así lo hizo.

Inmediatamente después de haberse apoderado de Cármen, se encaminó á la hacienda de Santa Cruz, que como hemos dicho no estaba distante. Su diabólico plan se iba cumpliendo en todos sus detalles, él, por su parte lo había previsto y arreglado todo. Sospechando que en la hacienda podría encontrar seria resistencia, pues desde sus primeras excursiones los hacendados todos estaban listos para defenderse en caso de ataque; había anticipadamente enviado al más inteligente de sus hombres á Santa Cruz en solicitud de trabajo.

Carlos, sin sospechar que aquel seria el Judas que debía venderlo, lo admitió en su servidumbre y desde luego quedó allí instalado.

Aquel infame tenía la orden de abrir sigilosamente la puerta que daba entrada al interior de la muralla, al escuchar una señal convenida.

Las diez de la noche serían cuando los incansables

bandidos rodeaban cautelosamente las murallas de la hacienda.

La noche estaba oscurísima, y un viento helado so plaba en aquellas solitarias llanuras, lo que hacía que los mozos de la finca durmieran profundamente, envueltos en sus gruesos "jorongos" de lana. Los ladridos de los perros, no eran bastantes á despertarlos; y además, estaban tan acostumbrados á ellos que esto no podía llamarles la atención.

Los asaltantes guardaban profundo silencio.

José Morán llevaba á Cármen perfectamente asegurada. Para impedir que diera voces, la habían amordazado con un pañuelo.

La desgraciada joven había, al principio, entablado desesperada lucha con su raptor; pero reconociendo la inutilidad de sus esfuerzos, dejóse al fin llevar, medio muerta de terror, sin darse cuenta de lo que le pasaba.

Morán, seguido de su gente, se acercó á la puerta de la muralla y dos veces seguidas imitó el aullido del perro; inmediatamente giraron las puertas sobre sus goznes y penetraron todos en el interior del edificio.

Bajo un corredor, en el fondo de un gran patio, había una pieza cuya puerta estaba entreabierta y al través de ella se veía, á la luz de una lámpara que opacaba un velador de color verde, á un hombre que medio acostado en un catre leía, al parecer, con profunda atención. Este hombre era Carlos....., el dueño de la hacienda.

El Jefe de los salteadores, después de dar algunas órdenes en voz baja, á Martinez, se dirijió hacia aquella pieza, llevando siempre consigo á Cármen y acompañado de dos hombres.

Cuando Carlos levantó la cabeza para darse cuenta de lo que motivaba aquel ruido, estaba ya rodeado por dos de los bandidos que, á una señal de su amo, lo habían atado con fuertes lazos.

José se había quedado en la puerta de la estancia sujetando á Cármen que hacía inútiles esfuerzos para desasirse.

Carlos vió á Cármen en poder de aquel hombre, y un rugido salió de su pecho; por su cerebro cruzaron horribles ideas.

Quiso arrojarse sobre él; pero solo consiguió caer apoyando una rodilla en tierra.

La emoción no le permitía hablar; más al fin, haciendo un esfuerzo poderoso, pronunció estas palabras:

—José, sospechaba que eras un bandido, pero no un vil cobarde que sólo vence asegurando antes á sus contrarios, y que sólo ejercita su fuerza contra débiles é indefensas mujeres. Si aún queda en tí algún resto de dignidad, mandarías desatarme los brazos y medirías tus armas con las mías; pero nó, no harás eso porque tienes miedo de encontrarte sólo conmigo!

—¡No he venido más que á matarte! respondió José procurando ocultar su despecho; lo he jurado y hoy he de cumplirlo. Por lo demás, puedes ir sin cuidado: tu mujer me pertenecerá y luego irá á hacerte compañía.

Al oir estas últimas palabras, Cármen, por medio de un desesperado esfuerzo logró desasirse y corriendo á abrazarse de Carlos, dijo á Morán, arrancándose el pañuelo que la amordazaba:

—¡Jamás seré tuya, bandido! Después, rápida como el pensamiento, arrebató un puñal á uno de los que sujetaban á su esposo, y se atravezó con él el corazón.

Morán entonces descargó su rifle sobre Carlos, que cayó encima del ensangrentado cuerpo de Cármen.

Mientras esto pasaba, los demás asaltantes habían dado muerte á todos los habitantes de la hacienda, que de las dulzuras del sueño pasaron á la eternidad. Solo un mozo había, por una rara casualidad, escapado de la cruel matanza oculto detras de uno de los baluartes que defendían la puerta

Concluido todo, después de echar afuera la caballada y saquear los objetos de valor que pudieron encontrarse, abandonaron el teatro de sus hazañas. Al salir por la puerta de la muralla dijo el Jefe á los suyos:

—Me separo porque necesito estar mañana en Chihuahua: hasta dentro de dos días nos veremos, por la tarde, en el "Paso del Águila;" que ninguno falte.

Y se lanzó á todo correr por la desierta llanura.

XI.

LA PISTA.

A las ocho de la mañana del siguiente día, al en que pasaron las trágicas escenas que acabamos de narrar,

un hombre entraba en una de las mejores casas de la Ciudad de Hidalgo del Parral, donde vivía el anciano padre de Carlos, Don Rafael V..... que á la sazón se hallaba allí, sufriendo, como con frecuencia le acaecía, un fuerte acceso de gota.

En la mañana de que venimos hablando, el anciano estaba en su estancia probando á levantarse de un cómodo sillón, cuando le anunciaron que unò de los mozos de su hacienda de Santa Cruz solicitaba hablarle. Ordenó que lo dejasen entrar.

—¿Cómo dejaste á mi hijo Carlos? preguntó luego que el hombre estuvo delante de él.

—Mi amo, respondió el mozo; no quisiera que "su merced" supiera lo que ha sucedido.....

—¡Dilo pronto! gritó Don Rafael palideciendo.

—Don Carlos, Doña Cármen y toda la gente de la hacienda, han sido muertos anoche por los indios. Yo me escapé milagrosamente escondiéndome detras de uno de los baluartes.

Al oír esto, el anciano se desplomó en el sillón; sus piernas doblándose á impulsos de profunda conmoción moral, no podían sostonerlo; apretó los puños con desesperación y en su semblante se dibujó una angustia horrible. Largo rato permaneció en silencio como anodado. Por fin, alzó la cabeza y dijo con voz en que podía adivinarse un furor concentrado:

—¡Daría cuanto poseo por tener en mis manos á los asesinos de mi hijo!

—Si "su merced" tiene confianza en mi, dijo Anto-

nio el mozo de Santa Cruz, yo me comprometo á entregarlos.

—Tú? preguntó dudando Don Rafael.

—Yo, mi amo. Los indios antes de dejar la hacienda, y creyendo que no había ya en la casa ningún viviente, hablaron en voz alta en la muralla, donde yo estaba escondido. Uno, que creo que fué el capitán, les dijo que los esperaba mañana, en la tarde, en un punto de la sierra que yo conozco.

Pues bien; dijo Don Rafael regocijándose con la idea de la venganza; si me traes la cabeza de ese capitán, seré rico: te daré en oro lo que ella pese.

—Que se me dé la gente necesaria, y "su merced" quedará servido, respondió Antonio.

El angustiado padre dió parte de lo ocurrido á la autoridad, é inmediatamente se alistaron veinte hombres bien armados, y todos ellos acostumbrados hacía mucho tiempo á esta clase de campañas.

El mozo Antonio se incorporó á aquella fuerza en calidad de guía, pues como él lo había dicho, conocía perfectamente la parte de la Sierra que iban á explorar. Para mayor seguridad, iba también el indio Cruz. Este indio había sido cogido á los salvajes cuando casi era un niño y por su valor, astucia y conocimiento que tenía de las costumbres de las tribus errantes, prestaba grandes servicios á las fuerzas que los perseguían.

La noticia de los horrorosos asesinatos de la hacienda de Santa Cruz, se había esparcido por todas partes. Ya nadie creía que aquellos hechos fueran obra de

verdaderos salvajes; enlazando todas las circunstancias y refleccionando en algunos de los crímenes anteriores, todos sospechaban que allí se ocultaba algún misterio, y la curiosidad de descubrirlo se había manifestado vivamente.

Al fin iba á descifrarse aquel enigma.

XII.

EL LOBO COGIDO EN SU MADRIGUERA.

Los veinte hombres de que antes hemos hablado, emprendieron á buena hora la marcha rumbo al Paso del Águila donde esperaban hallar al día siguiente á los asaltantes de Santa Cruz.

Para no espantar la caza se dirijieron por caminos solo conocidos del indio Cruz, tomando todas las precauciones que creyeron oportunas.

Después de muchas horas de fatigosa marcha, la guerrilla hacía alto á corta distancia del Paso de Águila.

Serían apenas las cinco de la tarde y era prudente esperar que el sol se ocultara para no malograr la empresa. Así lo hicieron ocultándose con cuidado detras de los matorrales y de las peñas.

El indio Cruz conocía muy bien la cueva que había en el Paso del Águila. Con su sagacidad natural comprendió que los bandidos debían alojarse en ella, y en consecuencia, determino hacer una exploración

en aquel lugar. Saltando como un gato montés por los precipicios; deslizándose como una culebra por entre los peñascos y matorrales; logró al cabo de un rato situarse enfrente de la cueva. Dos horas habrían pasado desde que se había puesto en asecho, cuando vió llegar hasta seis hombres montados que fueron penetrando en la guarida; paso media hora más y aparecieron otros tres, poco después otro. Muy bien, dijo el indio para sí: no deben faltar muchos. Trascurrieron otros momentos, y nadie llegó. La oscuridad de la noche aumentaba y el indio Cruz juzgó oportuno reunirse á sus compañeros para dar el asalto. Sin duda estaban ya reunidos todos los bandidos.

Los veinte hombres se pusieron en marcha y bien pronto se posesionaron de las entradas de la cueva, sin ser sentidos.

Repentinamente resonó una descarga: seis de los fingidos salvajes, que rodeaban una gran luminaria, quedaron tendidos, los otros se metieron á lo más profundo de la cueva haciendo fuego sobre sus contrarios; pero fueron alcanzados muriendo dos más. Otros dos que quedaban, fueron heridos y prisioneros.

Uno de ellos era Martinez, el segundo en Jefe de la banda. A este se dirijió el comandante de la guerrilla, diciéndole:

Te fusilo en el acto si no dices verdad en lo que voy á preguntarte. ¿Eras tú el capitán de estos foragidos?

—El capitán llegará más tarde, respondió Martinez acobardado por las heridas y por la amenaza.

—¿Faltan algunos de tus compañeros ó aquí están todos?

—No falta más que él, añadió Martinez.

Entonces el Jefe de la guerrilla dió orden que los heridos fueran llevados al rincón más profundo de la gruta donde sus quejidos no pudieran ser oídos; mandó igualmente retirar los cadáveres y esperó guardando profundo silencio. Largo rato permaneció así, hasta que se oyeron á corta distancia los pasos de un caballo que se acercaba. A poco apareció un ginete que no era otro que José Morán.

Empezaba éste á entrar á su escondite, cuando fué rodeado por un grupo de hombres que lo sugetaron con fuerza tendiéndolo en el suelo.

La batida había concluido. No era de esperarse que hubiera en aquel lugar más bandidos, en consecuencia se ordenó la retirada, conduciendo á los prisioneros.

XIII.

LA JUSTICIA OBRA.

José Morán y sus dos compañeros heridos llegaron á Hidalgo del Parral conducidos por sus aprehensores.

Gran sensación causó en la Ciudad este acontecimiento, pues nadie creía que aquel joven miembro de

una familia distinguida y dueño de una gran fortuna, fuese el autor de tan negros crímenes como los que en aquellos días se habían cometido.

Sin pérdida de tiempo comenzó á instruirse la causa á los tres presos; y al inquirir los hechos pasados, los mismos reos confesaron atentados y crímenes que en su mayor parte eran desconocidos y cuyos detalles horrorizaban.

De la causa se desprendía que si bien un amor contrariado había podido exacerbar á Morán empujándolo por el sendero del crímen; aquella pasión no correspondida no era bastante á explicar, ni mucho menos á atenuar los horribles delitos que aquel joven había perpetrado, y sobre todo, la fría ferocidad que en todos ellos se descubría.

Reflexionando, podía creerse más bien que en José Morán había mucho del instinto salvaje, que en su larga permanencia entre las tribus bárbaras, se le había inoculado sobreponiéndose á todas las nociones civilizadoras que después había recibido; algo del odio inestingible que el salvaje tiene al hombre civilizado, y que José había absorvido en los primeros años de su juventud, como absorve la planta las materias colorantes que marcan en ella un sello indeleble.

¿Se gravarán en las circunvoluciones del cerebro las impresiones de la niñez tan firmemente como se fijan las imágenes en la cámara oscura? ¿Nacerán ciertos hombres con el instinto del crímen, viéndose después empujados á cometerlos por una especie de estado

morboso que se manifestaría por impulsos irresistibles é inconscientes, en cuyo caso la pena de muerte sería otro crímen opuesto al primero?

La atribulada familia de Morán pretendía salvarlo á toda costa; pero si el Juez, en asuntos menos ruidosos hubiera podido ablandarse con las dádivas, en el caso presente era tal la notoriedad de los hechos y tal su gravedad, que no solamenten no podía acceder, sino que al contrario, le era preciso hacer alarde de rectitud, enerjía y actividad.

Si á esto se añade que D. Rafael, por su parte, puso en juego todo su influjo para obtener justa y cumplida venganza; fácilmente se compredérá que no habían pasado dos meses, y ya los tres reos habían sido sentenciados á la última pena.

La sentencia prevenía que después de ser fusilados los reos, fuesen puestos en la horca, á la espectación pública.

A los dos días de pronunciada la sentencia se ejecutó en presencia de casi todos los habitantes del Parral que concurrieron en masa á presenciar un acontecimiento que raras veces se les presentaba.

José Morán murió con enteresa; solo un recuerdo lo hizo flaquear por un momento al pisar el patíbulo: el recuerdo del pobre pastor que hizo morir de hambre y de sed.

Algunas horas después de la ejecución, los cadáveres de los tres criminales, eran llevados á la hacienda de

Santa Cruz y colgados de una viga, á la orilla del camino, frente á la puerta de la muralla.

XIV.

VENGANZA SATISFECHA.

La misma noche del día en que los reos fueron ejecutados, Antonio, el mozo de Santa Cruz, se presentó en la estancia de D. Rafael.

El anciano estaba sentado en su sillón donde la gota lo tenía clavado.

Sin poder salir de su casa, durante el ruidoso proceso, á causa de la enfermedad; ya hemos dicho que había interpuesto todo su influjo hasta conseguir el condigno castigo de los asesinos.

Su venganza estaba satisfecha; pero quedaba en su pecho un dolor oculto: no le había sido posible saciarse en la agonía de Morán, y ni áun siquiera había podido verlo.

Para satisfacer este extraño deseo, había encargado á Antonio que le llevase la cabeza de Morán. Antonio cumplió fácilmente el encargo de su amo. Dirijióse á Santa Cruz donde ayudado de una escalera subió y cortó el lazo que sostenía suspendido el cadáver: éste cayó al suelo y allí separó la cabeza del tronco; en seguida la cubrió cnidadosamente y se la llevó á Don Rafael.

La noche en que hemos dicho que Antonio se presentó en la casa de Don Rafael, llevaba oculta bajo su zarape, la cabeza de Morán.

Al verlo, el vengativo padre lo comprendió todo, porque le dijo, con voz que manifestaba anciedad:

—Pon eso aquí, delante, sobre la meza.....!

Antonio descubrió la hirsuta cabeza y la colocó donde su amo ordenaba.

—Bien; dijo D. Rafael.—Has satisfecho mi deseo. Yo te haré rico.

En seguida se puso á contemplar aquel despojo ensangrentado.

Su mirada se iluminó; dibujóse en sus labios una sonrisa de satisfacción; gran rato la miró arrobado como si quisiera prolongar indefinidamente el goce supremo de su venganza satisfecha.

Por fin, salió de aquel éxtasis, y cogiendo la cabeza por la encrespada cabellera, la sacudió con furor diciendo:

—¡Bandido! devuélveme á mi hijo!!; luego la arrojó contra el suelo donde rebotó pesadamente.

Después de un breve rato en que pareció volver de aquel acceso de locura, levantóse con trabajo; abrió una caja que tenía inmediata y dijo á Antonio sacando puñados de oro:

—Toma, recibe el premio de tu fidelidad; y vació un montón de las amarillas monedas en el zarape del azorado mozo.

Cuando hubo puesto una gran cantidad, añadió:

—Puedes retirarte con eso que es tuyo; y si lo que te he dado no alcanza á pesar lo que esa infame cabeza, cual te lo prometí, vuelve por más.....

Antonio salió recogiendo la cabeza del suelo, y D. Rafael se acomodó en su sillón cerrando los ojos, para acariciar mejor su terrible venganza.

———o-o-o———

La Barranca de Jamapa

I

Hallábame una noche perezosamente reclinado sobre mi mesa de estudio, saboreando con íntimo placer la lectura del interesante libro de Silvio Pellico titulado "Mis prisiones".

Admiraba aquella alma gigante, á aquel hombre abnegado que en medio de los más atroces sufrimientos sólo tenía palabras de perdón y olvido para lás inauditas injusticias de sus verdugos.

Me sacó de este agradable entretenimiento, la llegada de un amigo con quien há tiempo me ligan los lazos del más sincero afecto.

Nos dimos un apretón de mano, y después de conversar breve rato sobre asuntos de poco interés, le dije:

—¿Sabes que algunos amigos proyectan una excursión al Popocatépetl?—He sido formalmente invitado y no dudo que nos acompañarás.

—No me es posible, contestó; tengo entre manos algunos negocios que me lo impiden absolutamente. Bien sabe Dios cuánto deploro esta circunstancia, pues sabes que en tratándose de viajes estoy en mi elemento: especialmente al Popocatepetl. Sin duda que recibiría allí magníficas impresiones, como las que tuve al visitar el Pico de Orizaba, el arrogante Citlaltepetl. Aún no pueden borrarse de mi memoria las peripecias de aquel viaje.

—¿Con que hubo peripecias? Pues tendría gusto en que me las refirieras con todos sus puntos y comas.

—Escucha, respondió; y mi amigo empezó así su narración:

"Estaba para terminar el mes de Noviembre de 188.....

"En aquellos días acababa yo de sustentar un exámen público, y de aquella prueba había quedado absolutamente descontento de mí.

Tenía la conciencia del ridículo en que había caído, y en mi desesperación llegaba hasta á dudar de los conocimientos que había adquirido durante cinco años de constante estudio.

"Pareciáme que todo aquel trabajo se había evaporado sin dejar más huella en mi cerebro que la que deja en el vaso la gota de agua que se evapora.

Era aquel un terrible golpe, no á mi orgullo, porque nunca lo he tenido, sí á mi amor propio y á mi dignidad.

"Cuando reflexionaba en los detalles de aquel acto, mi imaginación acalorada les daba proporciones gigantescas y los revestía de colores negrísimos. Preguntábame ¿cómo pudo ser que en aquellos momentos lo olvidase todo hasta los asuntos más comunes y triviales, que un cuarto de hora ántes hubiera podido repetir con facilidad? ¿Qué obnubilasión de inteligencia fué aquella en que la entorpecida lengua tergiversaba las palabras y estropeaba lastimosamente el idioma? ¿Por qué he visto, me decía, á algunos de los compañeros que jamás se han distinguido ni por su inteligencia ni por su aplicación, salir airosos de pruebas semejantes á costa de un pequeño esfuerzo?

¿Habrá en realidad algo de eso que se llama "suerte" á falta de otra denominación más racional, que decide ilógica é inopinadamente de algunos de los actos de la vida? ¿O será que por circunstancias aplicables solo á mí, había yo dado á aquel acto un carácter de gravedad excepcional que no solían darle los demás, preocupándome, imponiéndome de tal modo, que paralizaba mi cerebro y me hacía desbarrar por completo?

"Estas y otras ideas me asaltaban en confuso tropel; mi frente ardía y en mi atormentado espíritu se agitaba terrible tempestad.

"Parecíame escuchar por todas partes las risillas mal ocultas de los compañeros, y ver vagar en sus semblantes el gozo apénas comprimido que acarrea siempre el mal éxito del compañero "queridísimo".

"Presa de esta tremenda agitación, de este estado próximo á la locura, pensé en un epílogo que concordaba perfectamente por lo ridículo y lo absurdo con el prólogo de la historia: se me ocurría el suicidio. Toda una noche, que ha sido sin duda una de las más amargas de mi vida, me acosó esta idea.

Ignoro si me faltó valor para llevarla á cabo ó si la aurora del día siguiente y el agradable frescor de la mañana, trajeron á mi acalorada imaginación reflexiones ó ideas menos sombrías; lo cierto es que mi espíritu se calmó y tomando una determinación me levanté violentamente de la silla en que había pasado la noche, y colocando en mi saco de viaje lo más indispensable para una larga expedición, me dirijí á la estación de Buena Vista, donde tomé boleto de pasaje para Orizaba, en el ferrocarril de Veracruz.

"Aún no amanecía enteramente y en consecuencia faltaba algún tiempo para partir; me instalé, sin embargo, en un Wagon que hallé desierto y me acomodé en un asiento reanudando el hilo de mis interrumpidos pensamientos.

"Sí, me decía, salgamos de esta ciudad cuya atmósfera me ahoga; busquemos en la soledad y en las inimitables bellezas de la naturaleza el bálsamo que cure las heridas del alma; ¡heridas cien veces más dolorosas que las del cuerpo!—Opongamos el saludable sacudimiento que en nuestro espíritu produzca la vista del gigantesco Pico de Orizaba á la horrible tempes-

tad que en nuestro interior se ha desencadenado. Al menos no sucumbanos sin luchar: ¡adelante!

"Pareció que mi última exclamación había sido la orden de marcha, por que inmediatamente se dejó oir el silvato de la máquina; á poco el tren comenzó á moverse lentamente, como el gladiador que poco á poco sacude sus membrudos brazos y mide sus fuerzas antes de entrar al combate; en seguida partimos con gran velocidad atravesando los alegres campos.

II.

"El aire embalsamado de la campiña; las alegres y animadas conversaciones que sostenían los compañeros de viaje; el panorama bellísimo que á nuestra vista se desarrollaba, presentándose, á semejanza de los cuadros disolventes, lindas casas de campo, arboledas frondosas, extensos lagos surcados aquí y allí por las primitivas canoas indias ó bien, limitando el horizonte, las enhiestas moles del Popocatepetl y el Ixtlasihuatl; todo para desaparecer y dar lugar á nuevos paisajes.

"Esto, sin duda produjo en mí saludable reacción, haciéndome olvidar las amargas horas pasadas: me entregué por completo á la contemplación y á los placeres del viaje.

Muy cerca del lugar que yo ocupaba, iba un caba-

llero de edad provecta, con el que bien pronto entablé animada conversación.

"Hablamos de las atrevidísimas obras emprendidas en la vía que recorríamos; obras que más parecen de gigantes que de hombres; de la perforación de montañas como la del "Chiquihuite"; de los elegantes á la vez que sólidos puentes, algunos de ellos de más de cuarenta varas de longitud, suspendidos á los bordes de inaccesibles precipicios, tan profundos, que algunos como el de Maltrata, tienen más de mil doscientas varas de profundidad; de las empinadas rampas por donde poderosas locomotoras remolcan el enorme peso de los trenes de carga y de pasajeros, hasta elevar los á cimas donde tienen su asiento las nubes.

"Admirábamos la solidez de aquellos rieles, que ya bordean las abruptas faldas de la montaña, implantados como por arte de magia sobre la viva roca; ya descienden por rapidísimas pendientes; ya, en fin forman difíciles y elegantes curbas.

"Agotado el tema, y en una que fué para mí brusca y desagradable transición, mi interlocutor hizo girar la conversación sobre los acontecimientos políticos de actualidad. Yo escuchaba pacientemente sus razonamientos, y cuando pude, quizá aprovechando alguna invitación suya para hablar, hice así lo que bien pudiera llamar mi profesión de fé:

"Me repugna profundamente la política, le dije. Corro el riesgo de que me juzgue Ud. semisalvaje, al oirme emitir una opinión tan franca como exabrupta.

Me podrá Ud. decir que todo hombre medianamente ilustrado tiene el derecho, el deber si se quiere de inmiscuirse en los asuntos públicos; de ayudar hasta donde sus fuerzas se lo permitan al movimiento de la máquina gubernativa, especialmente en un país que, como el nuestro, se rige por las instituciones republicanas: estamos de acuerdo. Pero he visto tantas humillaciones y tantas bajezas para obtener un miserable empleo, ó, como quien dice, para constituirse en la más insignificante rueda de esa máquina; he descubierto tanta falsedad en los llamados políticos que se dan la mano y se sonrien cuando se odian y se desprecian mutuamente: sé de tantas hermanas y esposas vendidas á la ambición y sacrificadas por el vil interes; conozco tantas nulidades ocupando los escañones del Congreso ó del Senado, á donde no han llevado otros títulos que su ignorancia supina, el atrevimiento inaudito ó la extrema facilidad de encorbar su espina dorzal ante el menor gesto del mandatario; que no tengo reparo en decirlo: declino gustoso el derecho que pudiera tener en el participio de los asuntos públicos. Para mí el leñador que trabaja día á día en estos bosques, es más digno y más feliz que el más encumbrado de los políticos.

"El Señor C....., respondió algo desazonado:

—Creo que es Ud. pesimista y que toca los extremos; no todos son como Ud. los pinta: hay excepciones.

—Sí señor, las hay, le respondí; y muy honrosas por lo mismo que son muy escasas.

La conversación terminó. Después tuve la pena de saber que el Sr. C.....era diputado, y que estando para terminar su periodo, iba á "trabajar" con el Gobierno del Estado para su relección.

"Un movimiento en masa que los demás viajeros hicieron á uno de los lados del Wagon, me hizo casi automáticamente trasladarme hacia aquel lado. Habiamos comenzado á descender y estábamos en el puente de Maltrata. A nuestra izquierda veíamos de trecho en trecho montones de negras rocas, masas de lava volcánica solidificada por el tiempo y que parecen hechas mil pedazos por el martillo de los titanes en furiosa lucha; á la derecha, á más de mil doscientas varas de profundidad, el risueño valle de Maltrata, donde se ven las casas, las torres y las calles de la población, tan pequeñas, que se figura uno ver un pueblo de li liputienses. El tren seguía bajando y nuevos horizontes se desarrollaban á nuestra vista; al fin, acabamos de descender, y cruzamos á la orilla de Maltrata, divisando de allí la "Boca del monte;" en seguida atravesamos ésta y vimos á corta distancia el "Ingenio," población sumamente pintoresca y fértil y que dista de Orizaba como unas dos leguas. Por fin, como á las cuatro de la tarde llegamos á esta última Ciudad.

"Orizaba puede llamarse, sin hipérbole, el jardín del verjel veracruzano, como creo que la llamó uno de sus poetas.

"Es una grande Ciudad cuyas casas de tejados rojizos, que traen luego á la memoria las poblaciones de

la tierra caliente; sus esbeltas torres, sus cúpulas blanquecinas y sus altos miradores, sobresalen apenas por entre un verdadero bosque de naranjos, limoneros y palmeras. Rodeada de altas montañas, entre las que se cuenta el histórico cerro del "Borrego;" surgiendo allá, en uno de sus confines, el arrogante Pico al que da su nombre; cruzada por fuentes cristalinas y arrullada por resonantes cascadas; al mirarla tan bella, mi alma sintió cierta fruición, cierta agradable melancolía. Acudieron á mi memoria algunos de los cantos de Trueba; y parecióme aquel un oculto paraíso donde adormido por el himno constante que la naturaleza eleva á Dios podría vivir y morir quieto y feliz.

"Deseoso de acercarme al Citlaltepetl, después de haber permoctado en Orizaba, salí al siguiente día con dirección á la villa de San Juan Coscomatepec, distante siete leguas de aquella ciudad y situada al pie del volcán.

"Cuatro horas de fatigosa marcha por un camino escarpadísimo, fueron suficientes para llegar á la citada villa, á la que llegué sano y salvo.

"San Juan Coscomatepec debe contar unos cuatro mil habitantes.

"Situada en su mayor parte sobre una elevada loma, sus casas y calles participan de la irregularidad del terreno. No hay allí más que un templo, que estaban levantando pues dos ó tres veces ha sido destruido por los temblores que son muy frecuentes.

"En los barrios bajos de la población se ven frondo-

sas huertas que demuestran la asombrosa fertilidad de aquellos lugares.

"Sus habitantes son de amable trato y hospitalarios.

"Siete leguas de un mal camino andadas en un caballo de alquiler, es una ración suficiente para moler el cuerpo mejor constituido; á sí fué que después de dar un lijero paseo por la población, me retiré á mi alojamiento y me entregué á las dulzuras del sueño.

III.

Me levanté de mañana. Deseaba ávidamente mirar hasta saciarme el soberbio volcán á cuyo pie me hallaba. Al efecto, subí á una pequeña eminencia desde la cual pude verlo todo.

"Aquella inmensa mole asentada sobre una cadena de grandes montañas que le sirven como de escabel, elevándose orgullosa hasta hundir su agudo pico en las nubes que le forman como una inmensa corona, como un gran penacho donde á veces fulgura el relámpago y retumba el trueno; me tenía absorto. Poco á poco los rayos del sol naciente fueron disipando aquel grupo de nubes y al descubrir el blanquísimo manto de nieve que rodea al cráter, se reflejaron en él tiñéndolo de un color rosa pálido, primero, de amarillo de ambar en seguida para quedar al fin de un hermoso

blanco azulado. Estos cambiantes, al desvanecerse, iban produciendo matices que ningún pintor es capaz de imitar.

"Disipados por completo los vapores que, cual un gran gorro de dormir, ceñían la frente del gigante, pude abarcar con la vista toda la cima emblanquecida por perpétuos hielos.

"No se si mi imaginación soñadora le dió forma á aquella masa blanca; ignoro si solo fué una ilusión de óptica; pero es lo cierto que creí ver allí algo semejante á la estátua de Colón, tal como la he visto modelada.

De pié, con la cabeza erguida y orlada por rizada melena; la escrutadora mirada intentando penetrar más allá del horizonte visible; con la siniestra mano sobre el pecho y señalando con la diestra algún objeto lejano.

"Al arrancarme de aquella contemplación, pregunté á algunos de los vecinos si nunca les había parecido ver en el cráter, algo parecido á la forma de un hombre; y en todos descubrí cierta extrañeza al oír la pregunta. Pensé entonces que esto era muy natural: aquellas honradas gentes veían el volcán como pudieran ver sus más insignificantes objetos; lo tenían como quien dice en casa, y no había ninguna necesidad de fijarse en él.

"Aunque yo deseaba arreglar la excursión al volcán para el día siguiente, algunas de las personas que debían guiarme y favorecerme con su compañía, me hi-

cieron aplazar para más tarde la expedición, aconsejándome que esperase mejor tiempo, pues, en efecto, la niebla y las lluvias no cesaban y el camino, que ellos conocían perfectamente, debía estar intransitable. Resigneme, por lo mismo, á esperar, visitando con frecuencia, para pasar agradablemente el tiempo, á algunas familias con las que había sido presentado. Una tarde se proyectó un paseo de campo, una merienda en un rancho inmediato; y como fuí de los primeros invitados, concurrí con gusto á dicho paseo.

"El citado rancho estaba formado de una casita de tejamanil, un corral adyacente en el que vagaban, en fraternal confusión, cerdos, gallinas, cabras, patos y algunos otros animales domésticos, y un huertecillo cubierto de plátanos, de otros árboles frutales y una gran variedad de flores.

"En el corredor de la casita se extendieron algunas pieles, y sobre ellas un blanco mantel. Nos sentamos como pudimos al rededor de aquella mesa bastante primitiva, y á los alegres acordes de una guitarra, merendamos con verdadero apetito.

"Terminado el banquete campestre, nos dispersamos en grupos para recorrer los alrededores.

"La tarde estaba hermosísima y convidaba á vagar por aquellos sitios.

"Uno de los compañeros de paseo me preguntó si deseaba conocer la Barranca de Jamapa que teníamos cerca de allí. Manifesté hallarme dispuesto á seguirle, y en breves momentos llegamos á ella.

"Nace esta barranca en las vertientes del volcán de Orizaba y después de formar varias curbas en un largo trayecto, se pierde en el cantón de Córdoba. Su aspecto es imponente y agreste. En la mayor parte de su extensión tiene gran profundidad; en sus ásperas y pendientes quebradas, crecen árboles gigantescos, y en su fondo corre un río que se vé desde arriba, como una delgada cinta de plata.

"Parado en el borde de aquel precipicio examinaba yo, con profunda curiosidad, todos los accidentes del terreno, cuando mi guía me dijo señalando con el dedo:

—¿Ve vd. aquel punto blanco?

—Le veo, respondí.

—Pues es un puente; es el camino que conduce de nuestro pueblo á Huatusco.—Ahí acabó el 7°.

—Qué 7°? le pregunté

—Es ese un episodio de nuestras guerras intestinas que voy á referirle; puedo hacerlo, porque fuí actor en él.

"Sin duda conoce Ud. la mayor parte de los episodios de aquella gran lucha de Reforma; cuando la guerra ardía por todos los ámbitos de la República, y las pasiones políticas y el enardecimiento de los ánimos habian llegado á tal grado que los combates sostenidos en la vasta extensión del país, podían contarse por el número de días que tiene el año.

"Dos partidos políticos se hallaban entonces en la liza; dos bandos poderosos cuya existencia simultánea

era imposible tanto en el orden físico como en el orden moral.

"Excluíanse mutuamente como se excluyen la luz y las sombras, el agua y el fuego.

"Porque sus tendencias y aspiraciones eran total y radicalmente opuestas, como son opuestos los polos de una esfera.

"El partido conservador, creado y sostedido por el clero, de tal modo que no eran más que una misma y sola entidad moral, propendía al "statu quo" y volvía sus miradas hacia atras aferrándose á las tradiciones del pasado.

"Acostumbrados los miembros del clero, á dominar en todas las conciencias y á disponer del bolsillo de todos; gozando ellos solos, como hijos predilectos de Dios, del esquilmo de las ovejas; llevando una vida cómoda y regalada que participaba á la vez de las delicias del cielo, por lo que tenían de sagrado y espiritual y de los sensuales goces de la tierra por las condiciones materiales de la carne de la que como todos estaban revestidos, no podían ver sin cólera que las ovejas se les quisiesen sustraer, que el dominio sobre las conciencias se les escapase, y de aquí que anatematizaran las innovaciones proclamadas por unos hombres que calificaban de impíos y heréticos; de aquí que miraran con terror las reformas que asomaban en el porvenir.

El partido liberal y progresista, no creía en el origen divino de sus adversarios. Veía en el clero católico una secta digna, como cualquiera otra de respeto en lo

relativo á sus creencias religiosas; pero le negaba absolutamente el derecho de inmiscuirse en los asuntos temporales; de armar ejércitos con las cuantiosas sumas que había sabido atesorar valiéndose de medios que reprobaban la moral y la justicia, para ahogar la voz de la prensa, matar el libre exámen, fomentar la ignorancia y el fanatismo, y perpetuar así su omnímodo poder á costa de la sangre de sus hermanos.

"De aquí que ese partido luchara sin descanso por la conquista de las libertades públicas; por el afianzamiento de las ideas de progreso que poco á poco y á través de grandes ostáculos, se habían implantado en el país; por la tolerancia de todas las religiones y la independecia de todas las conciencias; por la igualdad de todos los hombres ante Dios y la ley; por la abolición de las preeminencias no justificadas y de los despóticos fueros; por el aseguramiento en fin, de todos los derechos del hombre.

"Pero para la conquista de todo eso, corrieron torrentes de sangre y se registraron combates terribles y y heróicos, como el que aquí pasó: Escúcheme usted.

"Un día, el General reaccionario D. Marcelino Cobos ocupó la Villa de Coscomatepec con un cuerpo de ejército de más de 2,000 hombres.

"Aquel movimiento no era un simple paseo militar: el Jefe conservador era perseguido por el Gral. D. Ignacio de la Llave, Gobernador constitucional del Estado, que pernoctaba en la vecina población de Huatus-

co, y que al día siguiente debía avanzar sobre esta plaza, como en efecto lo verificó.

"Cobos, desoyendo las observaciones que le hicieron algunos de sus oficiales, para que se hiciera fuerte dentro del pueblo, aprovechando su ventajosa situación topográfica; después de una noche de descanso dada á sus tropas, se dirijió á esta barranca y se posesionó del puente para interceptar el paso al General Llave. Este no se hizo esperar mucho: como á las diez de la mañana de ese día, se presentó frente al enemigo y el combate empezó.

"El puente era el único paso y era preciso forzarlo. Las tropas liberales, formadas en columna cerrada, avanzaron con denuedo sobre la formidable posición, y fueron recibidos con nutridísimo fuego. A cada paso hacia adelante, la artillería enemiga abría grandes brechas en sus filas; pero seguían avanzando. Por fin, llegaron á uno de los extremos del puente apoyándose la cabeza de la columna en las anfractuosidades que allí presenta el terreno.

"Desde ese momento la lucha se hizo cada vez más encarnizada. Cuatro veces los asaltantes llegaron hasta más allá de la medianía del puente, y otras tantas hubieron de retroceder á sus primitivos puntos dejando el camino cubierto de cadáveres. De repente la vanguardia de las tropas constitucionalistas pidió parque; pero el parque se había acabado.

"¡Qué se sostengan á la arma blanca! gritó el Gral.

Llave; y se trabó entonces una espantosa lucha á la bayoneta.

"Las fuerzas reaccionarias adquirían ya visibles ventajas sobre sus adversarios, cuando llegó una mula cargada de parque que había sido enviada de Huatusco. Esto decidió el combate. Reanimadas las tropas de Lla ve, cargaron con verdadera desesperación y arrollaron al fin, á los enemigos persiguiéndolos hasta cruzar el puente y haciéndolos huír en desorden.

"Siete horas se había prolongado la lucha: empezó á las diez de la mañana y concluyó á las cinco de la tarde.

"El humo de los disparos cubría el puente y sus alrededores: cuando se disipó, vieronse allí montones de mutilados cadáveres, en confusa mezcla con los heridos. Algunos de estos infelices, se arrastraban para bajar al río acosados por la sed: El cuadro no podía ser más espantoso.

"Más de la tercera parte del ejército constitucionalista había sucumbido allí. En cuanto á los contrarios sus pérdidas fueron mayores; muy pocos se salvaron. El 7º batallón de línea, que era lo más florido de las tropas de Cobos, quedó todo, tendido en el campo.

"Allí cayó también gravemente herido combatiendo á las órdenes de Cobos, con notable valor, el entonces capitán D. Manuel Gonzalez, hoy Presidente de la República. Tuvo la fortuna de haber sido recogido por un indígena de Coscomatepec que lo cargó en hombros, lo llevó á su casa y curó sus heridas.

"La interesante relación había concluido. Dirijí una última mirada á aquella barranca donde tanta sangre mexicana había corrido, y me retiré repitiendo estos versos del poeta michoacano D. Jesus Echaiz.

Rico manto de flores perfumadas
Cubre el risueño mexicano eden;
De tumbas ignoradas
Cubierto está también.

"En seguida volvimos al rancho, donde nos esperaban para regresar al pueblo.

"Entre las jovenes que habían concurrido al paseo, iba una que me impresionó vivamente. Su sencillo vestido de gasa modelando un esbelto talle; sus facciones delicadas; sus bellísimos ojos que lanzaban miradas apacibles comunicándole cierto aire de candor; el tierno y natural acento de su voz; la cabellera rubia rodeando su hermosa cabeza y llevando como único adorno prisionera en sus trenzas, una azucena blanca: Este bellísimo conjunto despertó en mi corazón sentimientos que yo ya creía muertos para siempre.

Parecíame ver en aquella modesta joven, sin la ficción y sin el amaneramiento tan común en las mujeres de la corte á la María de Jorge Isaacs, tierna sencilla y apasionada.

Durante la merienda, le había yo dirijido algunas miradas que más de una vez se habían encontrado con las suyas, y entonces, sus mejillas se teñían ligeramente de rojo, haciéndola más bella é interesante.

El sol se iba á ocultar y pensamos en el regreso: Ofrecí el brazo á la hermosa joven y lo aceptó.

Nos volvimos por un sendero más corto que el que habíamos llevado á la ida, aunque más escarpado. ¡Cómo hubiera querido prolongar aquellas horas! Escuchaba aquella voz dulcísima que conmovía profundamente todo mi sér; sentía apoyarse su brazo sobre el mío; me parecía oír los latidos de su corazón agitado. ¿Había yo tenido la dicha de despertar en aquella alma virgen algún sentimiento duradero y profundo hasta entonces desconocido para ella?

Varias veces separándome de ella un momento, trepaba por las peñas y cortaba algunas flores silvestres que iba en seguida á ofrecerle.

Comenzábamos ya á divisar las casas del pueblo. En cierto momento no pude contenerme y le dije casi al oído y estrechando suavemente su brazo contra el mío: ¡Cuán feliz he sido esta tarde! Rosario. De los rocuerdos de mi vida, este no desaparecerá jamás. Ha logrado Vd. con su presencia revivir un corazón que mucho tiempo hace estaba muerto. Quisiera que Dios me concediera la dicha de vivir para siempre en estos lugares que son para mí el paraíso.

Y, ¿quién se lo impide á Vd? me respondió turbada, retirando su mano temblorosa de entre las mías.

Algunos de los compañeros, que se acercaron, interrumpieron nuestra conversación.

Habíamos, entretanto, llegado al pueblo; y acompañándola hasta su casa, me despedí llevando la cabeza

henchida de alagüeñas ideas y el corazón rebosando de felicidad.

Cerca de un mes pasé así, separado del mundo real para vivir de ilusiones y esperanzas.

Había, por entonces, desistido de la ascención al volcán obligado á ello por el mal tiempo: en efecto aunque no estábamos en la estación de aguas, las lluvias se habían establecido como sucede con frecuencia en aquellas regiones, y no era posible dar un paso por los caminos.

Un día, cuando menos lo esperaba, recibí algunas cartas que me ponían en la imprescindible necesidad de volver á la Capital; no tenía otro recurso. Hice los preparativos de viaje, me despedí de mis relaciones, escribí una carta de despedida á Rosario; francamente no tenía valor para ver, quizá por la última vez, á aquella joven cuya tranquilidad tenía yo la conciencia de haber perturbado.

Salí desesperado de la población, rumbo á Orizaba donde debía tomar el ferrocarril.

Cuando los accidentes del camino me obligaban á volver á ver las casas del pueblo y el soberbio Pico de Orizaba, veía en aquellos sitios dibujarse la querida imagen de Rosario.

LOS NIÑOS COMPRADOS.

———o-o-o———

A principios de Enero de 187..... fuí llamado á una casa del barrio de Santa Ana para impartir los auxilios médicos á la Señora Doña Carlota N. que acababa de caer enferma de pulmonía. Hice lo poco que supe en contra de la enfermedad, y la Naturaleza lo mucho que pudo, y á los 15 días la enferma dejaba la cama colgándome el milagro de que la había sanado, con cuyo milagro no tuve inconveniente en cargar, á pesar de que no estaba muy convencido de haberlo hecho.

Lo que he dicho hasta aquí, no ofrece nada de particular; pero sí debe extrañarse que la Señora Doña Carlota y su estimable esposo juzgando, muy desacertadamente, que me debían algo más que el peso de la visita que con muchísima puntualidad me pagaban, me llenasen de regalos hasta el grado de ponerme colorado de mortificación, y me colmasen de atenciones, lo que me tiene profundamente agradecido.

De aquí nació una grande amistad que hasta la fecha

nos liga, y de aquí también que yo nunca falte á las fiestas íntimas de esa familia.

Esta se compone del jefe de ella, D. Pablo Curazao, honrado portugués que hace luengos años vino á México, donde se estableció, según él dice, para siempre; de su esposa la Señora Doña Carlota, hija de un empleado del Gobierno que, mientras vivió, sostuvo á su familia con algún desahogo, pero que murió en la mayor miseria; y de tres pimpollos, dos varoncitos como de once años el uno y doce el otro llamados Luis y Pepe, y una linda niña que debe contar ahora unos catorce abriles á quien bautizaron con el bonito nombre de Adelaida. El Sr. Curazao no es rico, pero es trabajador á carta cabal y logra sostener medianamente á su familia. Fanático por su mujer y por sus hijos, se multiplica y suda y se abochorna para que nada les falte. Su carácter es franco y sincero.

Doña Carlota es una buena mujer; pero no ayuda en nada á su marido si no es en el aumento de la prole. Imbuida en ciertas ideas de nobleza, está en la firme creencia de que hizo á su marido un grande honor casándose con él; y esto basta para que crea que ninguno de los sacrificios que hace Don Pablo, es bastante á pagar el grande honor que le hizo. Si algún día revienta en el trabajo, no dejará de sentirlo; pero apenas cumplirá con su obligación y con lo que á ella debe. De aquí que la buena señora trate con cierto despego y desden á D. Pablo, y que los niños que de por sí son bastante suspicaces no tengan

á su padre el cariño y respeto que deben; y que todas sus caricias y atenciones sean para la madre. De aquí viene, también, que Doña Carlota jamás se ocupe de los quehaceres de su casa. Nunca se la ha visto surcir unos calcetines ó planchar un pañuelo, por que esto, dice, jamás lo hizo al lado de sus padres; y ya ha sucedido que no estando pronta la criada, y necesitando mandar la comida fuera á Curazao, se la ha enviado fría por no tomarse el trabajo de calentarla, lo que dió por resultado que á poco fué indispensable que me llamaran por que D. Pablo iba á tronar de indigestión.

Pero al lado de estos pequeños defectos, la esposa de Curazao se halla adornada de grandes virtudes. Se confiesa y comulga cuando menos dos veces por sema na: Su conducta es tal que nunca ha dado márgen á que los vecinos puedan decir nada de ella, lo que hace que los vecinos estén verdaderamente desesperados. Una sola idea la absorve y la preocupa: la educación de sus hijos en los principios religiosos. D. Pablo hubiera querido que sus dos hijos entrásen á la Escuela Nacional Preparatoria; pero Doña Carlota se ha opuesto á ello con todas sus fuerzas por que según le ha dicho su confesor, desde que Barreda sembró allí la nefanda semilla del positivismo, los jóvenes se pierden completamente volviéndose herejes é incrédulos, al grado de dudar de la tierra que pisan. ¡Primero muerta! dice, que consentir que mis hijos salgan del Cole-

gio Católico, para entrar á ese antro de maldades y perdición.

La estimable Señora completa en su casa la educación que sus hijos reciben en el Colegio Católico. Les ha prohibido severamente que al rezar los "Mandamientos" hagan mención del sexto; y las palabras "antes del parto, en el parto y después del parto" que se leen en los "Artículos de la fé," han sido sustituidas por otras.

Cuando aprovechando algún rato desocupado me doy la satisfacción de visitar esa familia, los padres me reciben con suma cordialidad, diciendo Doña Carlota á sus hijos apenas me ven:

—Pepe, enséñale tus planas al Doctor.

—Luis, tócale al Doctor una pieza en el violín.

—Adelaida, traenos tu último dibujo.

Y Luis hace bramar al violín y á mí de.....desesperación; y Pepe me enseña la "Salve" en las planas; y Adelaida me muestra un "Divino Rostro" haciendo tales gestos que bien pudiera creerse que aún siente los dolores de la decapitación.

Después los niños se retiran á un extremo de la sala, no tan lejos que no puedan oír lo que su mamá y yo platicamos; y la conversación comienza:

—¡Cuán contenta estoy de mis hijos! me dice Doña Carlota reflejándose en su semblante vivísima satisfacción.

—Si Ud. viera que á pesar de lo crecido que están son

tan cándidos é inocentes como si aún no salieran de la infancia!

(Los niños jugando, jugando y lanzándonos miradas á hurtadillas, redoblan su atención.)

—¿No es verdad que esto es rarísimo en los tiempos de disolución é inmoralidad por que atravesamos?

Hoy, apenas nacen las criaturas y ya lo saben todo: nos podrían dar cartilla á los grandes. Los míos por fortuna no son así; pero así he trabajado Doctor, así he trabajado. Todos mis amigos se admiran de que haya yo logrado mantenerlos hasta ahora en ese estado de inocencia; todos se deshacen en elogios y me envidian. (Los pimpollos nos dirijen miradas llenas de candor.)

Yo, como es natural, á todo doy muestras de asentimiento. En seguida me despido de la casa, gozándome en la ventura de aquella madre.

Cierta ocasión, tuve la honra de ver á Curazao en mi casa. Me llevaba la buena nueva de que su esposa le había dado otro heredero, y que era gusto de toda la familia que yo le llevara á la pila bautismal. Acepté, é inmediatamente nos trasladamos á su casa. Cuando hubimos llegado á ella, pasé á saludar á mi presunta comadre. Los niños, que estaban rodeados de la cuna, me recibieron contentísimos.

—Nos han comprado un niño muy bonito, me dijo Adelaida mostrándome la cuna.

—Que vino en una caja muy guapa, observó Pepe.

—Y que llegó en el tren de Veracruz, añadió Luis.

La madre me lanzó una mirada que quería decir: ¿Me dá Ud. mayor inocencia? ¿No se lo había dicho á Ud?

El bautizo se verificó aquella misma noche, y así emparenté con el honrado matrimonio.

Algún tiempo después, tuve que salir á un viaje que se prolongó varios meses; cuando volví, apenas había llegado á mi casa, se presentó mi compadre el Sr. Curazao y me rogó que pasara, inmediatamente, á ver á su hija Adelaida que se les había puesto enferma de gravedad. Accedí gustoso; llegamos á la casa, examiné prolijamente á la enferma; y convencido al fin, del género de mal que padecía, llamé aparte á D. Pablo y le dije:

—Valor, compadre. Me veo en la dura necesidad de darle una fatal noticia. Muy pronto Adelita les dará á Udes. un nieto ó una nieta, pues tanto no puedo adivinar.

—¡Me lo temía ya! dijo el pobre portugués dando muestras de horrible desesperación. En seguida me refirió como, durante mi ausencia, un pillastre, un bribón sin entrañas, aprovechándose del candor é inocencia de Adelaida había logrado seducirla. Como lo había él sorprendido una noche en compañía de la joven, huyendo á su llegada á medio vestir, descalzo y con un solo calcetín, escandalizando á la vecindad y deshonrando para siempre á Adelaida.

Yo, prodigué al afligido padre los consuelos que pude: Ocultamos la fatal noticia á Doña Carlota y me

despedí. Al salir, dirijí una mirada de compasíón á Adelaida que bajó la cabeza ruborizándose, lo que indicaba que aquella inocente niña ya no creía que los niños se compraban, ni que venían por el tren de Veracruz.

FIN.

ERRATAS MAS NOTABLES.

PAG.	LINEA.	DICE.	DEBE DECIR.
IV	13	revolotum;"	revolutum;"
4	12	descanzando	descansando
20	12	herróneas	erróneas
22	21	bailla	brilla
43	17	atormenta[illegible]	atormentarte.
55	20	constituci[illegible]listas	constitucionalista
57	15	bulgaridad	vulgaridad
60	6	vendecido	bendecido
67	1	espió	expió
71	14	Guardian	guardián
75	24	yervas	yerbas
78	10	Launza.	Lanuza.
79	27	Gil Blas	Gil Blas:
„	„	'éteme	"Héteme
87	29	huyenco	huyendo
92	14	avido	Ávido

II.

PAG.	LINEA.	DICE.	DEBE DECIR.
95	25	plaza	playa
118	9	hierbas	yerbas
122	6	bastos	vastos
137	13	cuyos	cuyas
„	13	cubiertos	cubiertas
144	4	pertecia	pertenecía
„	18	desciertos	desiertos
„	23	otro año	ocho años
146	12	ó ilustración	é ilustración
151	10	"habios."	"avíos."
154	21	recerbara	reservara
156	10	criadoros	criadores
172	6	meza	mesa

———o-o-o———

AVISO IMPORTANTE

Tenemos el gusto de participar á nuestros corresponsales y al público en general, que están ya en prensa otras dos interesantes y originales obras debidas, también, á la pluma del autor del presente libro, intituladas MICHOACAN PINTORESCO ó NARRACIONES Y PAISAJES y MEMORIAS DEL DOCTOR POMPOSO PICO.

La publicación de dichas obras, que imprimimos esmeradamente en muy buen papel y con hermosos tipos, se hará por entregas de 16 páginas, con forro de color, al módico precio de diez centavos en la capital y doce en los Estados, franco el porte.

Cada obra constará de once ó doce entregas, garantizándose la conclusión.

Agradeceremos, á las personas que deseen suscribirse, se sirvan hacer con anticipación sus pedidos, dirijiéndose á S. Lomelí y Comp. Arcos de San Agustín bajos del núm. 8 ó calle 12 Oriente núm. 372, á donde hemos cambiado nuestro establecimiento tipográfico.

México, Septiembre 15 de 1889.

S. Lomelí y Comp.

3 2044 058 138 314

This book should be return
the Library on or before the las
stamped below.
A fine of five cents a day is inc
by retaining it beyond the specified
time.
Please return promptly.

WIDENER
NOV 0 8 2002
CANCELLED

WIDENER
JAN 0 3 2003
BOOK DUE